

CRUZ Y RAYA

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30366. — MADRID

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

MADRID, NOVIEMBRE DE 1935

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

Director:

JOSÉ BERGAMIN

Secretario:

EUGENIO IMAZ

Suscripción a doce números:

España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

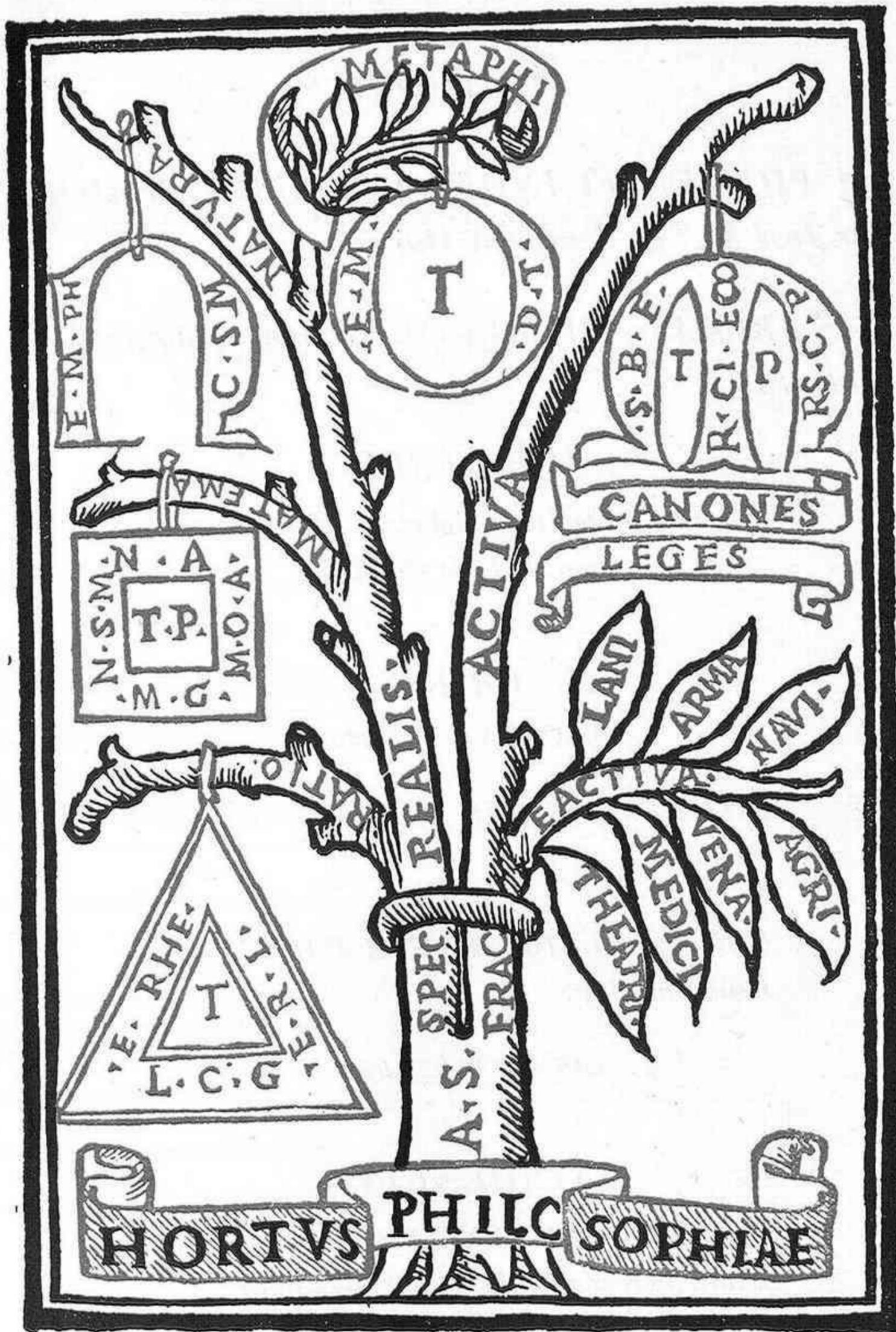
Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID

GENERAL MITRE, 5

TELÉFONO 17573



Sumario

LA PICA EN FLANDES DE FURIÓ CERIOL,
por José M.^a de Semprún Gurrea.

LAS «RIMAS» DE BÉCQUER, *por Joaquín Casaldueiro.*

HÖLDERLIN

Traducción de Hans Gebser y Luis Cernuda.
Nota de Luis Cernuda.

CRIBA

LAS COSAS QUE PASAN

LOS REAÑOS DEL ALMA, *por Antonio Porras.*

CON LA MÚSICA A ESTA PARTE, *por Jesús Bal Gay.*

LAS COSAS CLARAS

INCIDENCIAS

EL CLAVO ARDIENDO (dos cartas), *por Arturo Serrano Plaja y José Bergamín.*

La pica en Flandes

de Furió Ceriol

1

La emulación en la discordia. – Rastros y rostros de la rebelión. – Pirolatría y pirofobia; los iconoclastas y la amenaza inquisitorial. – Memorial de agravios.

2

El punto caótico y el punto neurálgico. – El ánimo que se requería. – Carlos y Felipe, o el rumbo y su falta. – Diálogo de los taciturnos. – Primores de la apología.

3

El hombre frenético y la manera fuerte; picas en Flandes. – «Initium tumultus». – La sangre del consejo. – ¿Sería la del Alba? – Los recursos de S. M., las vidas que hubiera dado y las que dió. – Fracaso de un insecticida.

4

Lo que había que ver y lo que había que haber visto. – El dedo en la llaga, el bálsamo en la herida y el remedio del daño; aquí habla Furió. – Remedios pertinentes salteados de impertinentes comentarios (Pena, Premio y Orden).

5

Ni solo, Furió, ni mal acompañado. – El sentido de la acción en lo acérrimo de la conciencia. – Bueno está lo bueno, si no es malo, pero mejor está lo mejor. – Todo lo que se fué y lo único que queda.

MALOS vientos corrían por aquellos pagos... En un complejo inextricable de heterogeneidad se encrespaban borrascosos y hostiles los antagonismos (1). Había para todos los gustos y para todos los disgustos. Florecían espléndidos los emporios (2) de las ricas ciudades mercantiles e industriales, con los nutridos rangos de las expertas artesanías y la oronda satisfacción de los grasos burgueses incipientes: el riñón bien cubierto, las carteras repletas de las letras libradas sobre el oro rutilante de las bancas judías, diseminadas estratégicamente desde la Lombardía hasta el Escalda (3). Pero al cebo de aquellas succulencias se despertaban las codicias ávidas, urgentes, y a su socaire la miseria consumía grandes capas de menesterosos sin ventura, sin patrono ni valimiento: pobretes entregados a la caridad de las buenas almas, a la cari-

dad que todavía no faltaba del todo, ni había sido suplantada por las astringentes mezquindades de una justicia impersonal y fría, legalista y distante. Morando en la ciudad de Brujas y dirigiéndose a su Senado y cónsules, Vives, el dulce y nobilísimo maestro, nos dejó testimonio de la pobreza aquella cuando, en su ejemplar tratado, acudió al pensamiento de su socorro. Vives decía: *Por cierto que es cosa torpe y vergonzosa para los cristianos, a quienes nada se nos ha mandado más eficazmente, y no sé si diga solamente, que la caridad, hallar a cada paso en nuestras ciudades tantos necesitados y mendigos; a cualquiera parte que te vuelvas verás pobreza, necesidades y muchos que se ven obligados a alargar la mano para que les des... Y más adelante: ... no debe sufrirse que en una ciudad, no digo cristiana, sino ni aun de gentiles, con tal que se viva en ella según la humanidad, que rebosando algunos en riqueza, de modo que gastan millares en un sepulcro o torre o en un vano edificio o en convites y otras exterioridades, peligre, por falta de cincuenta o cien monedas, la castidad de una virgen, la salud y vida de un hombre honrado, y que un pobre marido se vea forzado tristemente a desamparar a su mujer y sus pequeños hijos...*

Mas si hemos de creer la sabihonda palabra de

la Historia, otras muchas divergencias se afrontaban en aquellos Estados. Los cuales empezaban precisamente por eso, por no ser Estado, sino estados; varios estados, diecisiete estados, independientes, celosos de su autonomía, malsufridores y con ojeriza de la no muy estricta unificación en los Estados generales donde – parece que en los comienzos templadamente – desde los tiempos de Carlos de Gante, su señor y nativo, se les había querido conjuntar. No muy armonizados entre ellos, mostrábase díscolos y huraños frente a la dominación extranjera, es decir, española. Doblemente española, en la segunda mitad del siglo xvi, por estar representada en la monarquía de España y encarnada – encarnada la monarquía y la dominación – en un rey nacido nada menos que en Valladolid. Por otra parte, no todos los órganos y elementos del poder guardaban entre sí aquella correspondencia y concertado ajuste que son indispensables siempre al buen funcionamiento del gobierno. Por de pronto, la gobernadora, en nombre del rey y hermana suya natural – hombruna, bigotuda, arriscada virago de armas tomar, y habiéndolas tomado efectivamente cuando llegara el trance, pero de más claras entendederas del problema flamento que su regio y natural hermano –, tenía un Consejo donde

brillaba espléndidamente por su ausencia la concordia. Granvela, obispo de Arras, después arzobispo de Malinas, después cardenal, singular y característico producto de un tiempo y una política, gozaba en el Consejo, al que pertenecía con Veglius, Berlaymont, Egmont y Orange, de las más cordiales antipatías de estos dos últimos. Orange, el culto y cauto príncipe, riquísimo, poderoso, frío, avieso, reservado, gran amigo que fué de Carlos V, y Egmont, magnífico y brillante, fastuoso y temerario, que podía ostentar el recuerdo, tan obligante para España y su rey, del triunfo que, sobre el francés, les ganó en Gravelinas, coincidían en la misma repulsión hacia Granvela; repulsión y antipatía de que abundantemente disfrutaba el mitrado consejero en todo Flandes. Don Felipe, tesonudo, se empeñó durante algún tiempo en mantenerle en el Consejo; Egmont y Orange se retiraron del mismo. Don Felipe, por una de esas fisuras en que solía rajarse su firmeza, otorgó al cardenal una honrosa retirada; con esto ambos magnates se reintegraron a sus puestos.

Así andaban las cosas. En un áspero roce chirriaban casi todas las piezas del mecanismo; su engranaje con los mandos centrales, lubricado en tiempos del emperador por el hecho de su oriundez

y nacimiento flamencos, por su conocimiento del carácter y del idioma indígenas, por sus largas estadas en aquellas tierras, se verificaba en tiempos de Felipe con aquella aspereza y sequedad que las propias del rey y su carencia de las señaladas condiciones hacían, por decirlo así, forzosas.

Quién sabe si por los intersticios de tales antinomias; quizá a favor de descontentos económicos (en los unos justificados por la miseria, en los otros estimulados por la ambición); a favor de rencillas y disparidades locales y raciales, de violentas ansias de libertad, de desenvolturas y licencias favorecidas por el nuevo incitante de la riqueza y el comercio — y también, ¿por qué no decirlo?, como reacción contra ejemplos muy poco edificantes de quienes estaban más obligados a darles mejores — desde no hacía mucho, habían empezado a infiltrarse no sé qué humores malos de rebeldía y de discordia. En el caudal antiguo de las palabras insistentes, acaso duras, tal vez violentas, quizá un poco monótonas, uniformadas por la rutina, desgastadas por el uso — y por el abuso —, pero seguras siempre, llenas de sabor sustancial, de vital nutrición, reductibles a certezas concretas y sustentantes, y en todo caso apercibidas a los trances más varios, se había operado una gran mudanza que parecía corrupción y

pretendía ser renuevo. Nuevas eran, en efecto – con la novedad relativa de las cosas *sub sole* –, las proposiciones que se abrían paso, a veces alborotada, escandalosamente, entre la muchedumbre de las feligresías, sorprendida y desorientada. Las voces reticentes que todavía dentro, hasta cierto punto, del recinto secular donde rige la cátedra del sucesor de Pedro, ironizaban y ridiculizaban – burlescas, sarcásticas – las blanduras poltronas o las vergonzosas condescendencias de la frailería, del alto y bajo clero, se derramaron por defuera, ya envenenadas y agresivas, y llegaron a remover los crespos estuarios de un laicato indisciplinado, rebelde, seguramente indocto y propicio por todo esto a un fanatismo que muchas veces se disfrazaba de piedad, de evangélico celo, y algunas otras hasta se hacía cómplice de pasiones que nunca le fué al hombre demasiado fácil combatir (4). Atizaban la religiosa rebeldía improvisados predicadores (5) singulares videntes, que libertados, a su parecer, de toda constrictión externa, pretendían comunicar directamente con el Verbo y recibir sus confidencias; intérpretes individuales, todos auténticos, aunque todos contrapuestos, y aun hostiles entre sí, de la evangélica verdad. En más de una ocasión, llevadas a vías de hecho, materializadas, irrumpían brutalmente las

disidencias en iglesias y claustros, catedrales y cenobios. Caían, en un furor iconoclasta, hechas pedazos las imágenes de los santos, tratadas de idolátrica superstición (6). Y más de una vez, con las testas inertes de las tallas policromadas, y de los escultóricos mármoles, caían también las ensangrentadas cabezas de frailes y religiosos, bárbaramente sacrificados por un furor colectivo, en cuya composición era el encono herético sin duda el principal, pero quizá no el único ingrediente (7).

Era así Flandes en aquellos tiempos como un foco en el cual, en un cultivo muy complejo de ansias libertadoras, de internas desuniones, de codicias, de miserias, de escándalos, de puros o impuros, pero tremendos ímpetus religiosos, mezclándose, entrecruzándose, complicándose recíprocamente, se incubaban y habrían de entrar en erupción ante cualquier excitante externo, los gérmenes de una abierta rebeldía, que motivaría a su vez el desencadenamiento de una lucha unificadora y desgarradora a la par. Unificadora de todos los mal contentos: de los magnates, como Orange y los demás Nassau, como Egmont, como Brederode—los que trocaban en cartel de reto el mote de mendigos —*gueux*— con que se les quiso vejar—, de los cuales el que menos hacía era discrepar malhumo-

radamente de la política casi siempre rigurosa que se venía siguiendo en Flandes, y el que más, secretamente disentía de que Flandes estuviese regido por ninguna política que no fuese la suya: los reformados protestantes, que odiaban el poder político-religioso de tal manera representado por España; los burgueses de las villas industriales, que anticipaban añoranzas del *laissez faire, laissez passer*, y se sentían gravados y agraviados por los grandes impuestos, las trabas fiscales, los impedimentos anejos a toda política de fuerza (8); los libres ciudadanos de los libres burgos, que habían de mirar con muy malos ojos la intromisión de extranjeras potestades en el régimen de sus naturales estados, mayormente cuando iba acompañada de rigores, exacciones y atropellos que, más o menos disculpables, a ellos habrían de hacerseles intolerables y abusivos; los que sin ser protestantes, o sin serlo *todavía*, sentían una explicable repugnancia hacia las medidas persecutorias empleadas contra sospechosos y herejes; en fin, todos los que sin romper abiertamente contra el rey de España, al fin y al cabo señor de Flandes, se hallaban muy a mal con muchas medidas de su restrictiva política y con algunas de las personas que en el gobierno local las representaban y ejecutaban más decidida-

mente. El memorial de agravios y de quejas, en que más o menos todos aquellos descontentos empezaban a coincidir a poco de inaugurar Felipe II el señorío sobre Flandes, podía especificarse con bastante exactitud en los capítulos siguientes: *a)* Edictos contra los herejes, publicados ya en tiempos del emperador y mantenidos y reforzados en los de su hijo. (Eran los famosos *placartes*, tan traídos y llevados en aquella época por cuantos intervienen en asuntos flamencos, y que adquieren no sé qué lóbrega y siniestra resonancia cuando aparecen en los comunicados e informes del duque de Alba.) *b)* Aumento del número de obispados, y amenaza, que los naturales de aquellos estados veían precisamente representada por ese aumento, de que se implantase en ellos la Inquisición española. *c)* Permanencia en Flandes de las tropas españolas. *d)* Presencia y actuación de Granvela en el Consejo. (Varios de estos capítulos fueron representados a Felipe II por Montigny con ocasión de la visita que éste le hizo en el Escorial.)

Pero si en su período álgido la contienda flamenca habría de producir esta forma, poco prometedora, de unificación, era también — más arriba se ha dicho — tremendamente desgarradora. Proyectaba y reflejaba furiosamente en el país flamenco los as-

pectos más agudos y dolorosos de la lucha religiosa que venía destrozando al Occidente. Dividía. ¿Pero de qué manera dividía? ¿Acaso entre católicos y protestantes, según suele decirse y a primera vista parece? No se puede negar que la línea divisoria religiosa coincidía grandemente en los Países Bajos con la político-guerrera, como también acontecía en otros muchos pueblos. Pero ni en todos éstos, ni particularmente en Flandes, la coincidencia era absoluta. Así, por ejemplo, los condes de Egmont y de Horn, cuyas nobiliarias cabezas fueron segadas por el verdugo en el sablón de Bruselas por atribuídas concomitancias con los sublevados, católicos eran y como tales murieron (9). Y si en la tempestuosa y material resistencia al gobierno de Felipe II en los Países Bajos los reformados llevaron de ordinario la voz cantante, sería insensato negar que por motivos diferentes del de herejía, aunque se inspirasen en el principio de la tolerancia, y con una coincidencia de fondo con todos los rebeldes en el ansia de liberación, numerosos católicos estuvieron al lado de luteranos y calvinistas en la resistencia (10). De manera que las luchas religiosas de Europa repercutieron, y muy intensamente, en las alteraciones de Flandes, pero no calcaron sus contornos para con ellos demarcar los

campos de la lucha sobre la contienda político-guerrera de aquellos países. No coincidían las dos líneas divisorias a lo largo de todo su trazado, y aún podríamos plantearnos hoy el problema de averiguar si una política como la seguida por Felipe II en Flandes no habría contribuido a que tendiesen, poco a poco, a confundirse con el consiguiente y grave detrimento, menos para la causa de la insubordinación (que en tal período de entusiasmo no cedía de su línea de choque) que para la de la religión católica, la cual tuvo que ver el momentáneo retroceso de su propio frente. De otra manera dicho: que los sublevados no dejaran de serlo para mantenerse fieles a la religión tradicional, sino que los católicos acabasen por dejar de serlo para entregarse más resueltamente a la sublevación. Porque si se identificaba en los medios gubernamentales el catolicismo con el gobierno de Felipe, nada tiene de inconcebible que se llegara a identificar la rebeldía contra éste con el ataque a la religión — casi diríamos: con la absurda necesidad de atacar a la religión católica. Y esto, por ambos lados. Peligros de entregarse, con inconsciente complacencia, a determinadas confusiones. Todavía no nos ha librado de ellos el destino...

2

El caso es que con estas cosas Flandes había venido a convertirse cuando iba ya a comenzar el último tercio del siglo XVI, en la vorágine del caos social, religioso y bélico que estaba sacudiendo y asolando a Europa (11). Era como uno de sus más sensibles puntos neurálgicos; como una viva e hiperestésica caja de resonancia, donde se acogían alborotados la mayor parte de los gritos de dolor y de odio que resonaban en Europa. Para ahormar la cabeza de aquel inmenso caos en su archicentro era necesario tener la propia muy segura y sobre todo muy clarividente: una cabeza perspicaz, de gran político, alerta y rápida, llena de luz e inabable de comprensión. Para llegar a ponerse en los límites de desenfreno a que, con razón o sin ella, eran llevados por los estímulos más diferente — o en el fondo, más parecidos — los díscolos de Flandes, hacía falta una singular elasticidad de espíritu. Para disolver, para mitigar a lo menos los corrosivos ácidos de tantas acritudes, se requería una profunda y efusiva benignidad. Para constreñir inexorablemente los bárbaros ataques a tantas cosas santas, hacía falta una rara firmeza, guarnecida de serenidad, una firmeza que para serlo verdaderamente

no se destemplase con la pasión ni se desperdiciase en el exceso. Y finalmente, sobre todo, envolviéndolo e informándolo todo, un ánimo pletórico de generosidad, lleno de aliento, capaz de toda comprensión, apto a rehacer en superiores o más laxas unidades, hechas bajo otros signos y otros fines, quizá menos directamente religiosos, pero no menos lícitos y aun menos obligatorios para todo gobernante (12), los pedazos en que se estaban destrozando los Estados de Europa, a causa principalmente – no únicamente – de malhadadas disidencias espirituales que era ya tarde para evitar, pero cuyas dramáticas cortaduras se debiera procurar no hacer mayores. Para decirlo todo: hacía falta un ánimo verdaderamente imperial – en el sentido de un auténtico espíritu magnánimo – y verdaderamente cristiano, un ánimo tallado a la medida del enorme y formidable empeño. Carlos V, en más de una ocasión, dió atisbos de estar muy cerca de tenerle. Pero Felipe II – si se quiere puede decirse de modo más impersonal, el gobierno de Felipe II –, así en general como en los Países Bajos, que es lo que aquí nos interesa, careció de aquellas disposiciones y cualidades y del continente o ademán político adonde, en definitiva, van todas ellas a parar. No vale alborotarse por este aserto, ni echarlo todo al barullo

de una perorata apologética, porque no es por ahí... Lo que importa sobre todo es discernir una realidad; lugar tendrá después aquel a quien el caso le interese, para averiguar si, sobre la misma, puede fundarse una acusación. Y la realidad es que Felipe II, con aquel admirable tesón que, por los últimos móviles en que se inspira y por la ascesis de perseverancia, de disciplina y de renunciamentos, incluso materiales, que representa, toca a la larga – ¡¡cerca de medio siglo de reinado!! – en las alturas de lo heroico, era hombre de entendimiento corto, de concepciones inflexibles, de vacilaciones cautelosas, de reservado recelo, de increíble dureza, de imaginación estéril y meticulosa. A los activos y brillantes despliegues del emperador, a su gentil manera generosa de acometer la alta empresa de su misión imposible, a la elasticidad y aun la templanza de su estilo (13), a su gran movilidad corporal y anímica, el vástago vallisoletano contrapone una guardia baja y cerrada, defensiva y sin brillantez, un juego de acecho, lento – *el tiempo y yo para otros dos* –, hermético, gotoso y hasta maniático. Quizá no fué un azar del destino aquella faz sombría y tétrica (14) que adquirieron las luchas de Flandes, ni siquiera su natural y ordinario acompañamiento, sino la consecuencia de que representaban el en-

cuentro de dos tozudos taciturnos: el de Orange y el del Escorial; en cierto modo, el encuentro de dos taciturnos desesperados, de dos desengañados según la más áspera y desabrida manera estoica.

*Lo que se debe entender
fortuna, de tu caudal,
es que, siendo temporal,
no puede satisfacer
al alma, que es inmortal,*

cantaba el uno al pie del Guadarrama. Y la réplica del otro, desde las brumas nórdicas, era su parigual, con texto envenenado y diferente: *No se necesita esperanza para emprender ni éxito para perseverar.* A lo cual tampoco le falta su dúplica escurialense en el consabido: *No les mandé a luchar contra las tempestades, sino contra los hombres.* Y lo uno y lo otro, con diferente inspiración, viene a decir lo mismo, porque, en el fondo, ¿qué más da todo? Ecos diversos, en rocas alejadas, de la misma palabra de desilusión. No lo reprocharemos, aleccionados por Quevedo. Pero ¡cuidado!, porque la consecuencia extrema de esta actitud del alma, que en sí es noble, tiene una sospechosa denominación: inhumanidad... Tiene a lo menos esa denominación, si no

se interpone, para corregirla a tiempo, un claro chorro de humanidad ferviente y de cristianismo a la buena manera franciscana. Pero en Don Felipe la prudencia es desconfianza; el cuidado, recelo; la diligencia, meticulosidad; la calma, lentitud; el convencimiento, intransigencia; la medida, vacilación; la firmeza, dureza – dureza a veces ribeteada de crueldad pasiva (sería injusto achacarle iniciativas de crueldad) –; el prestigio del mando, celoso autoritarismo... Todo esto sin perjuicio de flaquezas que no permiten afirmar siquiera la absoluta homogeneidad compacta del carácter, y a pesar de blanduras – amor a los pájaros y a los hijos, a las flores y a las esposas, a la música y al recreo selecto y recatado – que son como breves puntos carnales, que, aquí y allá a la percusión del tacto, permiten cerciorarnos de que nos las habemos con un hombre y no con una máquina... (15).

Pero saltará el apologista: ¿Cómo quiere usted que en el siglo xvi tuviera Felipe II las ideas, los sentimientos, los puntos de vista, las preocupaciones y orientaciones políticas de nuestra época?... Resobado y pobrísimo argumento, de muy corto alcance (16). Porque, reconociéndole su máxima eficacia, para lo que puede servir es para disculpar a Felipe II de que hiciese muchas cosas mal; de nin-

guna manera para demostrar que estuviesen bien hechas. Por otra parte, aun tomándole con ese alcance reducido, queda sin valor en cuanto se advierte que en los mismos tiempos de Felipe II había gentes — algunas muy cerca de él — que no pensaban así, ni sentían así, ni aconsejaban así. Este hecho es el que, por muchas razones, importa sobre todo señalar. Porque si para el autoritarismo, para la intransigencia, para la dureza de mano, para la unilateralidad de visión, sirve de excusa el considerarles frutos naturales del agrio terreno político de la época, debiera servir de sorpresa y agradable admiración que en él naciesen otros frutos, por su blandura y suavidad, enteramente opuestos. Entendemos que *la manera fuerte* era nefasta, y además, puesto que no faltaba aquellos mismos días quien acertase a repudiarla, apenas disculpable. Pero cuanto mayor fuera la disculpa, fundada en la ineludibilidad del medio, tanto mayor será el mérito de quienes supieron resistirle. Este es el caso de Furió Ceriol, hito que muestra, noble, señero, firme, uno de los puntos hasta donde llegara y donde se detuvo la inundación de áspero cerrilismo, de irracional brutalidad que por todas partes invadía la política flamenca, sumiendo casi por completo hasta las cumbres de su gobernación. Las

ansias de los sublevados—ansias en gran medida respetables—se envilecían con crímenes tumultuarios y bacanales sangrientas. Las fuerzas del gobierno reaccionaban con espantosas represalias. Unos y otros estaban poseídos como de un furor demoníaco. En el momento álgido—álgido en todos los sentidos propios e impropios de la palabra—a Felipe II, contra el partido moderado, que acaudillaba en la Corte el poderoso príncipe de Evoli (17), no se le ocurrió cosa mejor que hacer entrar en el escenario de la tragedia a un nuevo y terrible personaje: el duque de Alba. No le profesaba ciertamente el rey un especial afecto, y aun alguna vez le tuvo castigado por motivos particulares que llamaríamos *heráldicos*; pero echaba mano de él como de ejecutor de sus venganzas o a lo menos de sus castigos. Conociendo la climatérica situación de Flandes y los modos de aquel general, puede uno hacerse cargo del desatino que representaba encargarle el remedio de la cuestión en aquellos Estados.

3

Era frente a Evoli, el de Alba, representante de la *manera fuerte*, un hombre de presa, cuyo tempe-

ramento se ponía de manifiesto bien a las claras en estas palabras suyas, que, de no rezumar una auténtica furia, nos sonarían melodramáticamente: *Siempre que veo cartas de esos señores de Flandes me ahoga la cólera en términos que, si no me esforzara por reprimirla, creo que mi opinión parecería a V. M. la de un hombre frenético...* (18). Este hombre frenético, escogido para mandar en Flandes, venía que ni hecho de encargo para arreglar allí las cosas por las buenas. No podría quejarse el férreo militar de los medios bélicos que para semejante fin se pusieron en sus manos. En esa llaga engusanada y doliente que sobre la carne macerada de Europa había llegado a ser Flandes; cuando con más apremio una mente clara, serena, comprensiva, hubiese recomendado — y así lo hizo Furió — acudir, sin mengua de la indispensable energía, a medios que hiciesen de pacífico sedante, las gloriosas picas legendarias de los famosos tercios, conducidas por el frenetismo del duque general, iban ahora a clavarse como agudos y enfurecidos agujones. Sobre un fondo borroso y aborrascado de humaredas e incendios, de despiadados sacos de ciudades y tumultuarias agresiones, resuenan bélicamente, con seducción ambigua, los nombres garbosamente marciales, en su seca fonética española, de los capita-

nes y maestros de campo Sancho Dávila y Alonso de Ulloa, Zapata y Londoño, Julián Romero y Gonzalo de Bracamonte... Al frente de sus lanzas y sus arcabuces, festoneando de hierro la Saboya, la Lorena, el Luxemburgo, las fronteras de Francia, van a descargar ante el mudo estupor de Europa, sobre la Flandes sobrecojida, el nublado de su inaudita braveza. Son, con otros capitanes y soldados, los que florecieron de gestas, gloriosamente inútiles – el agua al cuello, las armas en las cabezas indomables y el saquito de pólvora en los dientes –, las heladas aguas desbordadas de intento, en los norteños diques, que lo fueron al mar y no al empuje irresistible de esos hombres. Sobrevino entonces aquella época turbia de acentuado terror. Hogares destrozados, ciudades mudas, campos en desolación y un sordo rechinar de odios y de rencores. Pero tampoco los sublevados eran inocentes novicias; abarcando con la vista del recuerdo un período más ancho que el que mirábamos ahora, podemos aplicar con bastante justeza a la guerra de Flandes las palabras con que Hauser describe la que paralelamente se estaba desarrollando por aquellas épocas en Francia: *Guerras interrumpidas* – traducimos de su citada obra, pág. 59 – *no por verdaderas paces, sino por treguas, durante las cuales las relaciones de familia,*

de vecindad, de amistad, se reanudan entre enemigos que ayer se segaban el pescuezo y que volverán a empezar mañana. Guerras atroces, en que ambas partes rivalizaban en crueldades inauditas, matanzas de protestantes, suplicios de sacerdotes, ejecuciones en masa, torturas salvajes, roturas de estatuas, profanaciones y destrucciones de iglesias, pillaje de los tesoros sagrados... Sobre una pira de atrocidades bastante parecida que se venía formando de tiempo atrás descuella, al llegar el de su mando, la figura enjuta, implacable, sombría del duque de Alba, con su faz de Quijote lúgubre y su arresto y valor a toda prueba. Establece el Consejo de Tumultos o Tribunal de la Sangre. (Esta voz de tumulto viene cargada de lóbregas sugerencias de pavor desde el fondo remoto de los siglos romanos; consueña perfectamente con el drama flamenco (19). Siguen secuestros, cárceles, éxodos de poblaciones aterradas... Las cabezas de los condes de Egmont y de Horn ruedan por el sablón de Bruselas... Pero acentúa hasta lo inimaginable el carácter monstruoso del duque de Alba, ver la sincera piedad, la insistente misericordia con que, tras de haber ejecutado al Egmont (probablemente sin bastante causa y desde luego habiéndole prendido de una manera desleal), intercede con Felipe II en favor de la viuda y los

hijos del decapitado, representando al rey la espantosa miseria en la que quedan (*tan desamparada casa como esta queda yo creo que no la hay en la tierra, que yo prometo a V. M. que no sé de donde tengan para cenar esta noche*, dice el duque en carta a Felipe II, que del Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 439, copia Lafuente en su *Historia de España*, al tomo IX, pág. 275).

No quisiéramos pensar que fuese Alba el mejor intérprete de la política de la monarquía española en Flandes; desgraciadamente, algunas veces lo parece. Tres principios de gobierno resumían y determinaban la política real, es decir, la de Felipe II, en aquellos Estados: 1.º, mantenerles en la obediencia y fidelidad a la corona; 2.º, estar dispuesto el rey a dar mil vidas que tuviese antes de ceder en materia de religión; 3.º, no querer de ningún modo ser señor de herejes. Era el primer principio común con los de cualquiera otro soberano de esa época —y de todas— para análogos trances, y así no podemos afeárselo mucho. Con el segundo principio acontecía que no teniendo el rey a su disposición mil vidas propias —ni siquiera siete—, sino tan sólo una, y ésta bien resguardada en su ascetismo escorialense, hubo de sacrificar no ya mil, sino bastantes más, de súbditos leales y rebeldes, para pagar

a su decisión, si bien a costa ajena, el tributo de sangre que ofreciera en supuesto (20). Cualquier encarecimiento resultaría mezquino para celebrar, dada la última intención que sin duda le inspiraba, el tercero de los motivos rectores de aquella política. Lo que pasaba era que tal principio había de tropezarse con gravísimas dificultades teóricas y prácticas. No es fácil, en efecto, discernir cómo, dentro de los términos de la soberanía temporal y singularmente conforme a los supuestos en que descansa la monárquico-absolutista, puede pasar a ser políticamente legítimo y jurídicamente válido el deseo —nobilísimo desde otros puntos de vista— de romper el vínculo entre soberano y súbditos únicamente a causa de discrepancias religiosas surgidas en éstos. Para que así sucediese sería menester que, tanto en el puro orden doctrinal cuanto en el jurídico-positivo, una determinada actitud religiosa de los súbditos fuese parte o condición indispensable del título a cuya virtud se establece el vínculo entre soberanos y gobernados. No parece que nadie lo haya pretendido así (21). Más aún: en el caso concreto de Felipe II es evidente que no fué el supuesto del catolicismo de los flamencos, sino el hecho histórico-político-patrimonial de que aquellos Estados le fueran transferidos por su padre, lo

que se habría de invocar como justificación del título de soberanía. Por otra parte, la versión al terreno jurídico del piadoso deseo regio sería del todo incompatible con el derecho a castigar y perseguir herejes. Conseguida eficacia jurídica para el deseo de no reinar sobre ellos, en cuanto un súbdito pasara a la herejía, el soberano habría perdido, en estricto cumplimiento de la voluntad real, toda jurisdicción sobre él. En todo caso — y con esto llegamos a las dificultades prácticas —, para realizar de manera efectiva el deseo de no reinar sobre herejes, no existían entonces ni han existido nunca más que tres procedimientos, que son los siguientes: 1.º, dimitir la soberanía; 2.º, exterminar a todos los herejes; 3.º, convertirles. No hay más... Prácticamente acabó el rey por hacer lo primero; pero entretanto, sin que sepamos que pusiera por obra los medios *proprios y adecuados* para lo tercero (cosa que además caía fuera de su incumbencia, pues la conversión religiosa no es, de suyo, tarea de la autoridad política, sino de la Iglesia), tensó las fuerzas de su gobierno, sobre todo en la época de Alba, en el sentido de lo segundo. Lo que sucede es que el método para la extirpación de las sectas no es precisamente lo mismo que el método para la extirpación de los insectos. No existe, por así decirlo, un

insecticida contra herejes. Y es que todos los movimientos espirituales perseguidos proliferan de una manera inconcebible. Resulta contraproducente... Esto quizá no se sabía bien entonces (22); pero después de cuatro siglos de matanzas alternativas, que han producido toda clase de resultados, menos el que se buscaba con ellas, estamos en nuestro derecho a mostrarnos un poco escépticos sobre la eficacia espiritual de las violencias materiales.

Lo cierto es que aquellos tres principios rectores de la política flamenca (no quiere decir que no hubiera también otros colaterales y complementarios, v. gr., hacer de Flandes base estratégica frente y contra Inglaterra, utilizarle como centro animadísimo de intercambio comercial, etc., etc...) concurrían en la implantación de una táctica extrema de represión violenta, cuyas consecuencias no sé si imprevistas, quizá inevitables, eran los desmanes y abusos de la soldadesca, la cual muchas veces agravaba el rigor ya enorme de las medidas estrictamente legales, es decir, emanadas de la autoridad, sobrepasándolas en un margen abominable de brutales excesos. (Menos cuando esas medidas legales *de por sí* autorizaban, como en los sacos de las ciudades y villas, según costumbre bárbara de la época, la realización de todos los desenfrenos) (23).

Era remover el hierro dentro de la herida; echar más leña al fuego, agravar, con el remedio, los males, ya de suyo tan hondos, de la enfermedad.

Esta política de rigor acabó por fracasar rotundamente, y quizá por ser la causa de que fracasara toda otra.

Pero es que la contraria hubiera fracasado igual...

Distingamos: si por *igual* quiere decirse *también*, lo admitimos sin inconveniente. El desarrollo de un proceso biológico irreprimible hubiera traído algún día la consecuencia de la emancipación de los Estados de Flandes. Si por *igual* quiere decirse del mismo modo, en el mismo tiempo, con los mismos resultados, entonces no tenemos más remedio que negarlo. Una política de violencia y persecución no podía hacer más que agravar y acelerar el proceso del rompimiento y contribuir a que tras del mismo la resaca de rencores y de prejuicios (muchos de los primeros, inmotivados; muchos de los segundos, injustos) fuese más potente, más turbia, más prolongada. Por el contrario, si había alguna esperanza de que el proceso de separación se alargase, se hiciese más suave, se terminase con menor brusquedad y dejara menos amargura en los paladares y menos hiel en los ánimos, esta esperanza estaba

en echarse del lado de una política, no de claudicación ni de flaqueza, pero sí de templanza, de benignidad, de comprensión. Esto no lo vieron todos. Quizá no era muy fácil que lo viesen... Pero lo vieron bastantes. Los suficientes en todo caso para que quede en suspenso el juicio sobre la responsabilidad de los recalcitrantes (de los que harían gustosamente tuyas aquellas palabras de Luis Valle en su *Discurso sobre Flandes*, cuando decía: *La guerra contra súbditos rebeldes, y el hacer fuerza con ejércitos poderosos hasta de todo punto sugetarlos, es la verdadera y segura vía de reducir estos estados* (24). Los suficientes también para que nos sirva de consuelo el pensar que de la misma raíz de donde salió el pecado salió el fruto agridulce del remordimiento.

4

Lo vió con más nitidez, con más amplitud; lo dijo con más precisión y alteza de motivos que nadie, nuestro Furió Ceriol. Sabemos ya lo que había llegado a ser Flandes: herida delicada, hiperestésica, mezcla de humores muy diversos... Sabemos también cómo se la trató; cómo se la maltrató. Porque esta es la palabra con que podemos exacta-

mente significar lo que con ella se hizo: *maltrato*. Maltrato, tomando el término en su sentido nuclear de sevicia, y en su sentido envolvente de desacierto, de imprecisión, de yerro (que muchas veces pudieron ser bien intencionados). Sabemos también lo que hubiese convenido para conllevar dignamente, cristianamente, humanamente el caso. Sobre ese triple fondo, ¡qué resonancia altísima consigue la voz del consejero valenciano, haciendo buena, en la apretura de un caso concreto, donde no valía salirse por disquisiciones, sino aplicarla con lealtad o abandonarla con escarnio, la doctrina que sosegadamente, en la impersonalidad y práctica irresponsabilidad de la teórica especulación, se complaciera en construir!

Suena ante todo a paz; pone un sedante como de balsámico emplasto, en el apasionado y doliente hervidero de aquella historia, el encabezamiento mismo del consejo: *Remedios dados por Fadrique Furió Ceriol a su Mag. para el sosiego de las alteraciones de los Países Bajos de los Estados de Flandes* (25).

Remedios para el sosiego. Remedios; no castigos, no sanciones, sino remedios, como si se tratara de una dolencia, de una pasión, de una desventura. Y remedios, ¿para qué? Para el sosiego...

Se ha pronunciado la palabra justa, la que hacía falta y no se hallaba, escabullida entre el atolondramiento de los unos, el frenetismo de los otros, la estupidez de los de más allá, el apasionamiento de casi todos. El remedio era peor que la enfermedad... No fué así ahora. Ahora el remedio era precisamente el que la enfermedad a gritos demandaba. Para aquella agitación, para aquellas revueltas, para aquella vorágine de duelos y de crímenes, para aquellas agitadas alteraciones, no había más que una cura posible: la cura del sosiego. Remedios para el sosiego, titulará Furió sus recomendaciones para Flandes, revelándonos desde la primera palabra el acierto con que veía la peculiaridad de la dolencia.

Y comienza el maestro:

C. R. M^d.

«Fadrique Furió Ceriol digo que lo mucho que devo al real servicio de vuesa mag. y el amor que tengo a la quietud pública me han constreñido a tomar la pluma en la mano, y a modo de como quien lleva agua a la fuente proponer algunos medios, los que a mí me parecen más acomodados, para la devida reducción, fidelidad y obediencia de los estados vajos de la Casa de Borgoña, los cuales conbiene grandísimamente a la reputación y gran-

deza de v. m. que sin ninguna dilación sean reducidos enteramente a su real obediencia con toda la presteza posible, por tres causas principalmente entre otras muchas: la primera porque el turco tiene cierta ciencia de las fuerzas de poniente y tendrá por muy cierto que las armas christianas no le pueden dañar mucho en el mar jonio, pues hallándole desarmado y roto agora dos años no le apretaron tanto como él por ventura lo temía; por donde pienso yo — plegue a Dios que me engañe — que estando enojado por las pasadas pérdidas volverá con saña sus armas contra poniente, y en tal caso sería muy gran bien de la christiandad y alivio grandísimo de v. m. si le hallase con sus estados vaxos reducidos a su devida obediencia, como es justo. La segunda razón es porque el nuevo rey de Polonia estando, como está, muy obligado al turco, moverá guerra cada y cuando se lo pidiere, y por vía del buen estado que el dcho. rey de Polonia aspirara al imperio, su hermano el rey de Francia ayudara a ello o a lo menos trabajarán de enajenar lo de la Casa de Austria, y algunos príncipes de Alemania también se lo procurarán o por ventura lo tienen ya concertado y podría ser que diesen todos sobre los estados vaxos; hase de suponer siempre lo peor, y así sería para el enemigo la entrada más difícil en aquellos estados hallándolos reducidos, y más fácil la defensión para v. m. y menos peligrosa. Dejo aparte los millones de oro

que se gastan, han gastado y gastarán, mientras estuvieren alborotados, lo poco que rentan en el entre tanto, las almas que se pierden, los vasallos que se salen fuera, y otras infinitas cosas de este jaez, que a la fin todo es perder.»

(Nótese bien cuál es sólido, positivo y nobilísimo fundamento de motivaciones y de impulsos de donde parte Furió para sus advertencias generosas: No se trata para nada de una especie de vago y blando *panfilantropismo*, con el que sería absurdo e irreverente confundir la ética del ilustre valenciano. Lo que pone la pluma en su mano es lo que debe al real servicio y el amor que tiene a la quietud pública. Cuando sabemos, por tantos párrafos de su Concejo y Consejeros del Príncipe, que Furió entendía por *servir al rey* servir a la comunidad política, puesto que a ésta adscribía y supeditaba y enderezaba el escritor la regia potestad, podemos estar seguros de que, bajo formas y representaciones distintas, decía una misma cosa con aquellas dos expresiones; decía sencillamente que era el amor del bien público—servido por la regia potestad, equiparado a la quietud pública—lo que ponía la pluma en su mano. Pero lo que concretamente inspiraba la necesidad y el sentido de sus consejos es un sólido sistema de motivos, todos ellos es-

trictamente morales, pero ninguno de ellos consistente en no sé qué difuso y dulzarrón humanitarismo desvinculado y *sans patrie*, que sería la peor caricatura de su tenso humanismo cristiano. Le preocupan, le inspiran consideraciones morales todas ellas, pero unas situadas en la zona altísima de una espiritualidad ajena a toda exigencia de lugar y tiempo, como aquella de *las almas que se pierden*, y otras arraigadas en consideraciones flagrantemente inmediatas y prácticas, como son las que atañen a la conveniencia de sujetar los Países Bajos *para estar apercebido a defenderse del turco, del rey de Polonia, de los Príncipes alemanes...* Motivos éticos mientras sea un deber la defensa de la patria y del Estado; pero motivos nacionales—no nacionalistas—, nacionales y ásperamente reales, tangibles y positivos. Es hora de decir que Furió Ceriol no hacía ética política para las musarañas... En esto estriba una de sus mayores calidades: en que era ética, y ética muy pura, y ética humanista y cristiana, y empapada de benignidad, como transparece en todos sus escritos, y pacifista y transigente; pero sin que jamás diera en el abandono de los grandes y fijos deberes que, acomodándose a los momentos diversos de la historia, ligan a cada cual con su comunidad política, con su patria, ni se abandonara

a la malsana complacencia en un irresponsable y utópico irrealismo, lo más opuesto al recio espíritu de los suyos y del propio escritor. No; éste se afianza sólidamente en un bien montado sistema de razones y motivos morales, unos de ellos genéricos y ajenos a candentes consideraciones actuales, otros vitalmente enraizados en ellas. Repitámoslo: su ética no está vagamente colgada de un ingrávigo rayo de luna: se funda en un concreto concepto del bien y de la Justicia, que se concreta todavía más y, por así decirlo, se endurece al insertarse, sin confundirse con éste, en el bien de la patria, de España, y de los grandes intereses espirituales y materiales que, para los hombres de entonces, ella representaba. Pues así y todo, Furió ama la paz, y busca hacer compatible el bien histórico y concreto de su comunidad política, por medios de paz y, en la mayor medida posible, con el respeto a las personas, a los bienes y a los intereses de otros hombres, y con el uso de la benignidad aun con respecto a sus propios enemigos de ella. Esta es la lección... Que quienes, haciéndose recíprocamente el juego y apoyándose en el mismo error, se pelean tan inútil como ardentemente, partiendo de la misma confusión de patriotismo con belicismo, de nacionalidad con xenofobia, de tradición con epopeya bélica... consi-

deren en Furió cómo se puede ser pacífico y benigno, cómo se puede anteponer a todo el amor de la Justicia, sin sumirse en los limbos de la irrealidad ni entregarse, como cualquier descastado sin patria, al menosprecio de la propia. Furió Ceriol señala con plausible claridad el sistema de principios que le inspiran en este caso — que le inspirarían en cualquiera —. En él se compadecen y complementan, en raro y ejemplar consorcio, el temor de las almas que se pueden perder, es decir, el más caritativo y por tanto cristiano de los móviles de un moralista, el más humano, universal y eterno, con el temor del ataque inminente, concreto, circunscrito y actual que pueden desencadenar los enemigos de su república — en el fondo, Furió, y otros tantos coetáneos suyos, eran esencialmente republicanos: de esto habría que hablar —, combinándose esos dos tipos de motivos, que podríamos llamar extremos, con todos los intermedios que se refieren al bien común, a la quietud pública, a la evitación de los destrozos y daños producidos en toda querrela sangrienta, los cuales, por así decirlo, ocupan un lugar intermedio entre lo que es general y eterno en el trascendental destino de las almas y lo que es circunstancial y concreto en una política internacional de un país en un momento dado. Ese es el sis-

tema teórico-práctico, espiritual-temporal, al mismo tiempo puro y realista, noble y positivo, donde Furió nutre los avisos que le pide su humanísima benignidad. He aquí cómo enlaza gallardamente la doctrina especulativa de su tratado con la responsabilidad práctica de su consejo en un lance histórico concreto. No es un utopista, a lo platónico. No es un *exitista*, a lo maquiavélico. Es un moralista político, que quiere proyectar la luz de la Justicia en la cálida y agitada convulsión de una histórica realidad. De una realidad que conoce y toma en cuenta. De una realidad a la que procura acomodarse, pero a la que no entregará nunca el tesoro del bien y de la rectitud para que lo corrompa; a la que no entregará, sobre todo, el tesoro de su inagotable benignidad cristiana, que cuando hasta la Justicia hubiera dicho su última palabra, y no fuese bastante, todavía tiene ella alguna dulzura que derramar sobre la tierra, para que ésta no sea definitivamente un infierno... Creemos que es en este espíritu como debemos entender las admirables páginas del gran maestro cuando prosigue):

«Por todas estas causas entre otras muchas vengo a dezir que no solamente conviene a V. M., mas aun es necesario que con que con toda la dili-

gencia y industria trabaje en reducir dichos estados a su real fidelidad y obediencia. Esta tal reducción en dos modos se puede hazer tan solamente es a saber, o por armas o por buen gobierno. Las armas ha probado v. m. hasta agora valerosísimamente y con ellas atajado dos mil males y efetuado memorables cosas, pero los gastos han sido grandes, muchos los muertos, y la pretendida reducción y obediencia no solamente no se ha conseguido, mas a mi parecer que queda muy dudosa. Suplico por amor de Dios a v. m. sea servido de volverse a la otra parte de las dos sobredichas y provar dicha reducción por el camino del buen gobierno (26), pues siendo v. m. un muy raro y admirable maestro en el remedio de los que al principio prometí, provando v. m. un tal camino, entiéndese que no se debe apartar de improviso de las armas (Véase hasta qué punto llega el prudente realismo de Furió), sino que será menester temporizar con ellas hasta tener ganados, pacificados y asegurados los ánimos de aquellos vasallos. No faltará por ventura quien diga (27) que no conviene a la auctoridad de v. m. provar esta reducción por vía de buen gobierno haviéndola comenzado por las armas. La verdadera auctoridad digo que consiste en que un príncipe salga con su justo intento (¡Atención!: no con su intento, sino con su *justo* intento) y perpetúe la sucesión de los estados en su casa por la vía que pudiere *con tal que sea legítima* (No es bueno

cualquier medio, como vamos a ver seguidamente); nunca el perdedor fué loado. Cuando los medios son buenos y sanctos de una reducción o conservación, no solamente convienen a la auctoridad de cualquier príncipe, mas aun se le recresce por ello grandísima loa y honra. Los medios de buen gobierno son prudencia, liberalidad y misericordia. Con tales remedios necesario es que se gane auctoridad y aun muy grande, pues ¿quién habla de perder auctoridad por ellos?... Bien entiendo yo que la potencia por la cual comúnmente usa de las armas por su medio, es adorada por la gente vana, mal fundada en juicio, pero los savios y grandes gobernadores tiénela por bestia fiera y no se quieren aprovechar de ella mientras pueden echar mano del buen gobierno. De aquí es que los poetas figuraron antiguamente el principado con la efigie Minotauro, de medio arriba hombre, que es el buen gobierno, que ha de ser superior y primero, y de medio abajo bestia, que es la potencia con las armas, que ha de ser la inferior y postrera, y un buen gobernador nunca viene a éstas si no es forzado. Queda de aquí entendido que usando v. m. de la vía del buen gobierno perderá nada de su auctoridad, antes la acrecentará. Vengo pues a los otros estados. Cuantas cosas se hallan en un estado necesariamente se refieren a uno de los tres sobredichos lugares; de cada uno de ellos trataré brevísimamente y añadiré sacando dellos los remedios que

a mí me parecieren más conbenientes a este tiempo para la reducción de estos estados vaxos.»

«PENNA»

«Pena, el primer de los tres lugares sobredichos, es el devido castigo que se da por la culpa cometida. Al dar de esta pena presiden justicia y misericordia. Justicia quiere que no se dé mayor pena ni mayor, digo; ni menor, de lo que el delito merece. La misericordia mirando más altamente, disimula muchas cosas, y moderando el rigor de la pena la suele poner y dar muy menor de lo que la culpa merece. La justicia estoy por decir hablando a la ligera que es humana y terrestre, pero la misericordia es verdaderamente celestial y divina, y así Dios, mas se nos muestra en todo y por todo misericordioso. Pecaron los estados vaxos, es verdad, pero de tal modo que de veinte partes de aquéllos apenas pecó la una, y no me parecería bien que las diez y nueve de los justos padescan por la una pecadora, antes es conforme a razón perdonar a los pocos, aunque malos, por la justizia y fidelidad de los muchos, cuanto y más que de esta una parte pecadora muy muchos murieron en el tumulto de las armas, y casi todos los demás o han muerto por caminos o andan desterrados fuera de su natural y de sus casas y haciendas, que son muerte natural

y civil. Estas dos muertes me parece a mí, si no me engaño, que han sido y son bastante pena para el delito y culpa cometida en aquellos estados, y como tal que así lo acostumbran los padres: con muy liviana pena perdonan las muy graves culpas de sus hijos, Señor, de ellos. Y según está el conservarlos y acrecentarla (sic) es beneficio de su hacienda propia, y lo contrario es gastarla y perderla... Y en algunos lugares de la sagrada escritura el rey es nombrado Dios y como a tal es obligado a usar de misericordia, a semejanza del rey de los reyes. ¡Guay de nosotros si Dios nos juzgase con rigor de justicia! No quedaría piedra. En el testamento viejo los reyes se unguían con olio, y a imitación de aquéllos, algunos reyes también se ungen en nuestro tiempo, con que se da a entender que los reyes han de ser misericordiosos, porque el olio y aceite significan la misericordia. Quien quiera es bueno para castigar culpas (28), mas para perdonarlas es menester un pecho generoso, heroico y divino cual todos confiesan ser verdaderamente el real ánimo de v. m. De aquí saco el segundo remedio y es que pues pocos pecaron y aquéllos o se murieron o les mataron, y los poquitos que quedan han padecido aflicción hasta agora en sus ánimos, en sus cuerpos, en sus haciendas, en sus mugeres, hijos, deudos y amigos, y parece que las leyes y oficios, y les dé su buena gracia real volviendo pacíficamente a sus casas dentro de cierto tiempo y

que vivan de hoy en adelante honestamente. Para que el de Orange y las demás personas de calidad se aseguren, enteramente, podrase tener algún trato secreto, guardando, pero, en todo, la auctoridad de v. m., por vía del Emperador o por otros medios que muy fácilmente se podrán hallar; y yo, mandándolo v. m., me parece que podré decir algunos, harto razonables. Podrá ser que algunos parezca este segundo remedio contra la auctoridad real, a los cuales respondo que no lo es por las causas sobredichas y antes le acrecentarán su auctoridad, en tanto que hasta los enemigos quedarán atónitos y llenos de invidia de una tan grande misericordia, nunca pensada por ellos. Otros dirán que v. m. pierde una hacienda muy grande de los bienes confiscados; a los que respondo que no es perder sino ganar, si bien se consideran los millones que se han gastado, los que se habrán de gastar, si los estados no se pacifican, y las rentas ordinarias que han cesado y cesarán con grandísima pérdida de los cofres reales. Siendo v. m. el más franco y más liberal príncipe del mundo (¡Vaya por Furió!), *no creo yo que ponga v. m. sus ojos en fines fiscales que es cosa baja, ni permitirá que sus émulos piensen en ello. (¡Admirable lección de hacienda pública... y privada!). El tercero remedio se sigue necesariamente al segundo, y es que luego después de un tal perdón, se ha de deshacer el Consejo de Trublas (Consejo de Tumultos. ¡Tenía que salir aquello!), porque no*

tendrá en qué entender. (La razón vale más que el consejo mismo: Como vale más que el establecer un tribunal tan riguroso disponer las cosas de manera que resulte innecesario.) Y siendo como él es en gran manera aborrecido, engendra odio en el ánimo de aquellos vasallos y agora más que nunca ser menester, amor y benivolencia, contrarios al temor causados (sic) del odio. Tengo para mí por muy averiguado que no se quietarán de buena gana los ánimos de aquellos pueblos, mientras este Consejo esté en pie, y quitándole se pacificarán, más recrecerá v. m. al pie de un millón de afligidas personas con más de quince mil procesos en que están enredadas a causa de la confiscación (29), la cual por vía de este Consejo comprehende por la mayor parte viudas, menores, huérfanos, viejos, mancos, tullidos, gafos, y monasterios de pobres frailes y monjas que se mueren de hambre (¡Gran hazaña para emplear los arrestos de hombres nacidos a vocación generosamente imperial! Imposible parece que tal faena, más por lo miserable que por lo cruel, naciese en el ánimo de un caudillo a quien sería injusto negar, cualquiera que sea su dureza, pecho bastante para empresas que pedían el mayor aliento... Y es que otra vez resulta confirmado que las solas virtudes militares, por altas que ellas sean, no bastan para formar el tipo del perfecto caballero cristiano. Ni del héroe. El hombre de arrojo más temerario, el táctico más

hábil, puede no ser más que un facineroso o un pirata. El caballero se califica porque pone idéntico valor al servicio de una regla moral, porque, cuando llega el caso, lo exorna con una sonrisa de misericordia. Que es su más alta distinción...) y hacen algún escándalo de su cuerpo y otros notorios daños, los cuales con este tercer remedio serían reparados y los pueblos aliviados y contentos. El cuarto remedio es que v. m. ordene y mande que los soldados en aquellos estados no se desmanden contra los pueblos ni contra los huéspedes, porque se quejan grandemente que han usado de sobrada licencia contra sus haciendas y contra la honra de sus mugeres y hijas; materia, si es verdad, de grande escándalo, mayormente siendo aquellos los buenos que han quedado y no es justo que padescan los buenos la pena por los malos (30), principalmente una tan ignominiosa pena. También tienen por cierto aquellos estados que es pena, y aun muy grande, siendo ellos como son hereditarios, y no por conquista, tener allí un tercio de soldados presidiarios a la continua en todos tiempos y ansí el quinto remedio sería que v. m. los diese cierta esperanza (No quiere decir: *alguna* esperanza, sino *esperanza segura*), que en acabando de pacificar los bullicios les quitarán los soldados extranjeros de allí, y se quedarán con las vandas ordinarias al uso de aquella tierra. He dicho algunos remedios tocantes a la pena; vengo a los del premio.»

«PREMIO»

«Premio, segundo lugar de los arriba nombrados, es la remuneración debida a las virtuosas acciones. Es muy justo y aun necesario que haya premio para los buenos como hay castigo para los malos, y así Dios, como tiene infierno y purgatorio para los malos, ha puesto paraíso para los buenos. Al dar de este premio presiden beneficencia y equidad, de las cuales sacaremos algunos remedios para los estados baxos. Siguiendo las leyes de beneficencia, será el sexto remedio que v. m., como bien lo tiene acostumbrado, haga mercedes a unos y las prometa a otros naturales della (sic), de los que han servido en los bullicios pasados y le sirven en los presentes, y les anime en los de porvenir. El sétimo remedio es que a los naturales della v. m. les emplee en cargos de paz y de guerra, allá y fuera de allá, como en las Indias, en Italia, en Sicilia y en otros cabos de los muchos que Dios ha dado en gobierno a v. m. (Nótese, además de la generosidad y holgura de criterio que el consejo manifiesta, su gran sagacidad, porque no hay mejor modo de curar —¡a veces demasiado radicalmente!— estos enconos y exacerbaciones nacionalistas, que eso era en el fondo lo de Flandes, que el orear y distraer a los espíritus más intoxicados, entreteniéndoles y ejercitándoles en empresas que les proyecten, fuera de su terruño, en menesteres de alcance internacional,

de perspectivas mundiales. Por otra parte, es de admirar la grande y original audacia de la recomendación: ¿se imagina lo que sería, no ya sólo para Flandes, sino para la mecánica general del imperio de España, en la heterogeneidad de su composición, que un Egmont o un Brederode, ponemos por caso, hubiesen sido nombrados virreyes del Perú o fundadores de ciudades a orillas de los grandes ríos americanos?... Acusaba vivamente también la conciencia de la asociación en que estaban llamados a unirse en una gran empresa común los tan distintos y numerosos elementos que se agrupaban políticamente en torno a España. Bien se conoce que Furió vivió muy cerca del emperador Carlos V y de su afecto, pues sin duda algo se le ha pegado de su liberal y luminoso estilo.) El octavo remedio es que para sus Consejos de Estado y de Guerra señale algunas personas idóneas de aquellos estados que asistan junto a la real persona de v. m., que esto aprovecha mucho para romper la invidia de las naciones sujetas y para conservarlas en amor y verdadera obediencia. El noveno remedio es que v. m. dé el asiento de gentil hombre de su casa a muchos más naturales de los estados de los que tiene agora, y de los mismos mande nombrar algunos por oficiales de su real casa, como sería dezir por mayordomo, cavallerizo o otro mayor o menor de semejantes oficios. La equidad como no solamente tiene ojos a los buenos que han

bien obrado, o que pueden bien obrar, más aun a los malos que no dañen, por esto será el décimo remedio emplear en cargos y oficios, y prometer algunas mercedes y aun hacerlas a algunos bulliciosos, de los cuales se tenga presunción y sospecha que pueden alterar aquellos estados. Es muy gran destreza en el gobierno por esta vía desviar de su dañada intención a los malos, y, de tales, hacerlos buenos y leales; lo cual muchas veces acontece. (¡Qué lejos del pesimismo desesperado, de la mala opinión ajena por regla universal, del *piensa mal y acertarás!* ¡Qué conforme con la buena doctrina cristiana—y española: dígalo *El condenado por desconfiado*—, de que no hay pecador que no pueda convertirse! ¡Qué dentro, sobre todo, del más egregio humanismo renacentista!) Bastan estos remedios sacados del premio; digamos de los de la orden.»

«ORDEN»

«El tercero y último de los tres lugares sobredichos es la orden, la cual es una cierta, firme y indubitada manera de proceder en todas las acciones públicas y particulares, en tiempo de paz y de guerra, sin la cual orden en ninguna manera no se puede vivir en esta comunión de vida humana. En esta orden se requiere certitud y constancia, de las cuales dos partes sacaremos algunos remedios, digo

contrario del todo a la duda y novedad. Tienen cuenta con lo pasado y presente, y más particularmente con lo venidero, que son como ciertas guías de lo que está por venir; quitando las setas que dan una intolerable confusión en esta vida, ceguedad y errores infinitos. Lo pasado en el gobierno—como v. m. lo sabe y hace mejor que nadie—hase de asegurar, confirmar y guardar, y en lo presente y en lo de porvenir huir de cualquier género de novedad, porque la novedad, como antes dije, es del todo contraria a la certitud y constancia, en las cuales estriba principalmente el buen gobierno. Por tanto, v. m. usará del onceno remedio que es confirmarles de nuevo todas sus leyes, fueros, privilegios, inmunidades, usos y loables costumbres que usaban antes de los alborotos, porque ellos necesariamente han de tener (debe de ser *temer*) que v. m. no se los derogue y quite a causa de las pasadas y presentes alteraciones, y concediéndoselos de nuevo adorarán en v. m. El duodécimo remedio será quitar como a cosa nueva, las nuevas imposiciones de las centena, veintena y décima, que son la más principal causa de las alteraciones (31) según ellos dicen. El décimo tercio remedio es que v. m. por vía de embaxadores, o de visitas o de otros medios, entretenga en su buena gracia a los príncipes vecinos de aquellos estados. El décimo cuarto remedio es que v. m. no rompa por agora guerra públicamente en Inglaterra, sino que entretenga debaxo de especie

de amistad en público y de favor y ayuda en secreto de gente, dinero y consejos a la contravanda que tiene en aquel reino, y principalmente a los malcontentos, y a los que están levantados. (Toda la estima que Furió merece no puede obligar a que se haga uno el desentendido ante este consejo insidioso y de mala clase, que precisamente por eso desdice del noble estilo espiritual y ético característico del autor. Porque nada humano es perfecto, he aquí que la mente serena y límpida de Furió, condesciende con una artimaña sucia, del más burdo y grosero maquiavelismo. No paliemos su desliz. Dejemos tan sólo que se disuelva y desaparezca, como inesperada y breve mota de suciedad, en la sobreabundancia transparente y clara de su buena doctrina.) El décimo quinto remedio es que para usar de tan altos grados y actos de prudencia, liberalidad y de misericordia, como son los sobredichos, no hay persona que los pueda hacer, ni aunque lo deva hacer, porque los prudentes príncipes cometen a sus ministros la justicia y reservan para sí la gracia. Si no es (que) v. m. o no puede o no deve de pasar a aquellos estados por justas causas; en tal caso podía enviar allá al excelentísimo don Juan de Austria, acompañado de consejeros, no duros ni rigurosos, sino blandos y amorosos, correspondientes en todo al benigno y misericordioso pecho de v. m. Con esto pongo fin a los remedios prometidos por vía de buen gobier-

no, dexando por agora la parte inferior de Minotauro.»

Este es el documento... El más importante de cuantos conocemos de Furió desde el punto de vista humano. Es la genuina encarnación de su doctrina ético-política, tal y como la conocemos en su tratado del *Concejo y Consejeros del Príncipe*. Es la aplicación fiel de ella a un caso concreto, vivo. La hora de su verdad. Cuando tiene que comprometer su responsabilidad, de la única manera que en tal trance le era factible, es decir, aceptando las consecuencias de un consejo práctico, que podría, quizá, ser llevado a ejecución, comprometiendo en ésta y con ésta todo el valor de la tesis aplicada, el noble maestro, dando pruebas de la sinceridad y del valor de sus convicciones, no acude a evasivas, que no le hubieran sido demasiado difíciles, sino que, identificándose con su teórica concepción, la vuelca, la vierte en el dudoso barullo de un conflicto como el de Flandes, y sereno acepta la prueba crucial de someterla al compromiso y apretura de tan peliagudo experimento. Nadie podrá argüirle: Pero ¿no decía vuesa merced que *la novena calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero, es que no solamente ame el bien público, pero que en*

*procurarle se olvide de su propio provecho y reputación?... ¿No decía que la fortaleza de que habla es de aquellos hombres que son amigos de verdad, entienden en ella, defiéndenla a pie y a caballo, sin respeto de personas, y por defenderla y mantenerla no tienen en nada lo que todos los otros precian mucho?... ¿Y no recomendaba que el consejero sea manso y afable, y el gobierno paternal, condescendiente, generoso, benigno?... No; nadie podría argüirle así, porque Furió da su consejo movido del amor que tiene por la pública quietud, por el bien común, sin cuidarse de que, por ser consejo de paz y benignidad en tiempos en que prevalecía la política de fuerza y exterminio, dañe a su fama y reputación, y lo da en tonos de tan efusiva afección, aun para los sujetos más díscolos y ariscos (aquella inefable, humilde y casi infantil manera de decir su piedad cuando, al hablar de los sublevados, insinúa: *O les mataron o se murieron, y los poquitos que quedan han padecido aflicción*), se expresa en tales términos de liberalidad y misericordia, que encarna en sí mismo, como no podría hacerlo nadie, el tipo del consejero *afable y manso*, precisamente cuando el consejo deja de ser floreo y puede ser historia.*

No necesita, ni soporta, el documento más comentarios; para el discreto, del mismo surgirán

como en enjambre. Acaso, porque se trataría más bien de una advertencia negativa, y por esto más difícil de caer en ella, sería conveniente insinuar la que sigue: Furió, que no es derrotista, ni abandonista, ni pacifista en el sentido lánguido y desvirilizado que adquiere el término en algunos espíritus ambiguos, propugna abiertamente una política de paz — cuando era más irritada la insurgencia de Flandes y más violenta su agresión —, una política de paz, de comprensión, de colaboración e incorporación de los nacionales a la obra universal de España; una política de buena y leal inteligencia mutua entre Madrid y Bruselas, entre Castilla y los Países Bajos. Y no dice una palabra, ni aun veladamente, de la cuestión religiosa... Furió era católico y piadoso. Lo rezuman sus escritos. No hubiera podido si no convivir con Carlos V y Felipe II, tan cerca de ambos. Además, muerto Furió, la Inquisición le abrió proceso, del que salió inculpado (32). No se puede achacar a indiferencia religiosa su silencio. Tampoco a que estuviese tocado de herejía. Pero hay un término que entonces, impuesto por la realidad, por una dolorosa realidad, empezaba a usarse mucho en Flandes, el cual quizá nos pueda dar la clave de ese silencio y el sentido íntimo del mismo. Ese término es el de *tolerancia*... (Precisa-

mente un teólogo belga de nuestros días, el jesuíta Vermeersch, tiene un libro interesantísimo con este mismo título y con la doctrina—hoy ya tónica en los medios católicos cultos—que el título anticipa.) De que Furió Ceriol participase efusivamente en la doctrina de la tolerancia, y aun de la tolerancia religiosa, no se puede dudar. El mismo largo documento suyo que hemos transcrito nos lo probaría por de pronto. En él, como hemos visto, se recomienda la benignidad, la misericordia y el acogimiento inclusive para los más rebeldes, sin distinción religiosa. (De haberla querido señalar, lo hubiera hecho, como tantos otros espontáneos consejeros de la época, cuya marea de benignidad se detiene en las riberas de la herejía.) Es así que entre aquellos rebeldes había muchos entregados a la herética pravedad o tocados de ella; luego a ellos también alcanza el espíritu piadoso y acogedor del consejero. Hay tan sólo unas frases de su escrito que, de momento, podrían suscitar alguna alarma: es cuando, en uno de sus propugnados remedios, habla de suprimir enérgicamente *novedades y sectas*. Pero el claro contexto de los párrafos subsiguientes nos evidencia que se trata de aquellas innovaciones legales y fiscales que, por decirlo así, *rompen* (la palabra secta tendría su estricto sentido etimológico

de separar, seccionar) con la tradición de los usos y costumbres del país, a los cuales, para satisfacción de sus naturales, recomienda el consejero que se vuelva en Flandes. Pero también en este punto de la tolerancia podríamos fácilmente hallar que su consejo concreto se halla hondamente arraigado en su doctrina teórica general. Furió Ceriol, en su *Tratado del Concejo y Consejeros del Príncipe*, ha dejado escritas las palabras más noblemente audaces y más inusitadas que, dentro del marco de la ortodoxia católica, nadie haya pronunciado, a lo menos en lengua española, durante aquella época. Hablando de la *décima calidad que muestra la suficiencia del alma en el consejero*, dice *es que separar todo el cuerpo del principado. Todo el cuerpo del principado. Todo. No esta parte sobre la otra, ni aquélla con exclusión de la de más allá. Todo. Pues bien; bajo esta enseña o este lema universal, como para confirmar en concreto y específicamente que ese todo no excluye a ninguna parte por solos motivos de actitud religiosa, dice, hacia la mitad del correspondiente apartado, lo que sigue: No hay más que dos tierras en el mundo: tierra de buenos y tierra de malos; todos los buenos, agora sean judíos, moros, gentiles, cristianos o de otra secta (aquí sí que está claro el sentido religioso del término), son*

de una misma tierra, de una misma casa y sangre: y todos los malos de la misma manera. Había dicho poco antes, con aquella cálida viveza y plasticidad de que a veces se reviste su estilo cuando defiende, como en estos párrafos, esa causa altísima de la justicia pura, deferida a todos, sin acepción de personas, sin atajaderos de favor, de parentesco o de simpatía: *Es uno bueno y virtuoso, y aunque no lo sea, pide cosa justa, y a dicha es de casa del diablo, nacido entre garamantes y indios, este tal es de la nación, de la tierra, de la misma ciudad, del bando, del parentesco, de la misma casa y sangre del conasegero* (¡qué diferencia de las repugnantes concepciones *hemofílicas*, según felicísima calificación de Mendizábal, con las que hoy se envilece la inspiración política de algunos grandes pueblos!...) A ese literalmente *pobre diablo*, a ese mestizo, a ese meteco, a ése también – a ése sobre todo – debe hacer justicia el poder público, con preterición de toda otra clase de estímulos y consideraciones. A ése es menester que *favorezca, con amor, con todas sus fuerzas y diligencias.* Sospechamos que Furió estaba perfectamente penetrado de esta hermosa y casi desconocida verdad; es, a saber, que el caballero y el cristiano – o el caballero cristiano – lo son ellos por sus actos propios, no

porque lo sean los otros, o por los actos que los otros con respecto a ellos realizan. Por eso la caballerosidad hay que buscarla en sí mismo; no en los otros. Ni hace falta que sean caballeros para tratarles con caballerosidad, porque cada cual ha de tratar y sólo puede tratar caballerosamente con la caballerosidad que él mismo tiene...

Pero arrastrados por la riqueza de incitaciones que surgen de un pensador como Furió, corremos el peligro a cada paso de alejarnos del tema de momento, que en el presente era el tema de la transigencia. De qué manera queda ella patente en los párrafos que acabamos de transcribir, no es menester que lo subrayemos. Su tesis fundamental puede resumirse diciendo: el poder político debe hacer justicia a todo el que la merezca, sin distinción de raza, de clase ni de religión, *agora sean judíos, moros, gentiles, cristianos o de otra secta*. La casa, la sangre, el bando y parentesco del gobernante, son de los que piden justicia; si son buenos, pero igualmente *si no lo son*, y aunque por ventura resulten de la casa del diablo, *nacidos entre garamantes e indios*... ¿Se puede pedir una más amplia y caritativa, una más justa concepción de la tolerancia...? ¿Y no resulta hasta mezquino el término para expresar tal disposición de ánimo, tal convencimien-

to?... Pues, volviendo a la cuestión con que iniciábamos todas estas consideraciones, ¿no habrá que atribuir a esta tolerante liberalidad el silencio absoluto de Furió en lo tocante a los aspectos religiosos del conflicto de Flandes?... ¿No era el silencio prudente respecto de este extremo, tras de aquellas explícitas recomendaciones generales de generosidad, de liberalidad para todos, sin tasa y sin distinción, la única manera que tenía de disentir del coro de quienes, aun recomendando medidas piadosas y actitudes de perdón, solían siempre echar por delante la exclusión de los *delitos de herejía*?

Toda la ideología fundamental de Furió, con la cual se muestra siempre, en cada una de las manifestaciones concretas de su pensar tan coherente —junto a la consideración de que el haberse manifestado más explícito en punto a tolerancia religiosa hubiera sido quizá perjudicial para la propia causa de ella—, inducen a admitir una respuesta decididamente afirmativa.

5

Furió es, por la inmaculada pureza de su doctrina, por la inefable buena fe de su actitud, por la

gallardía caballerosa con que, en casos como el de Flandes, se muestra fiel a sus más puras convicciones teóricas, por el contenido concreto de muchas de sus afirmaciones políticas, por lo audaz, peregrino y moderno, de muchas de las fórmulas, felices y animadas, con que defiende los que hoy llamaríamos *derechos de la persona y de su libertad*, Furió es, repetimos, una excepción, pero no es un solitario... Quisiéramos acertar a resumir nuestra opinión en este punto.

Ante la dureza despiadada de la acción española y ante el severo gesto de condenación y de reproche de quienes, en la misma España y en aquellos días, tuvieron el valor moral de vituperarla, la turbamulta indígena de turiferarios del *progreso* muestra una especie de complacencia baja, como cuadra a su condición. Deleite contra natura, de mal nacido, que se satisface monstruosamente en proclamar la ignominia — mentida en este caso — de su origen — no merecido —. Ignorancia supina, por añadidura, pues la lección que de todo ello se desprende es diametralmente opuesta. Si más duros, quizá; si más pródigos en el despilfarro de la sangre — ajena y propia —; si más hoscos en el continente; si más imaginarios en la invención y más expansivos en la extensión de la aventura, no fue-

ron los españoles, ni con mucho, peores que los otros contemporáneos suyos. Y esto no ha de invocarse como encarecimiento, bien mezquino, ni aun como una de esas paradas de la esgrima dialéctica que arguye con semejante despropósito: verdad que fuí ladrón, pero también robaba mi vecino... Bochornosa defensa, que es oprobio, y sería condena- ción de no haber otras... Esto se dice solamente como estricta restitución de hechos notorios y para que sirva, además, de tapabocas a quienes se las llenan con el estiércol de injurias arrojadas sobre los que, en definitiva, fueron sus antepasados. Mas si los nuestros no fueron peores en la acción (*por mejores os mandé*), fueron tan buenos como los me- jores — y un punto más — en el pensamiento; quiero decir en el pensamiento precisamente de la acción; en la conciencia clara, despiadadamente lúcida y crítica de la propia acción. Junto a ésta, en una prodigiosa simbiosis, juzgándola con una autodi- sección heroica, iba escrudiñadora, insobornable, la conciencia moral, insatisfecha siempre, evasiva a la tentación de los triunfos más brillantes, ávida de la perfección más subida. Conciencia insobor- nable que no pasaba por movimiento mal hecho — entonces, cuando, prácticamente, todos los mo- vimientos del mundo recibían su inicial sacudida

de una manopla española... Para quien tenga el ánimo sensible al efluvio del bien, a la dignidad de la justicia, mucha más emoción que aquellas aventuras inenarrables, en cuyo rastro centelleante un pasmo pavoroso hoy mismo todavía nos estremece, es la emoción moral de contemplar aquellos grupos de austeros pensadores—frailes, juristas, secretarios, filósofos, teólogos—, que casi todos habían compartido las calamidades y peligros de la gente de armas, que algunos habían pertenecido a ella, que poseían en un grado insospechable para nosotros—porque en nosotros es cerebración y en ellos vida—el sentido de la grandeza de España; que no eran derrotistas ni *filántropos* y que quizá dejaron en las cicatrices—o en las semejanzas—de innumerales rostros diseminados por el mundo el sello inequívoco de su virilidad, cómo, sin dejarse ganar a la adulación del triunfo, por su boato, ni al agrado de las conquistas, por sus posibles conveniencias, proclamaban ante todo y sobre todo, sobre la victoria, sobre el enriquecimiento, sobre el poderío, sobre el bienestar, la superioridad del bien y de la justicia, señalando implacablemente los errores y las irregularidades morales que aparejaban aquellos esplendores...

Y ése es nuestro rescate. Y nuestra gloria... Por-

que no en los trabajos y los días de aquel aventurero áspero, enjuto, roto (sin fanfarronada) a todas las proezas—y por todos los descabros—, indomable, invencible, cuyas manos se tiñeron de sangre tantas veces—y ¿quién las tendrá limpias?—, sino en esa su conciencia mucho más dura que él, mucho más fuerte, que se le sobreponía cuando él se había sobrepuesto al mundo, y le escarbaba en las honduras de su entraña más despiadadamente que él asolaba, en un saco famoso, la ciudad más galana y mejor amurallada, en esa conciencia, que tenía, lo mismo que una espada, punta y filos—¡única espada a quien temiera!—, está la realidad y la medida de su grandeza. No un hacer por hacer, que degenera un día—el día de los impotentes presumidos—en la triste parodia de un hacer que se hace, sino un hacer—heroico, si se tercia—por un gran fin, fuera del hacer mismo, que a éste sirva de pauta y de alas milagrosas. Y entre la realidad, álgida y sudorosa, de la turbia refriega, que seduce y exalta, y aquella lumbre pura y virginal, con doncellez de aurora—Tabor del Bien y la Justicia—, el hostigo cruel de una conciencia despiadadamente lúcida, que exige el levantarse, el extenderse, el dilacerarse, desde la suciedad de la primera hasta la nitidez de la segunda; de una conciencia tan tremenda, que

no la hacen callar ni los vítores estruendosos de los mayores triunfos ni las ásperas bocas de las mayores amenazas; que

*no ha de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo....,*

porque no tiene miedo, y se lo impone a quienes no le sintieron jamás, y porque es imposible silenciarla, pues no viene de fuera, entre los alborotos y estruendos que podrían ahogarla, sino de la soledad callada y tenebrosa del castillo interior donde su resonancia es invencible; de una conciencia donde está prevenido el remordimiento, cuando no la enmienda; de una conciencia acusadora y redentora, en donde únicamente pueden hallar su verdadera luz los magníficos esplendores de tantos descarríos...

Por eso, Pizarro y Cortés, sí; pero Las Casas y Vitoria... Tenorio, pero Mañara... La política de Fernando V, pero *La Política de Dios*... Mendoza, pero Valdés Leal... Aldana, capitán temerario, pero Aldana poeta que decía:

*Oficio militar ejerço y hago,
baja condenación de mi ventura
que a un tiempo dos infiernos da por pago.*

Garcilaso, en sus triunfos de arcángel, pero Garcilaso en la conciencia elegíaca de su inanidad:

*Veráse allí que, como polvo al viento,
así se deshará nuestra fatiga
ante quien se endereza nuestro intento.*

Lerma y Olivares, pero Quevedo y Mariana; el duque de Alba y su *Consejo de Tumultos*, pero Furió Ceriol y sus *Remedios para el sosiego de Flandes...*

Un formidable hacer, glorioso, triste, rutilante y horrendo. Un hacer que se fué. Pero una conciencia adusta que de él brota y le trata con sus terribles ácidos, depurándole, aguzada como una daga, vigilante como un perenne centinela, insaciable como un pordiosero del mismo Dios, dolorosa como un purgatorio, implacable como la verdad y como la muerte... Que es lo que nos queda.

JOSÉ M.^a DE SEMPRUN GURREA

NOTAS

(1) Refiriéndose a los estados flamencos, dice Piédrola de Viamonte en su *Discurso sobre las cosas de Flandes* (B. N., ms. 11.087, fol. 208v.): *Son todos habitados de di-*

ferentes humores y naciones.—En lo tocante a estas contradicciones y heterogeneidades—diversidades si se quiere—nos atenemos principalmente a Erich Marck, en el epígrafe: *Los Países Bajos, vida y contrastes hasta 1567*, del capítulo *La Contrarreforma en Europa occidental* (tomo V, pág. 285) de la *Historia Universal*, ed. Espasa-Calpe (trad. esp. del Catedrático Sr. Morente). He aquí, al azar, algunas afirmaciones del citado historiador: *Profundas grietas surcaban el Estado (de los Países Bajos) que sólo la dependencia de un señor mantenía en cohesión. Ante todo la diferencia de raza... Otra segunda grieta... era la que separaba la costa del interior, la parte esencialmente agraria y la parte esencialmente ciudadana... Pero también había divisiones dentro de la ciudad misma: separación de clase primero entre el patriciado y la comunidad, y ahora dentro de las constituciones que en el Norte eran más bien oligárquicas y en el Sur más bien democráticas, la separación entre los acomodados y los pobres, entre los señores de la industria y del comercio y los juristas que dominaban las administraciones... En los Países Bajos, contrastes populares económicos, sociales y culturales. Pero también el contraste entre los Países Bajos y España.* Para este y otros puntos de la cuestión flamenca, puede verse Lafuente: *Historia General de España*, tomo IX, caps. VI, VII, X.—Antonio Ballesteros y Beretta: *Síntesis de la Historia de España* (1936, sic), epígrafe, *La rebelión de los Países Bajos* (pág. 273).—P. Juan Logendio, S. J.: *Historia de España*, Bilbao, 1914 (págs. 464 y siguientes).—E. Gossart: *L'Etablissement du régime espagnol dans les Pays-Bas et l'insurrection* (Bruxelles, 1905).—Luis Morales Oliver: *Arias Montano y la política de Felipe II en Flandes* (Madrid, 1927).—Herta Schubart: *Arias Montano y el monumento al Duque de Alba* (en el núm. 7 de la Rev. *Cruz y Raya*).—Henri Hauser: *La prépondérance espagnole, 1559-1660* (París, 1933).—Margaret Yeo: *Don Juan de Austria, 1547-1576* (París, 1935).—Luis Coloma: *Jeromín*, II.

(2) *Siendo estos países patrimoniales el emporio del Oriente y el Occidente.* (Cabos sucintos que se tocan de las causas y origen de los males sucedidos desde el 1568 por todo el 1573 en los Países Bajos reducidos a términos muy trabajosos y peligro de suceder mayores ruinas. B. N., ms. 1.009, fol. 137). *Espléndidos y suntuosos llama a los estados de Flandes Luis Valle en su Discurso sobre las cosas de Flandes* (B. N., ms. 11.055, fol. 7).

(3) *Surtout le grand centre d'exploitation des industries flamandes, Anvers, dont nous connaissons le rôle d'intermédiaire financier et commercial, entre les banquiers des Hautes Allemagnes, les negotiants italiens, espagnoles, portugais et les terres neuves, se sentait bridée dans ses libertés...* (H. Hauser. Ob. cit. en la nota primera, págs. 63-64).

(4) *En todos los grupos hallaron terreno apropiado los movimientos religiosos de la época: en la burguesía acomodada con tradición erasmiana y en las capas inferiores con la pasión y el exclusivismo de Ginebra.* (E. Marcks, lug. cit. en la nota primera). Salió a relucir, y no es disparatado, a propósito de la disidencia religiosa en Flandes, la referencia a Erasmo. Convendría puntualizar. Porque sin animo—ni autoridad—para terciar en la peliaguda controversia acerca del sentido exacto y de las consecuencias *directas* del erasmismo, aventuramos la indicación de que si éste favoreció una cierta desenvoltura crítica y una más concentrada individualidad en el espíritu religioso, donde pudiese prender el estilo insumiso de la Reforma, en modo alguno se puede incluir, sin más ni más, a Erasmo entre sus promotores, ni confundir la estela de su pensamiento con el rastro del que propugnaron los reformadores protestantes, con algunos de los cuales discutió duramente. Menéndez Pelayo—en quien luchan su apasionada apologética y su noble deseo de justicia, dando por resultado el visible vaivén de sus juicios acerca de Erasmo (Het. II, p. 36)—dice que *abrió el camino* (a Lutero) *en todo lo que se*

refiere a disciplina, ya que en los errores dogmáticos haya radicalísima diferencia. El distingo del gran Maestro es una concesión importante y significativa. No lo son menos estas palabras (pág. 43): *Sé que Erasmo vivió y murió en el seno de la Iglesia Católica, defendiendo el libre albedrío contra Lutero, el cual le injurió brutalmente sin respeto a su ciencia y a sus canas...* Para lo que ahora nos importaba, declaraciones como ésta serían suficientes. El Maestro les cuelga varios *peros*, intencionados y picantes, por donde asoma el agrio filo de su generoso apasionamiento polémico. *Pero*—diremos también—concedido aquel hecho esencial, lo demás sirve efectivamente para mostrar errores, faltas, irreverencias, graves descarríos, que no permitirán incluir al de Roterdan precisamente en el catálogo de los Santos Doctores de la Iglesia y que prueban el pernicioso influjo que pudieron tener—sobre todo exageradas y deformadas—varias de sus tesis y muchas de sus críticas. Mas, a nuestro entender, sería grave yerro echar al gran humanista en la turbia corriente del Protestantismo, o hacerle responsable—ni en intención ni en doctrina—de lo que hicieran y dijeran quienes, como reconoce Menéndez Pelayo (pág. 45), *iban más allá que él en muchas cosas*. Por otra parte, quizá fuese más conforme con la última realidad y con los intereses histórico-culturales de la Iglesia, recabar para ella y poner de manifiesto todo lo que hizo Erasmo sin que se le pueda por ello tildar de no católico (aunque, en uso de la santa libertad de opinión que hay dentro de la Iglesia, fuera de lo estrictamente dogmático, se pueda discrepar de sus afirmaciones) en vez de enconarse en rebuscarle errores y desmanes para echárselos encima, empujándole fuera del ámbito católico, como si su pérdida no tuviese, humanamente hablando, una enorme importancia. Sobre el tema de Erasmo—y sin que se invoque en pro ni en contra de la opinión personal que acaba de exponerse—ha de verse *El Enquiridion o Manual del Caballero Cristiano*, de Erasmo, en la ed. de Dá-

maso Alonso, que prodiga notas eruditísimas, y el prólogo lleno de interés de Marcel Bataillon; asimismo *La Paráclisis o Exhortación al Estudio de las Letras Divinas*, ed. y prólogo del mismo Dámaso Alonso, todo en *Rev. de Filol.*, Anejo XVI (Junta para Ampliación de Estudios, Madrid, 1932). También tienen referencias y sugerencias de gran valor—independientemente de las discrepancias que susciten—los sendos estudios preliminares de D. José Montesinos a los dos diálogos valdesianos, de Alfonso y Juan, respectivamente, *de Lactancio y de la Lengua* (ed. de La Lectura, vols. 89 y 86). Recientemente—1935—Stefan Zweig ha publicado su *Erasmus von Rotterdam*, con el subtítulo *Triumph und Tragik des Erasmus von Rotterdam*. De sus últimas páginas reproducimos estas significativas palabras: In diesen mathematisch klaren Lehrbuch (el *Príncipe*, de Maquiavelo) rücksichtsloser Macht- und Erfolgs politik ist das Gegenprinzip des Erasmischen handgreiflich wie in einem Katechismus formuliert. Während Erasmus von den Fürsten und Völkern fordert, sie sollten ihre persönlichen, ihre egoistisch-imperialistischen Ansprüche freiwillig und friedlich der brüderlichen Gemeinschaft der ganzen Menschheit unterordnen, erhebt Machiavelli den Machtwillen, den Kraftwillen jedes Fürsten, jeder Nation zum obersten und einzigen Ziel ihres Denkens und Handelns (pág. 223). Significativas para nuestro estudio sobre Furió son estas palabras, porque la contraposición de Erasmo y Maquiavelo corresponde simétricamente a la que señalamos en nuestro anterior ensayo entre Furió y Maquiavelo (ocasionando, por cierto, que alguna crítica italiana, sin embargo de encomios que agradecemos, pero declinamos por excesivos, insinúe que hemos entendido bien al valenciano, pero no al florentino). Al superponer ambas contraposiciones, Erasmo y Furió Ceriol van a caer del mismo lado, confirmándose con ello para el caso lo que en general sospechábamos—y quizá algún día investiguemos más a fondo—, a saber, la densa ambientación erasmiana de nuestro tratadista.

(5) *Mais dans les milieux industriels où trionphe le capitalisme les prédicants formés à l'école de Genève, s'emparent des classes ouvrières qui se déplacent sans cesse, reçoivent des éléments nouveaux et instables repandant ainsi, de ville en ville, la doctrine nouvelle.* (H. Hauser, ob. cit., pág. 64).

(6) *Ainsi commence l'ère décisive, L'ANNÉE DES MERVEILLES (HET WONDERJAAR). Du 10 à 18 août des bandes d'iconoclastes sacagent les églises—prés de quatre cents—détruisant avec une fureur sacré les symboles de l'idolatrie.* (Hauser, ibíd., pág. 66).

(7) Los ataques a cosas y personas religiosas eran en gran parte fruto de encono herético, pero, probablemente, también de simple barbarie, hasta el punto de que las mismas tropas al servicio de la católica majestad cometían a veces semejantes atropellos, como acreditan quejas de la época. Por otra parte, no todos los que andaban revueltos con los herejes y actuaban como tales lo eran de verdad. En el escrito citado *Cabos Sucintos...* se habla de quienes *están pidiendo y desean volver a la antigua religión católica... si se pudieran asegurar hallar lugar de clemencia.* Finalmente, los desmanes de la soldadesca empujaban a veces a los naturales, aun siendo católicos, a echarse en brazos de sus compatriotas rebeldes, y con esto quizá a participar de sus fechorías, como confiesa escrito, tan poco sospechoso de parcialidad hacia éstos, como el que se titula *Lo que conviene y es necesario para el buen gobierno, reformation y pulicia de los Estados de Flandes.* (B. N., ms. 1.009, fol. 77 y siguientes), donde se dicen cosas como éstas: (los nuestros) *después de haber comido y bebido muy bien, le llevan (al villano) quanto ven de sus ojos, forzándoles a que den sus bienes, y no lo haciendo maltratan más cruelmente que turcos o herejes.* Según este documento, los villanos temen a *la gente de guerra como al fuego, queriendo más recibir y alojar al enemigo, aunque hereje, que a los nuestros.* Todo esto explica, aunque no disculpe, ciertas cosas, sin necesidad de achacarlas a herejía...

(8) El autor de los *Cabos sucintos...* al señalar los males acaecidos en Flandes, dice: *La quitación de las savias instituciones de los príncipes predecesores, de las exemptions y franquezas mercantiles.* Y en otro lugar: *Ahora, por el contrario, se ha pretendido y pretende quitar todo, introduciendo, en lugar de las franquezas y libertades mercantiles, violencia y extremado rigor...* Para que no se tome demasiado al pie de la letra lo que en el texto decimos del *Laissez faire*, y para dejar las cosas en su punto, añadimos: 1.º, que las medidas de represión y cortapisa en el orden mercantil, cercenando añejas libertades, causaron en aquellos países daños económicos; 2.º, que en aquel espíritu de libertad mercantil y aquella avidez de conservarla había evidentemente un anticipo del espíritu del moderno liberalismo económico burgués; 3.º, que en aquel espíritu, *todavía*, no todo era, ni con mucho, reproachable o condenable, y que en las presiones con que se sofocó la libertad mercantil de entonces no se contenía el propósito de corregir los abusos de un incipiente régimen liberal—cosa que hubiera hecho a nuestros criterios actuales más simpática la medida—, sino que todo era efecto de una política de represión que mataba inconscientemente errores en germen y prosperidades en plena madurez.

(9) Véase H. Hauser, ob. cit., pág. 77.—Entre otras cosas dolorosas como acompañan a este sangriento episodio, hay una que deprime profundamente el ánimo: saber que el bravo tercio de Julián Romero pasó por la vergüenza de servir de guardia a aquella desagradable y—por los antecedentes y representación de las víctimas—escandalosa escena patibularia.

(10) *La pequeña nobleza se levantó. Sus sentimientos venían atizados por el soplo de los años, por la excitación general, y sus quejas se habían hecho más vivas. Era en su mayoría católica, pero, sin adherir a la Contrarreforma, no era españolista, y desde 1565 se reunió para llevar a cabo una acción más enérgica* (Erich Marcks, lug. cit., págs. 292-293). *Los odiosos*

impuestos... sublevaban contra España a los mismos católicos afectados en sus intereses (Ballesteros Beretta, ob. cit., página 277). Como contrapartida—no sé si como Contrarreforma—, el hijo del duque de Alba entregaba Malinas al saqueo durante tres días, *sin distinción de religiones* (Hauser, pág. 93). Véase el papel *Cabos sucintos...* y lo que decimos en la nota 7.

(11) Hauser (pág. 76) lo viene a decir casi con las mismas palabras: *En 1567, le centre du cyclone europeen est à Bruxelles.*

(12) El preclaro y cristiano espíritu de Jacques Maritain ha emprendido hace tiempo el noble trabajo de mostrar lo que podría ser una nueva Cristiandad. Véase su importante curso de conferencias en la Universidad de Verano de Santander (Magdalena) durante el de 1934, y su admirable libro *Du Regime Temporel et de la Liberté*. Allí queda bien claro cómo puede ser perfectamente lícito al gobernante, por muy católico que él sea y su propósito, regir a una multitud, dividida de hecho—dolorosamente dividida—en materia religiosa, y esto no sólo sin reprimir antes dando formas estatutarias a esa pluralidad. Que en alguna medida Felipe II lo hubiese podido ensayar lícitamente, bien lo sabía desde que la famosa Junta de Teólogos (véase, por ejemplo, Juan Logendio, *Historia de España*, pág. 464) se lo aconsejó, visto el sesgo que tomaban las cosas en Flandes. Que a pesar de esto no quisiera hacerlo, dirá mucho en pro de su firme voluntad y de su buena intención. Que, dado el ambiente de la época y la violencia de ciertas acometidas de los herejes, le resultará difícil admitir la política de tolerancia, es problema discutible de carácter histórico. Pero que los modos usados por sus delegados en Flandes, mayormente durante los períodos de la *manera fuerte*, se hallaban de hecho a una distancia infinita del ideal permanente de un gobierno justo y cristiano, es cosa que resulta archievidente. Que nos resulta archievidente *hoy*,

dirá algún malicioso... Claro que sí; pero da la casualidad de que es *hoy* cuando escribimos...

(13) Sería insensato y tendencioso—no faltará quien diga que hasta *irreverente*—representarse al emperador como un hombre tolerante y liberal en el sentido de que se han cargado estas palabras en los últimos tiempos. Pero sería injusto desconocer que en la tremenda crisis de la conciencia religiosa de la Reforma, se portó durante bastante tiempo con mesura y tacto, y hasta que se esforzó por reducir cuanto pudo la disidencia sin darse por de pronto a medidas violentas. Dos veces acudió a oír a los disidentes: una en la Dieta de Augsburgo y otra nueve años antes, cuando escuchó al propio Lutero, dándole el famoso salvoconducto. Más significativo es este episodio de la Dieta de Augsburgo: *El emperador quería a todo trance la concordia*—escribe el P. Logendio (pág. 411)—*y encargó la refutación de la Confesión (protestante) a veinte teólogos, que hubieron de redactarla cinco veces, porque su tono áspero y desabrido desagradaba al emperador y a los católicos de la Dieta.* Otro ejemplo es el *Interin*, quizá teológicamente no muy afortunado, pero demostrativo también del mismo deseo de diferir y disolver el conflicto religioso. Recientemente, el culto dominico P. Beltrán de Heredia publica en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* unos muy interesantes documentos, cartas del emperador y la emperatriz, tocantes al proceso de Virues, en los cuales se pone de manifiesto el espíritu de poca simpatía a un régimen excesivamente represivo que, por aquellos días, animaba al emperador. (B. M. P., julio-septiembre 1935.)

(14) Para el cariz sombrío y lúgubre que por momentos iba tomando el escenario de Flandes, puede servir, si no de única y general explicación, a lo menos como *una* explicación, por cierto llena de viveza, de colorido y de humanidad, la que se desprende de este párrafo del papel *Cabos sucintos...*, reiteradamente invocado en estas notas: *La quitación de las*

savias instituciones..., de las exemtiones y franquezas mercantiles, de los entretenimientos, hermandades y cofradías, y juegos del pueblo que hacían más dulce la melancolía de aquel cielo y aquellos humores industriosos, de suyo melancólicos y fríos y interesables, de buena pasta, pero, y condición, y de buena fee con que se la guarden, fáciles a amistad, y que oprimidos demasíadamente y por ello irritados, dan con obstinación por una desesperación excitada en humor lento, melancólico y pesado, como se ha visto, el cual no se endereza sino por buena voluntad.

(15) El instinto para captar realidades humanas está más despierto en el novelista historiador que en el historiador a secas. Por eso tiene interés lo que el P. Luis Coloma dice o deja entender en su biografía novelada *Jeromín*, acerca de la mayor parte de las condiciones que a nuestro juicio se dan en Felipe II. Para confirmar alguna, copia una carta del confesor del rey en que le dice cosas como éstas: *V. M. tiene obligación de luego, luego, proveer de personas que traten los negocios, pues, que V. M. no puede ni despacha estando sano cuanto y más enfermo... He dicho a V. M. otras veces esta cosa tan cierta: que V. M., so pena de su condenación eterna, es obligado a sus vasallos a hacerles justicia, y con brevedad; si no puede por sí (como no puede ni lo hace), es obligado por la misma razón a proveerles della por terceros, pues menos inconveniente es que algunos negocios se yerren y enmienden después que no que haya tan gran morosidad en ellos.* (Fray Diego de Chaves, cit. por L. Colomá en *Jeromín*, II, págs. 230-231). Apenas habrá autor de aquella época, o que la estudie, de quien no se pudiesen tomar acotaciones parecidas.

(16) Sorprende que acuda a esta parada defensiva historiador de tanta autoridad como el Sr. Ballesteros. *Es verdad—dice—que se puso a precio la cabeza del Taciturno; es cierto que en Simancas se ordenó la ejecución de Montigny, pero no debemos juzgar a Felipe con los criterios de siglos des-*

pués de su reinado. Preciso es trasladarse al siglo XVI, pensar en la mentalidad, en las ideas y sentimientos de aquella centuria, y, sobre todo, es imprescindible dirigir una mirada alrededor. (Véase la nota 12.) Claro está que con este tipo de argumentos resultaría difícil condenar la esclavitud, los sacrificios humanos, ciertos ritos lúbricos, la prueba del tormento, y hasta algunas máximas pedagógicas como aquellas de que *el loco por la pena es cuerdo y la letra con sangre entra*. En los actos humanos podemos distinguir lo que son como fenómeno exterior, ofrecido a nuestro conocimiento, de las últimas intenciones o inspiraciones de donde han salido. De éstas puede juzgar sólo Dios, y en ellas es natural que influyan, a veces irresistiblemente, todos los medios históricos y sociales. Pero salvadas esas intenciones—lo cual, por otra parte, igual habría de hacerse tratándose de Felipe II que de Gengis Khan o de Atila—, todo lo demás, es decir, toda la estructura y toda la mecánica exteriores del acto, ¡qué duda cabe que las podemos cotejar y comparar con un principio moral, el cual, naturalmente, es el principio moral que tenemos *hoy*, y a la luz del mismo calificarlas, enjuiciarlas y si es menester condenarlas!... Por otra parte, ahincar demasiado en esta clase de defensas rezuma un relativismo moral, que es, en efecto, una posición ética en que muchos se colocan, pero que no parece cuadre muy bien con la de quienes suelen defender al rey prudente. Queden, pues, a salvo, las últimas intenciones de éste, sin que para disculparlas sea indispensable acudir a históricos ambientes cuando basta el arcano de cada conciencia; pero sus actos, como tales, pueden caer del todo o bajo ciertos supremos criterios eternos de moral—para quien crea en ellos—o bajo los que hoy admitimos como válidos, que son, ineludiblemente, los únicos de que podemos disponer. Porque justamente lo imposible en absoluto es que ni para esto, ni para nada, vivamos cuatro siglos antes de haber vivido...

(17) Rui Gómez — el marido no muy afortunado de la inquieta princesa de Evoli — parece una figura noble y fina, que hoy se nos borra pegada al fondo tormentoso de su siglo. Acaudillaba en la corte el partido de la paz y la clemencia, siendo curioso notar que un caballero tan aguerrido como Don Juan de Austria figurase en el mismo, y no en el de Alba, con quien, por ser éste el defensor de la guerra a todo trance, parece que casarían mejor las aficiones bélicas del vencedor de Lepanto.

(18) Véase Ballesteros Beretta, *Síntesis*, pág. 274. — Cuando así lo confesaba el propio duque, no debe sorprendernos que Hauser emplee iguales términos para calificarle, y diga: *Le duc d'Alba, l'homme de guerre frenetique investi de pouvoirs qui annihilent ceux de la regente, concentre autour de Milan (para ir a Flandes) les fameux tercios.* (Ob. cit., pág. 67.)

(19) *Initium tumultus* llama Ferrero al capítulo de su *Historia de Roma (Grandeza y decadencia, II, trad. esp., página 232)*, donde se narran las tenebrosas turbulencias que comienzan en el Rubicón (y van a terminar años después en las Idus de Marzo). *Tumultos, Consejo de tumultos*, es su lúgubre eco en Flandes al cabo de los siglos.

(20) ... *haviendo continuado el rigor y castigo grande... desde el 66 (el 1566) y tres años enteros, y justiciadas cerca de quatro mil personas, y más de ocho y aun nueve mil desterradas. (Cabos sucintos...)* En el sitio de Harlem, según Hauser, sólo los españoles perdieron 12.000 hombres (ob. cit., página 98). Y Logendio — que con habilidad soslaya un juicio demasiado desfavorable a Felipe II — cita unas frases de Prescott que, a pesar de la intención apologética con que se aducen, son la más declarada concesión al número de víctimas del Consejo de tumultos, en el cual, según el invocado escritor, *no llegaron los muertos a los que en nuestros días vemos que ocurren en una batalla.* Para tratarse de un Tribunal de

Justicia que no juzgaba a enemigos propiamente dichos, sino a súbditos rebeldes, no estaba tampoco mal...

(21) Entendámonos: el que, en determinada época, los monarcas se creyesen con derecho a exigir una actitud religiosa de los súbditos no llevaba jurídicamente aparejado que se considerasen despojados de su autoridad sobre ellos si éstos cambiaban de religión. Tan es así que ejercían con respecto a los mismos su jurisdicción con la máxima plenitud, hasta quitarles la vida. Lo que solía suceder era lo contrario, o sea que a los súbditos se les considerase libres del *pactus subiectionis* cuando el soberano abandonaba la antigua religión.

(22) Pero tampoco faltaba quien lo supiera. Así, por ejemplo, el autor de los *Cabos sucintos...* hace esta declaración insuperablemente expresiva y sincera: *Y lo peor de todo claramente se ve que va a parar en mayor daño de la religión verdadera cathólica, pues al presente está tan gastada (en Flandes) que pluguiese a Dios se hallase en los mismos términos que cuando entró en los Estados el duque de Alba...* ¡Famoso resultado para la política religiosa de que éste era instrumento!

(23) Esto de los desmanes de la soldadesca era achaque común en las guerras del tiempo, y tema singularmente repetido en la de Flandes. En el documento acerca de *Lo que conviene y es necesario para el buen gobierno, reformation y pulicía de los Estados de Flandes*, se dice: *No hay elocuencia de orador que sepa ni pueda declarar las desórdenes y insolencias que cada día haze la gente de guerra de todas naciones, y es el mal tan envejecido que habrá mucha dificultad de lo extirpar y reformar* (era en parte motivo de esos desórdenes el bochornoso atraso de las pagas al ejército, por lo que el autor del papel propone que se satisfagan los haberes mensualmente o a lo menos cada tres meses), *habiendo llegado a tales términos la malicia, que el malo y escandaloso es tenido por valiente y honrado soldado, robando al amigo y al enemigo, al cortesano y al ciudadano, y el pobre villano no es señor de estar ny*

esperar en su casa, temiendo la gente de guerra como al fuego... los capitanes y oficiales roban la hacienda de su Mag. a rienda suelta y sin verguenza, haziendo passar plazas de hombres que no sirven ny jamás han servido, y muchas veces en plaças de hombres muertos, con tanta desorden que lo tienen por gala. (B. N., ms. 1.009, fols. 77 y siguientes.) Con textos parecidos, el relato se repite indefinidamente hasta en aquellas sombrías palabras de Requesens cuando escribía: ... *la misma gente de guerra ha de acabar de asolar al país y crecer el odio de los naturales.*

(24) No todos los consejeros espontáneos, arbitristas y proponentes de avisos y remedios para la cuestión flamenca, eran partidarios del método pacífico y transigente. Así, por ejemplo, este Luis Valle, en su *Discurso sobre las cosas de Flandes* (B. N., ms. 11.055, fol. 7), se muestra franca y resueltamente defensor de una política represiva y militar, como acreditan las palabras insertas en el texto del ensayo y confirman éstas: *Una de las causas más principales de aver levantado tan altas llamas el fuego de esta rebelión, es haber los malos consejeros procurado no fuesen con sinceridad admitidos los consejos de muchos capitanes y soldados expertos, que con discurso de tiempo tienen conocido el humor de Flandes, confirmando su parecer con la sangre de sus heridas y con los peligros en que se ponen con hazañas de tanto esplendor... se puede entender cuanto más conviene a la exaltación de la fe cathólica la justa guerra que los torpes pactos. Considere quien aconseja paces con rebeldes que en ellas no puede V. M. desear de quedar agraviado en su grandeza y autoridad y que sólo el nombre de paces con los tales si del todo punto no se entregan, disminuye la autoridad regia.* Conocemos este elegante lenguaje, que cuatro siglos después sigue acariciando con su cristiana caridad nuestros oídos... Y conocemos también los hermosos resultados de esta política *de prestigio y de fuerza*... Después veremos con qué nobleza lo responde Furió, ponién-

dose precisamente en el punto de vista de la dignidad del soberano.

(25) Reproducimos este interesantísimo documento—al parecer inédito hasta ahora—de una copia manuscrita muy imperfecta, que se conserva en la Biblioteca Nacional (ms. 18024, fols. 163 y siguientes). Como el manuscrito no es del autor y su ortografía resulta disparatada, no hemos creído justificado respetarla. La sustituímos, pues, por la ortografía moderna, conservando tan sólo, acá y allá—como en la tala de un bosque quedan de muestra algunos árboles antiguos—, esos arcaísmos ortográficos con que, sin mucho esfuerzo, cualquiera puede darse la satisfacción de sentirse manejando el más rancio léxico del xvi... Hemos tenido que rehacer íntegramente la puntuación, procurando acomodarla al sentido y la forma de oraciones y cláusulas. Dada la claridad del pensamiento, creemos que en enlaces y en cortes de párrafos pocas veces habrá que proponer una lección diferente a la nuestra; pero sobre todo entendemos que ninguna variante gramatical alteraría el sentido del trozo a que afectase. El descuido manifiesto con que está hecha la copia— a pesar de su *visibilidad* material— da lugar a algunas omisiones o incongruencias que entorpecen ligeramente la redacción y la consiguiente lectura, pero que, a juicio nuestro, en nada dañan a la interpretación cabal del documento. El lector las salvará por sí mismo sin grandes dificultades. Inútil nos parece añadir que, como ni somos eruditos ni nos proponemos una investigación con el primor y la justeza filológicos que son exigibles al técnico, sino recoger el sentido esencial de este texto y de los demás aducidos, para utilizarles en la exposición y crítica jurídico-política, que es precisamente el *único* propósito para el que tenemos voluntad y algún título, admitimos sin dificultad haber incurrido, al reproducir los documentos, en deficiencias que no se podrían perdonar al experto, y asimismo que cualquiera crítica de quien lo sea tiene de antemano nuestra

más fervorosa adhesión... Mientras la lupa del filólogo no le haga decir a Furió que estaba entusiasmado con *El Consejo de Tumultos*, o que el mejor sistema de acabar con la guerra de Flandes era acabar con todos los flamencos, pasamos sin protesta por todas las demás observaciones y enmiendas...

(26) El sistema que con tan profunda penetración llama Furió *del buen gobierno*, es decir, el de la templanza y de la paz, no fué él solo quien lo preconizó y recomendó, aun cuando excediese a todos en la decisión con que lo hizo, en el tono verdaderamente piadoso con que lo propuso y en los móviles, al mismo tiempo ideales y realistas, por cuya causa lo defendiera. Lafuente—apéndice VIII del tomo IX de su *Historia General de España*—inserta copia de una carta original del secretario Esteban Prats sobre los medios de que S. M. debiera valerse para atajar la rebelión de los Países Bajos, tomándola del Arch. Simancas, Estado, leg. 549, fol. 104. Prats, tras un preámbulo que recuerda al de Furió, llega derechamente a la afirmación de que ningún otro remedio *ve ni se juzga haber para atajar la rebelión, revueltas e incendio de este su pobre país, sino la sola Real Clemencia de V. M. usando de ella como príncipe clementísimo con todo el pueblo generalmente*. En esta carta se señala también todos los demás temas conocidos: empobrecimiento, robos, desmanes de las tropas (que, según Prats, estaban antes repartidas y alojadas en las fronteras), saqueos espantosos, como el de Malinas, etc. El mismo Lafuente, comoapéndice IX del propio tomo, copia otro papel, cuyo original está también en Simancas (leg. 549, fol. 126), de Don Frances de Alava, *con segundos advertimientos sobre las cosas de Flandes*, en los cuales, si bien con menos encarecimiento e insistencia que Furió o Prats, también deja entender algunos de los males acarreados por el gobierno del duque de Alba, dando a entender su preferencia por otro más benévolo y civil. Arias Montano, según transcribe Morales Oliver en su preciosa obra (pág. 253),

que citamos en la nota 1, decía al rey que en concordar y atraer voluntades *no interesa el gobernador cosa suya, sino el servicio de Dios, y el reducir a su rey lo que tiene perdido, y el hacer bien a todo el mundo, y, en suma, el parecerse a Dios, el cual ha dado y dará para siempre mayor muestra de quien es en hacer bien y comunicar sus dones, que en castigar, porque esto nunca lo hace, ni lo hizo, ni lo hará sino con justísima causa... Y al fin ésta no es materia de conquista de enemigos en que se ha de ganar honra de hazañas bélicas, sino apaciguamiento de guerras civiles causadas por culpa de quien Dios sabe, y asentamiento de paz, y reducción de los vasallos a su rey, y de los hijos a su padre, y de los enfermos a sanidad, y de los locos a cordura, y de buenos a paz y sosiego y seguridad, y de errados en la religión a la verdad de ella y al bien de sus ánimas, y ésta se puede hacer con tratar a los hombres como hombres, y a los cristianos como cristianos, y a los buenos como buenos, y a los nobles y caballeros como tales...* Palabras realmente hermosas y nobilísimas que, en su mayoría, lo mismo podrían ir firmadas por Arias Montano que por Furió Ceriol, y es el más justo encarecimiento que podemos hacer de ellas y de ambos.

Toda esta doctrina, si, por desgracia, no estaba muy conforme con las prácticas frecuentes de la época (que por algo somos pecadores), lo estaba con la sustentada por muchos tratadistas y consejeros de aquel entonces. Variará el tono, el acierto, la intensidad, la amplitud de la benevolencia; pero el meollo de la doctrina, que es anteponer lo ético a lo práctico, lo justo a lo fuerte, lo benévolo a lo furioso y reconocer la humanidad—esa imborrable categoría divinizada por el Cristo al revestirse de ella—en todo hombre, por miserable y ruin que sea, eso es común a todos ellos. Para confirmar, en lo que toca a Flandes, esta disposición de ánimo, véanse otros ejemplos: En el *Parecer sobre las guerras y Estados de Flandes y de esta Monarquía* (B. N., ms. 11002, fol. 29)—que es un

escrito político de gran curiosidad—se dice que la fuerza del imperio consta de cuatro requisitos: *el primero, el amor de los súbditos, es un vínculo tan fuerte en la monarquía que él solo suele tenerla en pie, a pesar de la fortuna...*, y así el príncipe que quisiera lograr el poder *embrace este escudo, considerando que la naturaleza, como a ninguno crió para servir, así a ninguno para mandar.* (¡Ojo a la sentencia, que es de oro!) Y en unos *Avisos y Advertencias* (B. N., ms. 20.060-32) de un frailecito dominico—a quien no le falta inocencia para encarecer al rey que el mejor remedio de lo mal que estaban las cosas consiste en confiar las cátedras más importantes de la Universidad a religiosos y buenos teólogos tomistas—se comienza con esta declaración: *V. M. sea justiciero y no olvide la misericordia y clemencia que es la mano derecha de Dios y la virtud que hace al príncipe amado de los suyos, porque ser riguroso es aborrecible, por donde muchos han caído de sus sillas; tenga V. M. particular cuidado que los grandes y mayores no opriman a los menores ni les quiten la honra o hacienda...* Y en *Lo que conviene y es necesario para el buen gobierno .. de los Estados de Flandes*—citado en anteriores notas—acudiéndose a la comparación del rey con Dios, que hemos visto asomar en varias de las precedentes acotaciones, se le recuerda que *enseña Dios... y manda que sea el que gobierna atalaya y guarda de su pueblo;* y—*aun no dando ninguna muestra especial de tolerancia para los herejes, y contradiciendo con energía a quienes creen que se debe acceder a los deseos de sacar del país las fuerzas españolas—el autor no se deja seducir por las medidas de violencia, sino que prefiere las de buen gobierno, como diría Furió, apuntando entre éstas, señaladamente, las que competen a la reforma del Estado eclesiástico, del cual depende y cuelga mucha parte de la buena y bien regulada vida del pueblo,* añadiendo otras advertencias con que demuestra la importancia merecida que atribuye el empleo y mejora de los instrumentos espirituales. Prats, Francés

de Alava, Arias Montano (a pesar de su transitorio error casi aceptando la política de Alba), Furió-Ceriol, los redactores de avisos y consejos innumerables, entre quienes hemos espigado los párrafos transcritos, en diverso grado, con distinto tono, apadrinan una política de justicia, de templanza, de misericordia, de disciplina y austeridad administrativa, de prevalencia de los medios espirituales y humanos... A pesar de todo, Furió sigue descollando entre ellos como una excepción; pero de ninguna manera como una extravagancia. Es el más audaz, quizá, y adelantado de los navegantes por el sereno cielo de la ética social; pero no un *navegante solitario*... Desde Vitoria hasta Feijóo le escoltan—o le guían—, y en todo caso, más o menos de cerca, le acompañan muchos otros que como él se levantan a las alturas de lo justo.

(27) Claro que no faltará quien lo diga, y ahí está, por ejemplo, ese Luis Valle, de nuestra nota 24, a quien cabe pensar que pudiese referirse Furió-Ceriol por lo concretamente que recoge—para contestarle con la nobleza y contundencia que en el documento aparecen—el mismo capcioso pensamiento expresado por el resuelto propugnador de una política de guerra, amorosamente adoctrinada por capitanes y maestros de campo...

(28) Hermoso pensamiento, que se hermana muy bien con el de Arias Montano y otros consejeros. (Véase obras citadas y documentos aducidos en notas anteriores.)

(29) *Siguió la introducción inicua del Consejo llamado de Trublas, tan inusitado y odioso y escandaloso como se ha visto, que ha causado universal descontentamiento y mala opinión por tantas causas dadas que solo se tocan las dilaciones en la justicia de los pretendientes; las generales lamentaciones de todos los interesados, así ricos y nobles como pobres viudas, huérfanos, iglesias, y monasterios que no podrán obtener cosa alguna, sino después de muy largas y costosas verificaciones, trabajos y gastos... (Cabos sucintos...)*

(30) Por lo visto la administración de la justicia, además de sumamente dura, era... injusta, porque no era sólo dura con los *malos*, sino que daba a palo de ciego, castigando y haciendo sufrir al buen tún-tún a todo el que cogía por delante. De esta indiferenciación en premios y castigos, que a veces daba por desmoralizador resultado verse acabados de contrariedades ciudadanos honrados y disfrutando exenciones y hasta premios notorios malhechores, se quejan varios documentos de la época. En el manuscrito 1.009 sobre *Lo que conviene y es necesario...* (citado varias veces en estas notas), dicese que se han cometido graves faltas, entre otras maneras *no castigando a los que notoriamente vivían mal, al contrario han sido honrados y los buenos menospreciados...* Y en el *Discurso de Piedrola de Viamonte sobre las cosas de Flandes* (manuscrito citado en la nota 1), se hace especial hincapié en esta indiferenciación—aunque quizá sea justo notar que tampoco la línea divisoria debiera ser trazada, como el autor parece desearlo, entre católicos y protestantes, como no se añada la nota de leales o rebeldes que, según se ha visto, andaban tanto en uno como en otro bando.

(31) Véase Ballesteros Beretta, ob. cit., pág. 277.—*Todos estos Estados en general están en extremas angustias por las insoportables cargas que les ponen. (Lo que conviene y es necesario..., ms. 1.009, fol. 77.)* También es un tema repetido y conocidísimo de queja, que se podría ilustrar con numerosas citas.

(32) Debo a ese perfecto lector y pluscuamperfecto amigo, José M.^a de Cossío, la atención de haberme reservado, encontrándola al pasar en una de sus búsquedas infatigables, una ficha muy curiosa que transcribo seguidamente: *Miercoles a doce de agosto murió en Valladolid, Fadrique Furió Ceriol, natural de Valentia, Coronista de Su Mag^d, hombre de raro ingenio, mucha sciencia y experiencia, siendo Consejero del Elector de Colonia, fué llamado por Su Mag^d en España por*

ciertas razones. El qual, por haber sido tan amigo mío me pareció razón hacer dél memoria, pues su virtud y doctrina lo merecen. (Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592..., recopilada por Enrique Cock, anotada y publicada de Real orden por Alfredo Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa. Madrid, 1879, pág. 33.) En una nota de la misma página los eruditos anotadores precisan: Federico Furió Ceriol, gentil-hombre de la Cámara del rey Felipe II, gran retórico y humanista, se ocupó por orden de este monarca en negocios de importancia y tuvo título de historiador. Hallándose en la corte de Polonia hizole el rey de esta nación de su chancillería y privado. Por sospechas de hereje mandó Felipe II hacer después de la muerte de este egregio valenciano un informe acerca de sus ideas religiosas resultando sin mancha alguna, muriendo al decir del proceso, clérigo de San Martín.

Las «Rimas» de Bécquer

*Dos afirmaciones y una negación. – Poesía
y realidad. – Espíritu y materia. – Desper-
tar y dormir. – Angulo oscuro y balcón. –
Beso y verso. – El presente. – Soledad. – Li-
mitación. – Forma.*

HAY en las poesías de Bécquer dos afirmaciones y una negación, de las cuales convendría partir para encontrar la estructura de su mundo poético. En esa atmósfera de suspiros, murmullos y rumores; de objetos sin contorno, de sueños y ensueños; en que la duda y la interrogación hacen oscilar a todo lo que tenga un perfil preciso y nos lo presenta con un extraño temblor, se destacan sin dureza, pero sin vacilación, un *yo sé*, un *yo soy* y un *no sé*.

La Poesía, la Realidad, es lo que Bécquer sabe que indudablemente existe y que se dan íntimamente enlazadas. Y el *yo soy* es ser un momento, un instante, algo fugaz, que está encerrado entre un *antes* y un *después*, antes de la vida, después de la vida; o para emplear los términos espaciales con que se expresa entre un *de dónde* y un *adónde*; un presente con sus ayeres y mañanas, con su pasado y su futuro, eso es Bécquer; y no sabe de dónde viene ni adónde va; ignora su destino.

Pero si hay poesía, existe lo no poético, y si misterio, lo claro y racional, y él siente el anhelo de arrancarse de la materia y de lo racional y de anegarse en la poesía y en el misterio. En ese anhelo halla que en su ser momentáneo y fugaz hay algo divino y eterno. El deseo de volar al encuentro de este otro mundo, el sorprender ese deseo oculto, el adivinar su existencia y al mismo tiempo el sentirse algo momentáneo, vibratorio y presente, dan a la poesía becqueriana el tono de ligereza, de inquietud, de movimiento constante; y el no poder alcanzar lo que ansía, la nota melancólica que le caracteriza.

El hombre es un inciso, un paréntesis, entre dos incógnitas; y el poeta un *punte*, una *escala*, un *anillo*, que une la idea a la palabra, que da a lo confuso claridad, a lo vago exactitud. Ser hombre es vivir rodeado de misterio, es sentir ese misterio; ser poeta es ejercer una función mágica: la de expresar, dar forma y ser a las ideas y los sentimientos. En el hombre coinciden estas dos incógnitas para atormentarle; al poeta el mundo de las ideas y el de las palabras le acucian y desasosiegan. Enfrente del hombre está el misterio y la realidad, y al poeta se oponen el mundo de las ideas y de las palabras, el de la *inspiración* y el de la *razón*. El hombre tiene como antagonistas al misterio y a la realidad; el

poeta, a la inspiración y a la razón. Estos dos triángulos coinciden en uno de sus ángulos: en el *yô*. Pero el hombre siente el misterio enfrente de él y en él, y de la misma manera el poeta siente la poesía dentro y fuera de sí mismo, en su interior y en el mundo externo.

El estar no sólo rodeado de misterio, sino ser una parte de ese mismo misterio; el estar no sólo rodeado de poesía, sino ser parte de esa misma poesía, deshacen el triángulo, dejando a un lado el complejo Hombre-Misterio, Poeta-Espíritu, y de otro la polaridad entre el *yo* y el *no yo*, entre la idea y la forma. Ser Espíritu, resolver la antítesis; purificarse de la materia para unirse al Espíritu, lograr la unidad, he aquí las dos vertientes de la tragedia becqueriana.

La poesía de Bécquer es la expresión de este anhelo de unidad: mística unión del hombre con el Espíritu; unión del *yo* y el *tú*; unión de la idea y la palabra. Por esto en su poesía nos encontramos tres temas: anhelo de unidad, realización de la unidad o imposibilidad de la unión.

El dolor del hombre y el del poeta se dan mezclados en su obra; junto a las poesías cuyo asunto es la actividad creadora encontramos aquellas otras

que nos cuentan una historia de amor, pero es claro que son tan anecdóticas las unas como las otras y al mismo tiempo tanto unas como otras son inútiles para la biografía de Bécquer. Si en un grupo de poesías podemos tratar de encontrar alusiones a su vida amorosa, como, por ejemplo, al hablar-nos de una muchacha de ojos verdes, o de una pupila azul; de la felicidad del poeta cuando su mirada ha sido correspondida; de la amada con una flor en el seno o con la frente inclinada; la ruptura; la belleza de la mujer amada que cubre su materialismo, estupidez e insensibilidad; y a veces incluso el escenario delicioso de estas anécdotas, el ángulo de un salón en una noche de sarao, un balcón, el paseo de olmos; y la hora y la actitud lánguida con que los dos enamorados pasean, las manos entrelazadas y la cabeza de la amada apoyada en el hombro del poeta; o *la revuelta cama* a cuyo borde sentado piensa el poeta, llora y maldice; en el otro grupo de poesías podemos ver cómo Bécquer sufre constantemente de insomnios, que su malestar físico proviene de ese estado de sobreexcitación en que se encuentra, que se siente alejado de la realidad que le rodea y presiente su muerte temprana. Pero si es lícito fijarse en ese elemento humano de la obra becqueriana, haríamos mal deteniéndonos en él sin

seguir adelante, pues en los dos grupos de rimas ha sido superado lo anecdótico, lo biográfico, lo histórico al quedar transformado todo lo circunstancial en poesía.

¿Una mujer, varias mujeres, amor imaginario?, se han preguntado los críticos. Pregunta baldía, que el sencillo lector no se ha hecho, pues instintivamente ha sentido la unidad y realidad poética de ese drama entre el *yo* y el *tú* y su desenlace doloroso. Pero si el lector ha sabido seguir la pauta sin descarriarse, en cambio, buceador de realidades también, no ha podido darse cuenta del drama del poeta y ver cómo en el fondo el sufrimiento del hombre es anciliario del dolor de aquél, que uno y otro no son sino la expresión dual de una misma tragedia, y atraído por lo circunstancial se ha dejado escapar lo esencial, a pesar de haber unido el poeta los dos manojos de poesías en el mismo haz: *Poesía... eres tú.*

Poesía y realidad.

El mundo turbulento de las pasiones o el suave y tranquilo del sentimiento son rechazados con una ligera diferencia de tono, pero con la misma resolución. Esta resolución que nace de la insatisfacción que produce al poeta todo lo que no sea incor-

póreo e intangible, que no sea espíritu puro. La realidad ahuyenta la poesía, como la materia separa del espíritu, y por eso para poder contemplar, gozar y sentir la armonía inefable del único poema es necesario mantenerse alejado de la realidad. La oposición entre estar despierto y estar dormido expresa la antítesis entre realidad y poesía. Ante la realidad — cuando la amada está despierta — el poeta teme y vive inquieto, y desea que duerma, momento en el cual el espíritu se encuentra libre de toda traba lógica y racional y se entrega con su maravillosa claridad oscura, momento en que la poesía se halla en estado latente y libre de toda esclavitud; entonces se atreve a contemplar a la amada, toda suavidad, tranquilidad y armonía, cuando el tiempo pierde su realidad, se destemporaliza y se hace eterno.

Espíritu y materia.

Al correr tras este fantasma, toda realidad que se interponga en su camino queda volatilizada, desaparece, se desvanece, se convierte en una sombra aérea; la mujer es tan sólo una mirada, y esa mirada es el destino del hombre, que le lleva tras sí como el viento a las hojas secas. Por ser él mismo

espíritu es por lo que desea liberarse de la materia. Tiene la certeza de que en él hay algo de divino cuando ansía arrancarse del suelo y deshacerse en la niebla, fundirse con las estrellas y por eso puede decir a la amada que él es el viento, que él es la sombra y que está invisible a su lado. Es entonces cuando su alma se despoja del cuerpo para vivir en la región de los espíritus y su corazón oye voces de otro mundo.

Despertar y dormir.

Necesidad interior de aniquilar la materia, de huir de la realidad, pero al mismo tiempo necesidad de una forma, de una realidad para poder satisfacer la exigencia de ser. Hay que expresar la poesía, hay que crear el poema; la poesía está ahí reclamando la vida, la forma, queriendo dejar de ser germen y verse florecer. He indicado antes la sensación de movimiento, de ligereza, de inmaterialidad que produce la poesía de Bécquer gracias a ese impulso de confundirse y ser uno con el espíritu; ahora, cuando Bécquer sorprende esta ansia de ser, sentimos lo primigenio de la vida, porque nos detiene en esa línea fascinante que separa el ser del no ser, el dormir del despertar — porque todo

lo que duerme quiere despertar. Bécquer capta este momento en que una lágrima está *pronta a resbalar*, una frase al punto de decirse, y lo mismo respecto a la poesía. Todo es reposo, un salón, un arpa cubierta de polvo y silenciosa, en las cuerdas las notas dormidas, pero estas notas duermen en las cuerdas *como el pájaro duerme en las ramas*; la poesía está dispuesta, pronta a volar al contacto más leve. Necesita fraguar la forma para poder expresar lo incorpóreo e intangible, para poder expresar el espíritu que es intemporal y está fuera del espacio, y por eso tiene que reducir la forma a su mínimo de realidad para desposeerla lo menos posible de espíritu. Sólo por lo momentáneo puede ir a lo eterno, que ardientemente desea; pero quiere reducir a un instante su presencia, porque su presencia es lo temporal, y lo mismo ocurre con la forma: no puede expresar el espíritu sino por medio de la forma, pero aquello que es forma ya no es espíritu, y de aquí su dolor. Las palabras tienen que ser a un tiempo *suspiros y risas, colores y notas*. Ya no es el herrero que en el yunque martillea el hierro candente, sino el orfebre que con los instrumentos más delicados manipula materias preciosas. A la mujer la ha encontrado un momento – *Te vi un punto* –, y en seguida volatiliza todo lo material para

quedarse únicamente con los ojos de ella, esa mujer que es una sombra que se desvanece cuando va a tocarla. Por eso no nos extraña que su incompatibilidad con la mujer surja por ser ella *material y prosaica*. La califica de antiespiritual y antipoética, lo mismo que al idioma, y como éste le traiciona, también le traiciona aquélla. Mujer o idioma es lo mismo, es la realidad, lo material y lo prosaico, aquello con que lucha Bécquer.

Angulo oscuro y balcón.

Correr hacia el Espíritu y anegarse en él, gozar la poesía en su estado latente, ahuyentar la materia, reducirla a la nada; pero al mismo tiempo sentirse devorado noche y día por su poesía interior que está clamando por la vida allá en los *tenebrosos rincones* de su cerebro. Frecuentemente en las poesías de Bécquer nos encontramos con un rincón, con un ángulo oscuro que está en perfecta simetría con el balcón que hallamos en otras rimas. Angulo oscuro, balcón. Mientras el uno da un ambiente pintoresco al espacio y lo llena de sombras, el otro da al espacio una dirección y lo hace vibrar con una llama. Este rincón me parece desempeñar un papel doble: de un lado, da intimidad al recinto, es ese rincón

en donde *él* dirá al oído de *ella* su poema; de otro es la presencia del misterio, es el lugar en donde se fraguan los seres imaginarios, donde se sorprenden las melodías inauditas, son las tinieblas que precedieron al *hágase la luz*; es donde se encierra el misterio de la creación. Y a este ángulo oscuro se opone el balcón de la realidad, de lo realizado, ese balcón que el poeta cierra para que *el resplandor enojoso de la aurora* no saque a la amada de su sueño, para que la realidad no perturbe a la poesía.

Beso y verso.

Esta tensión entre los dos términos opuestos sólo puede resolverse logrando la unidad, que no es un producto cuantitativo, sino cualitativo y, por lo tanto, diferente de la mera adición de dos elementos antitéticos.

Todo se aligera, todo flota; la tierra se estremece y el cielo se deshace; los párpados se cierran, porque pasa el amor. El amor está ahí, pero un momento; hay que sorprenderlo en ese instante en que como una caricia pasa a nuestro lado. Es en ese instante cuando en la naturaleza todo busca complementarse; el aura busca a las ondas, el sol

a la nube, la llama a la llama y el sauce al río; se buscan y se unen, se besan. Esta correspondencia es la creadora de lo eterno (*La he visto y me ha mirado... – Hoy creo en Dios*). A esa ansiada unidad tiende su alma, para lograr esa unidad se vive, es el bien supremo (*Por una mirada, un mundo; – Por una sonrisa, un cielo; – Por un beso... ¡yo no sé – Qué te diera por un beso!*). Con el beso sigue expresando la instantaneidad, lo momentáneo; pero es el momento pleno de felicidad de la unión del *yo* y el *tú*, de la idea y la palabra. Es el momento imán; él nos atrae, él nos subyuga, hacia él tiende el *yo*, hacia él tiende la idea. En las notas que duermen en las cuerdas del arpa prontas a convertirse en armonía, en ritmo y vida, el poeta sorprende este estar *dispuesto a*, y con él el dolor de la espera. Es ese atender la vida, ese esperar la unión, lo que atormenta al poeta y al hombre le hace sufrir, porque el arpa yace silenciosa y olvidada, silenciosa porque está olvidada; no tiene paz ni tranquilidad en su dormir, porque duerme esperando. Basta un leve contacto para que surja la unidad, la armonía, la vida; el contacto de la mano de nieve que sabe arrancar la nota, el contacto del beso (*Dos besos que a un tiempo estallan, – Dos ecos que se confunden... – Eso son nuestras dos almas*).

El poema no es otra cosa que esta unión instantánea de la idea y la palabra. Por eso hay que reducir la forma a un mínimo para conservar toda la aérea ligereza al espíritu. El poema ideal es el que cabe en un verso, como la unión ideal es la que se realiza en el beso. En la rima XXIX parafrasea el episodio de Francesca da Rimini (*Infierno*, Canto V). Movidos por la lectura de *Lanzarote*, Paolo y Francesca se besan (*Y sonó un beso*). El poeta y ella leen la dramática escena: *Cuando a él bajamos los ojos, — Yo dije trémulo: — ¿Comprendes ya que un poema — Cabe en un verso?*

Poesía eres tú y la vida es un beso y el poema un verso. Poema y vida son ese instante en que los dos elementos opuestos logran superar su antagonismo y deshacer la tensión de lo contrario en la armonía de la unidad.

El presente.

Si en este momento en que la unidad se realiza se ha logrado superar la antítesis, en cambio no se ha desechado el elemento temporal. Bécquer no exclama: Ya creo en Dios, sino *Hoy creo en Dios*, y con el hoy desaparecerá Dios y la unidad (*Con las horas los días, con los días los años volarán*). No

hace eterno al momento. Separa la cadencia del himno, como separa la nota de la sinfonía, pero no convierte a la cadencia en himno y a la nota en sinfonía. Sabe que como hoy suspira por ayer, mañana suspirará por hoy, y por eso hace del hoy, del presente, un momento pasado.

Es lo que aleja a Bécquer del Impresionismo. El impresionista vive en el mundo de lo fugaz, pero vive lo fugaz como tal, siente el encanto y el dolor de lo instantáneo, no convierte el presente en pasado. Si en la mutación está el dolor, también está el goce, y es en ese cambio constante en lo que él encuentra la eternidad. Una sucesión de momentos, he aquí lo eterno. No busca lo fijo, lo estable, lo inmutable, porque para el impresionista esto no existe; la única manera de aprehender lo esencial y lo eterno es en su manifestación cambiante y temporal, que es lo único aparente y real. Pero a ese estadio todavía no ha llegado Bécquer.

El hombre barroco sabe que el presente se convierte en pasado, y de aquí su desengaño; el hombre rococó se apresura a vivir y a gozar el presente, porque se convierte en pasado, y por eso el matiz cínico de su placer; el hombre del primer romanticismo quiere detener el presente (*Para y óyeme ¡oh Sol!*), y de aquí su osadía e impulso; el hombre de

la segunda etapa romántica vive el presente como pasado (*Hoy como ayer, mañana como hoy*), y por eso su dolor, su falta de acción, que tanto le distingue de los otros. Esta es la razón por la cual el hombre liberal y revolucionario de comienzos del siglo XIX se transforma en hombre conservador. Por último, para el impresionista no hay nada más que presente; el pasado lo vive como presente en el recuerdo. El hombre rococó y el impresionista están en el mismo plano, pues, aunque por diferentes motivos, los dos tienen que valorizar el presente. El barroco y los dos momentos del romanticismo están en la misma línea.

Como para Bécquer lo esencial en el presente es que se hace pasado y que es pasado él mismo, el futuro queda desposeído de significación. En el futuro la vida continuará palpitando y floreciendo; pero no traerá un mensaje sino para aquellos que sepan sujetarlo en el presente, lo cual es imposible. Morosamente se detiene Bécquer en analizar este vacío del futuro: *Volverán las oscuras golondrinas... - Pero aquellas que el vuelo refrenaban - Tu hermosura y mi dicha a contemplar... - Esas... ¡no volverán!* - *Volverán las tupidas madre selvas... - Pero aquellas cuajadas de rocío, - Cuyas gotas mirábamos temblar... - Esas... ¡no volverán!* - *Volverán del*

amor en tus oídos – Las palabras ardientes a sonar... – Pero... como yo te he querido... densengáñate, – ¡ Así no te querrán! Volverán, no volverán: dos futuros, uno afirmativo y otro negativo, que encabezan y cierran, respectivamente, la estrofa y la antistrofa. La afirmación se multiplica en las estrofas para hacer sentir mejor la negación con la cual contrastan (Volverán, y otra vez, llamarán; – Volverán, y otra vez, se abrirán), mientras que la negación en las antistrofas aparece sólo una vez, teniendo un carácter definitivo e irrevocable. La transición de la afirmación a la negación no es brusca, porque está la conjunción refrenando el movimiento: además, la negación va precedida de un demostrativo – esas –, que recapitula los versos anteriores – aquellas – y, aunque conserva la nota de lejanía, aproxima más al pasado para que con su inmediatez se sienta mejor su calidad de pasado, suspende el movimiento del verso y logra esquivar el tono trágico, envolviendo la poesía en una atmósfera de melancolía. En el último grupo – la poesía se compone de seis estrofas agrupadas de dos en dos – rasga la metáfora la idea principal de la poesía. El valor emotivo conseguido con el demostrativo, ahora se logra con una palabra esdrújula, que da lugar a la misma pausa, a suspender la marcha del verso y a que quede

exenta, envuelta en toda su melancolía, la negación del futuro.

Soledad.

Si la eternidad no existe para el hombre, ¿qué significan entonces la gloria y la fama, sino una inmortalización momentánea? Por eso Bécquer resuelve ahora el enigma: el hombre viene del dolor y va al olvido. Triunfar como poeta o como hombre no tiene sentido, porque sólo será un triunfo aparente, es decir, momentáneo; y así el laurel que un día soñó para la tumba del poeta o el claustro gótico que cobija el sepulcro del guerrero se quedan convertidos en la blanda tierra, que guardará el cuerpo del hombre sin dar su nombre al viento.

Ha sido inútil la lucha. Para el poeta que ha sufrido realizando su obra; para el hombre que ha sufrido pensando en quien estrecharía su mano en la agonía, en quien cerraría sus ojos o rezaría una oración en su funeral, en quien se acordaría que pasó por el mundo, ya todo le es indiferente, pues la tierra sólo es un desierto y el hombre un solitario. La soledad—como el conjunto de temas típicamente románticos, el problema de la soledad surge en el barroco; el romanticismo no es sino el momento de madurez del mundo barroco—se pro-

duce porque el poeta no puede realizar la obra perfecta y el hombre es incomprendido. En una poesía que tiene un profundo sabor anecdótico, pero que se aleja por completo de la anécdota, dice el poeta: *Lo que hay en mí que vale algo, – Eso... ¡ni lo pudiste sospechar!* No importa que se dirija a la amada – si se refiere a ella –, pues la mujer es el mundo todo, es lo material, es lo antiespiritual y antipoético, que no puede comprender la poesía, ni devenir espíritu. Se ha quedado reducido a la soledad romántica del incomprendido, no aquella soledad fecunda del hombre medieval o renacentista en la cual el alma se siente más cerca de su creador y del hombre, esta deseada soledad en que el hombre se desgaja del mundo para poder estar en comunión más íntima con su misma alma y con toda la creación; sino que es la soledad árida y estéril del *estar solo* por ser imposible establecer la unión, porque el *yo* es ajeno, extraño, al *tú*, porque para la idea no se halla forma. La soledad romántica en sus diversos matices arranca de la soledad barroca, como ocurre con el problema de la personalidad con el cual está íntimamente ligada. Hay que emprender el estudio de nuestro romanticismo no visto sólo a la luz del romanticismo extranjero, sino como un agotamiento de todos los recursos del alma espa-

ñola, que sitúan a ésta en el siglo XIX en el mismo punto en que se encuentra el alma europea. Aparte de todas las influencias ideológicas, sentimentales y formales que vengan de fuera y que son innegables, creo que es sumamente interesante darse cuenta cómo del siglo XVII al XIX España está pasando por la misma experiencia europea, sólo que lo hace contra su corazón. Compárese el *Yo sé quién soy* cervantino, sobre la importancia del cual, para la Historia de la Cultura, si no estoy equivocado, he sido el primero en llamar la atención (1), con el *yo soy* becqueriano, y se verá toda la distancia recorrida. En Cervantes es indudable la consciente oposición al mundo nórdico; Bécquer ha tenido que abandonar a Cervantes y, cesando de formar parte en la oposición, entrar en el cuadro de la sensibilidad europea.

Limitación.

La unidad es irrealizable; pero queda su *yo espíritu*, en cuya existencia siempre cree: *cada día voy creyendo más que de lo que vale, de lo que es algo, no ha de quedar ni un átomo aquí*, escribe en su *Carta tercera*; queda eso que es algo, pero su liberación no tendrá lugar sino en la muerte, en el sepulcro, puerta de la eternidad.

La muerte es el descanso para el hombre y para el poeta; a ese descanso llega cuando sabe que no podrá entrar en el dominio del Espíritu, que la unidad con el Espíritu es irrealizable, encontrando su limitación sólo en esta imposibilidad. Son dos ángeles los que se oponen a la marcha de Bécquer hacia el misterio (*Las ropas desceñidas, – Desnudas las espaldas, – Bajo el dintel de oro de la puerta – Dos ángeles velaban*); la puerta que separa el mundo de la realidad del mundo del misterio, de lo esencial, del espíritu, de la eternidad; esa puerta que *Sólo Dios la traspasa*. Su obra está realizada en esa anticipación de la muerte; ante la mirada de los ángeles no le queda más que la resignación. El poeta romántico de la primera época, al ser vencido en su lucha heroica, cae desesperado; el poeta romántico de la segunda época, que si no ha visto a Dios ha visto a los ángeles, muere melancólicamente. El primero quería algo diabólico: crear un mundo nuevo; el segundo, algo angélico, estar cerca de Dios, estar en Dios.

Forma.

La forma de la poesía de Bécquer refleja estas dos tendencias de su *yo*. Ese deseo de purificarse de la materia da lugar a esas rimas, breves o largas,

triunfo o quejido, en que de un solo trazo se llega al final. La polaridad, la oposición entre el *yo* y el *tú*, puede verse en aquellas poesías que presentan la antítesis en un mismo verso o en dos versos consecutivos, o en un grupo de estrofa y antistrofa; el ansia de unidad queda reflejada en el estribillo o en la última estrofa de la rima, que frecuentemente es el blanco al cual apuntan todas las otras estrofas.

El carácter aéreo de su verso surge, o bien de este anhelo de unidad, o del sorprender ese momento en que algo *va a ser*, o de la captación del instante en que se resuelve la polaridad.

Su dolor es consecuencia de la momentaneidad de la vida o de la incapacidad de encerrar el poema en el verso y la vida en el beso.

Por último, la melancolía al resignarse a llegar a Dios por los umbrales de la muerte. A este vivir esperando a que Dios llame.

JOAQUIN CASALDUERO

(1) *Del amor en D. Miguel de Unamuno. Síntesis*, junio de 1930, pág. 18.

HÖLDERLIN



LA época en que le tocó vivir a Hölderlin nos presenta un mundo heroico, agitado por profundas conmociones históricas, surcado brevemente con radiantes vidas juveniles, apagadas antes de llegar al mediodía, como el destino de los manebos mitológicos. Su destino, en cambio, pasa oscuro y enigmático, oponiéndose fatalmente a la llama que animaba aquel cuerpo.

Siempre extrañará a alguno la hermosa diversidad de la naturaleza y la horrible vulgaridad del hombre. Y siempre la naturaleza, a pesar de esto, parece reclamar la presencia de un ser hermoso y distinto entre sus perennes gracias inconscientes. De ahí la recóndita eternidad de los mitos paganos, que de manera tan perfecta respondieron a ese tácito deseo de la tierra con sus símbolos religiosos, divinos y humanizados a un tiempo mismo. El amor, la poesía, la fuerza, la belleza, todos estos remotos impulsos que mueven al mundo, a pesar de la inmensa fealdad que los hombres arrojan diariamente sobre ellos para deformarlos o destruirlos, no son simples palabras; son algo que aquella religión supo simbolizar externamente a través de criaturas ideales, cuyo recuerdo aún puede estremecer la imaginación humana.

Algunos hombres, en diferentes siglos, parecen guardar una pálida nostalgia por la desaparición de aquellos dioses, blancos seres inmateriales impulsados por deseos no ajenos a la tierra, pero dotados de vida inmortal. Son tales hombres imborrable eco vivo de las fuerzas paganas hoy hundidas, como si en ellos ardiese todavía una chispa de tan armoniosa hoguera religiosa; eco sin fuerza ya, pero que tampoco puede perderse por completo. Y la misma dramática aptitud para

participar, aun débilmente, en una divinidad caída y en un culto olvidado, convierte a esos seres mortales en seres semi-divinos perdidos entre la confusa masa de los humanos. Tal fué el caso de Friedrich Hölderlin.

No se crea por ello que sea Hölderlin un iluminado. Su lirismo metafísico tiene más afinidad con Keats que con Blake, aunque a veces, en sus fragmentos, de tanta oscura trascendencia, no se halle lejos de los cantos proféticos de éste. Mas en esos poemas, como en los demás escritos durante los largos años de su trastorno espiritual, hay siempre un impulso armonioso y luminoso que el paganismo encauzó y al cual prestó expresión. Al leer muchos de ellos nos sobrecoge aquella radiante inteligencia que se abre paso, aquí o allá, entre las misteriosas sombras que la cercan. Sus mismas admiraciones juveniles, Schiller por ejemplo, nos confirman esa separación de su espíritu con el del místico vidente lírico.

Tal vez al lector español parezca extraña la defensa del paganismo latente en estas líneas; piénsese que en nuestra poesía, como en la francesa, a excepción tal vez de André Chénier, los mitos griegos son únicamente un recurso decorativo; pero nunca eje de una vida perdida entre el mundo moderno y para quien las fuerzas secretas de la tierra son las solas realidades, lejos de estas otras convencionales por las que se rige la sociedad; reglas prolongadas y ennoblecidas por otros poetas, pero que alguien como Hölderlin no puede jamás reconocer, a menos de negarse a sí mismo y desaparecer.

Ya en su último retiro, en Tubinga, firma sus poemas con el nombre de Scardanelli; y si alguien pronuncia el de Hölderlin, su cólera se desata. ¿Podemos interpretar esta cólera como un deseo de salvar, en su triste vejez humillada, aquel hermoso adolescente intangible que había sido? En diferentes ocasiones de la juventud, obligado por su posición, Hölderlin realizó varias tentativas para someterse a las reglas sociales

antes aludidas; los sufrimientos de su servidumbre, medio profesoral, medio doméstica, entre familias bien acomodadas, debieron ser terribles. Pasó largo tiempo perdido en vida; parece que alguien le encontró enajenado un día al pie de las estatuas mitológicas en un parque de París. Y viejo ya, después de ese oscuro tiempo que llevó errante, cuando entraban en la habitación donde transcurrían recogidos sus días, entre el piano y los borradores, muchos tirados después de su muerte como inútil memoria de una criatura anónima, una profunda reverencia era la señal del antiguo preceptor doméstico. Tal vez le moviera un miedo confuso, de semidiós que ha conocido la humillación y guardó tal horror a ella que se anticipa a las que pudieran sobrevenirle con su externo sometimiento.

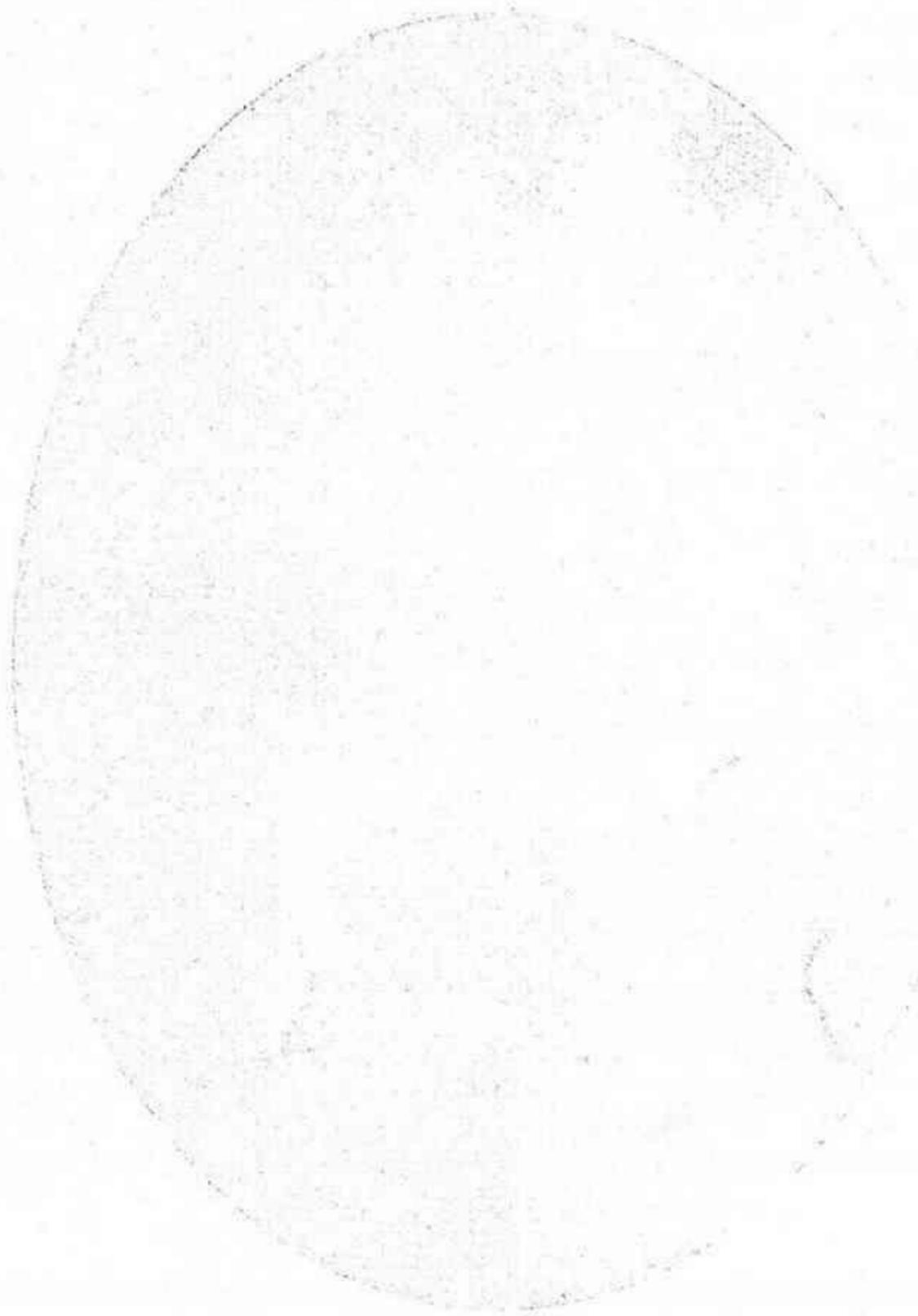
Dos héroes, sin embargo, se nutrieron con su ignorada vida: Hiperión y Empédocles; el héroe juvenil y el héroe que divisa la vida sobre dos iguales vertientes. Héroes vencidos, es verdad, como su creador; mas con derrota que la muerte convierte en victoria. ¿Quién ignora cómo lo mejor, lo más noble que la humanidad puede ofrecer, ha sido realizado por genios aislados y a pesar de los otros hombres? Una demoníaca fuerza aniquilaba a Hölderlin por el fuego, fuego que al propio tiempo lo salvaba. Así se vislumbra hoy esta dramática sombra humana a quien debemos una obra lírica inmortal, de distinta hermosura en la poesía alemana, contemporánea de Goethe en tiempo y espacio; y de distinta hermosura también en la universal, al lado de algunos poetas griegos y latinos, ingleses y orientales. ¿No ha sido, pues, feliz, a pesar de todo? Un verso de Keats dice: *A thing of beauty is a joy for ever.*

L. C.

Los siguientes poemas, no mejores dentro de una obra toda ella mejor, sino preferidos con ocasión de una lectura

sobre otros asimismo hermosos, pertenecen a diferentes fases vitales de este poeta. Los siete primeros, escritos durante su juventud, son anteriores a 1803, fecha hacia la cual sitúan la aparición de sus primeros trastornos psíquicos. Aunque tal vez sea innecesario, se indica aquí tal dato para el lector que crea conveniente referirlo a la lectura de alguno entre los restantes poemas, escalonados desde aquella fecha hasta su muerte.





CANCIÓN AL DESTINO DE HIPERIÓN

VOSOTROS paseáis allá arriba, en la luz,
por leve suelo, genios celestiales;
luminosos aires divinos
ligeramente os rozan,
como la inspiradora con sus dedos
unas cuerdas sagradas.

Sin destino, tal dormido niño,
alientan los sagrados seres;
púdicamente oculto
en modesta corola,
florece eternamente
para ellos el espíritu;
con pupila beata
miran en la tranquila
claridad inmortal.

Mas no es dado a nosotros
tregua en paraje alguno;

desaparecen, caen
los hombres resignados
ciegamente, de hora
en hora, como agua
de una peña arrojada
a otra peña, a través de los años
en lo incierto, hacia abajo.

ANTES Y AHORA

EN juveniles días a la mañana sentía regocijo,
por la tarde lloraba, y ahora, cuando más viejo soy,
dudando empiezo el día, aunque no obstante,
apacible y sagrado es para mí su fin.

LO IMPERDONABLE

(Primera versión.)

SI olvidáis los amigos, burla hacéis del artista,
pobre comprensión dais al genio más profundo,
Dios sabe perdonarlo; pero nunca perdona
que perturbéis la paz de los amantes.

TIERRA NATIVA

(Primera versión.)

VUELVE el marino alegremente hacia el tranquilo río

desde lejanas islas donde provecho obtuvo.

También yo volver quiero a la tierra nativa,
pero ¿qué he conseguido si no son sufrimientos?

Benignas riberas, vosotras por quienes fuí formado,
¿podéis calmar las penas del amor? ¡Ay!

¿O devolverme vosotros, bosques de mi infancia,
cuando retorne, mi tranquilidad nuevamente?

APLAUSOS DE LOS HOMBRES

¿NO es celeste mi corazón, su vida más hermosa
desde que amo? ¿Por qué en más lo teníais
cuando más orgulloso y feroz era,
de palabras más rico y más vacío?

Gusta la multitud lo que el mercado precia
y sólo al violento honra el criado;
en lo divino creen
únicamente aquellos que lo son.

A LAS PARCAS

SÓLO *un* verano me otorgáis, vosotras las poderosas;

y un otoño para dar madurez al canto,
para que mi corazón, más obediente,
del dulce juego hartado se me muera.

El alma que no obtuvo en vida derecho
divino, tampoco abajo descansa en el Orco;
pero si un día alcanzó lo sagrado, aquello
que es caro a mi corazón, el poema,

bien venido entonces, oh silencio del reino de las
sombras.

Contento estaré, aunque mi lira
allí no me acompañe; por *una vez*
habré vivido como un dios, y más no hace falta.

FANTASÍA DEL ATARDECER

ANTE su choza en sombra tranquilo está sentado
el labrador, mientras arde la lumbre de hombre
parco.

Hospitalariamente resuena al caminante
crepuscular campana por la aldea apacible.

También acaso vuelven los marinos al puerto
y en lejanas ciudades deja alegre al mercado
su rumor afanoso; bajo emparrado en calma
íntima brilla la colación de los amigos.

Mas yo, ¿hacia dónde he de ir? Viven los mortales
de premios y trabajos; tras fatiga y descanso
alegre todo está. ¿Por qué nunca se duerme
en este pecho mío la zozobra?

Por el cielo crepuscular la primavera abre;
rosas innúmeras florecen; quieto semeja
el mundo áureo. Oh, llevadme hacia allá,
purpúreas nubes, y que allá arriba

en aire y luz se aneguen mi amor y sufrimiento.
Pero como ahuyentado por inútil pregunta
el encanto se va. La noche cae. Y solitario
bajo el cielo, como siempre, estoy yo.

Ven ahora tú, dulce sopor. Anhela demasiado
el corazón; mas ahora ya, oh juventud,
también vas apagándote, soñolienta, intranquila.
Quieta y apacible es entonces la vejez.

MITAD DE LA VIDA

CON amarillas peras
y llena de rosas silvestres
asoma la tierra en el lago;
vosotros, cisnes benignos,
embebidos de besos
sumergís vuestra testa
en el agua sagrada y virgen.

¡Ay de mí! ¿Dónde buscar
durante el invierno las flores,
dónde el fulgor del sol
y las sombras del suelo?
Están los muros en pie
mudos y fríos, en el viento
restallan las banderas.

LOS TITANES

PERO no es
tiempo. Aun están ellos
desencadenados. No atañe lo divino a quienes no lo
sean.

Que cuenta den
a Delfos. Otórguenme entre tanto horas festivas,
quisiera descansar, para acordarme
de los difuntos. Muchos han muerto,
generales en antiguos tiempos,
y bellas mujeres, y poetas;
y en los nuevos
muchos de entre los hombres.
Yo sin embargo estoy solo.

.
.
. y navegando por el océano
preguntar a las islas fragantes
hacia donde fueron.

Porque algo de ellos
ha quedado en fieles escrituras
y algo en las leyendas del tiempo.
Mucho revela el dios.
Que desde antaño actúan
las nubes sobre el suelo
y la sagrada tierra inculta arraiga laborando.
Cálida es la riqueza. Porque falta
el canto, que desprende al espíritu.
Se consumiría
y estaría en contradicción consigo mismo,

que jamás sufre
la prisión el fuego celeste.

Alegra no obstante
el banquete, o cuando en la fiesta
brillan los ojos y las perlas
al cuello de la virgen.

También juego guerrero

.
.
. y por los emparrados
de los jardines trompetea
el recuerdo de la batalla, amortiguándose
cerca del pecho esbelto.

Las armas sonoras descansan
desde padres heroicos hasta los hijos.

Pero me cerca zumbando
la abeja, y donde el campesino
los surcos hace, cantan delante
de la luz los pájaros. Algunos ayudan
al cielo. A estos ve
el poeta. Bien está en otros
sostenerse. Porque nadie soporta la vida solo.

Pero cuando está encendido
el laborioso día,

en la cadena, la cual
desvía el rayo,
desde la hora de su ascensión
celeste rocío resplandece;
entre los mortales también debe
lo elevado sentirse.
Por esto construyen ellos casas,
y el taller marcha,
y por los ríos va el navío,
y permutando se ofrecen los hombres
las manos unos a otros; tiene sentido hallarse
en la tierra y no en vano están
unidos los ojos con el suelo.

Pero vosotros percibís
otra raza también.
Que bajo la medida de lo brutal es necesario
para que lo puro se reconozca.
Mas cuando
.
Y de lo hondo aprehende
para vivificarlo
el que todo lo mueve; creen ellos
que descende el divino
hasta los muertos, y poderosamente le amanece

en el abismo desprendido,
percibidor de todo.

Pero no quisiera decirlo:

débiles se tornan los divinos seres,
aunque hierve ya todo.

Mas cuando

. y sube

hasta la cima del padre, que

.

. y el pájaro del cielo

se lo anuncia. Maravillosamente

llega él después en su ira.

LO MAS INMEDIATO

. abiertas las ventanas del cielo
y libre el genio de la noche,

el celeste asaltante que ha engañado

en tantas lenguas prosaicas nuestra tierra

y removi6 los restos

hasta ahora.

Mas llegará aquello que yo quiero.

TIERRA NATIVA

.
.
Y nadie sabe;
.
.
.
.
Mientras tanto déjame divagar,
coger bayas silvestres
por tus senderos, oh tierra,
para apagar el amor hacia ti.
Aquí donde
. rosas, espinas
y dulces tilos olorosos al lado
de las hayas, al mediodía, cuando en el pálido trigal
crece un ímpetu por cada tallo recto
y pliega la espiga el cuello a un lado
lo mismo que el otoño; mas ahora, bajo la alta
bóveda de encinas donde yo reflexiono
e interrogo a la altura, una campana
de antiguo conocida
suena a la hora con dejo áureo allá en la lejanía,
en tanto vela el pájaro otra vez. Quizá así sea po-
sible.

LA PRIMAVERA

CUANDO una delicia nueva brota por los campos,
otra vez la apariencia embellecida,
y en los montes, donde los árboles verdean,
aires más claros se muestran con las nubes,

cuánto gozo en los hombres. Alegrement
por las riberas solos van. Calma, deseo
y embeleso de una salud reverdecida.
La amable risa tampoco lejos anda.

LA PRIMAVERA

OLVIDA el hombre las penas del espíritu,
que la primavera florece y hay brillo casi en todo;
el verde campo soberbiamente está extendido,
esplende ya el arroyo deslizándose abajo,
erguidos van los montes cubiertos por los árboles
y es magnífico el aire en espacios abiertos;
el ancho valle está dilatado en el mundo
y torre y ladera en las colinas se reclinan.

EL VERANO

CUANDO la flor de la primavera pasa huyendo, surge el verano, tal una guirnalda del año; lo mismo que un arroyo al deslizarse por el valle así es en torno suyo el esplendor henchido de los montes.

Cuando todo esplendente se nos muestra el campo, es como el día, hacia el crepúsculo tendido; las horas del verano son como el año que huye, como breves estampas terrenas para el hombre.

EL OTOÑO

ALEJANDOSE van de la tierra esas leyendas del espíritu que antes fué, después en su retorno inclinado hacia la humanidad; mucho nos dice el tiempo tan aprisa consumido.

No perdió esta naturaleza las imágenes del pasado; como los días palidecen en medio del verano, así el otoño vuelve hacia la tierra, y el genio de la lluvia va otra vez por el cielo.

En breve espacio mucho ha concluído;
el labrador, que con arado se mostraba,
ve cómo el año se tiende hacia un final alegre;
con imágenes tales el día del hombre se depura.

El fondo de la tierra, adornado con rocas,
no es parejo a la nube, que de noche se pierde;
en un día dorado se nos muestra,
y una perfección tal no abriga queja alguna.

EL INVIERNO

CUANDO la nieve pálida embellece los campos
y alto resplandor brilla por la amplia llanura,
suave y distante incita entonces el verano,
la primavera a veces cerca está en tanto la hora cae.

Va la radiante aparición; el aire es más delgado,
el bosque claro; de entre los hombres nadie cruza
por las calles lejanas; y en la calma se engendra
sublimidad, aunque no obstante todo ría.

La primavera no reluce con el brillar de flores
que es tan dulce a los hombres, pero están las es-
trellas
claramente en el cielo; en el cielo lejano
viéndose con agrado, sin mudar casi nunca.

Como llanuras son los ríos; toda apariencia
también dispersa surge; la leche de la vida
perenne se demora. Y la amplitud de las ciudades
surge con especial bondad en ilimitada distancia.

EL INVIERNO

CUANDO sin ser vistas pasaron las estampas
del tiempo, viene la estancia del invierno;
vacío el campo, semeja la apariencia más suave,
huracanes soplan en torno y turbiones de lluvia.

Como un día de reposo, tal es el fin del año,
como el son de una pregunta; para que sea aquél
perfecto
entonces surge la nueva inminencia de la primavera;
así brilla con su fausto la naturaleza en la tierra.

EL CEMENTERIO

Silencioso lugar verdeante de hierba joven,
donde yace hombre y mujer y se yerguen las cruces,
adonde van acompañados los amigos,
donde fulguran en claro vidrio las ventanas

Cuando en ti fulge la alta llama del cielo
a mediodía, cuando la primavera te frecuenta y se
demora
y va la espiritual nube húmeda y gris,
con hermosura el día escapa dulcemente.

Qué tranquilidad hay cerca del muro grisáceo
encima del cual pende un árbol con frutos:
negror mojado de rocío, follaje todo duelo;
pero los frutos son densos preciosamente.

Hay en la iglesia una tranquilidad oscura
y también el altar en esa noche se recoge;
aún allá quedan varias cosas hermosas,
mas en verano canta alguna cigarra en el campo.

Allí, cuando las oraciones del pastor se escuchan
en tanto al lado está el grupo de amigos
que con el muerto van, qué vida singular
y qué espíritu, devotamente descuidado.

Traducción de HANS GEBSER y LUIS CERNUDA

Nota de LUIS CERNUDA

CRIBA

LAS COSAS QUE PASAN

¡CHITÓN!...

Veréis en esta corte un pobre soldado:

—¿Cómo va, señor soldado?

—Señor, pasar la vida; mis esperanzas tengo puestas en el capitán don fulano. No sé en qué parará.

Preguntáis a otro pobre hidalgo cómo le va, responderá:

—Pasar la vida; acompaño a la mujer de un oidor, dame algún negozuelo o comisión de en cuando en cuando, con que se pasa pobrementemente.

Preguntaréis al otro eclesiástico:

—¿Cómo va, señor licenciado?

—Pasar la vida; aquí me arrimo a tal parroquia, el cura me da cada día la pitanza de una misa; con esperanza vivo, que entraré presto en el número de los que van a los entierros.

Si preguntáis a la otra liviana:

—¿Cómo va, señora doña fulana?

—Pasar la vida; un ginovés me visita, sustenta mi casa, vísteme a mí y a una criada, paga el alquiler de la casa. Pasar la vida...

(De Fray Cristóbal de Avendaño: *Cuaresma.*)

LOS REAÑOS DEL ALMA

Notas a «El Greco», de Ramón Gómez de la Serna.

Despacio, pero no cautelosamente. Hay que ir; hay, por necesidad, que ir, e ir gozosa y despaciosamente a ese libro de Ramón. Ir con gozo, y quien no, que se muera, o mejor, que se vea muerto, pues que ya antes le mató su capitana indecisión, su miedo, su cautela, palabra usada para dar el nadismo de la gentuza por conducta serena de grandes individualidades.

Porque éste es el libro ante el cual algunos sentirán más apretado el nudo de su perenne estreñimiento.

Y es que España estuvo y está llena de nudos y durezas. Por eso, ora se muestra con tiesuras rígidas o abotagamiento, ora con epiléptico frenesí de vomitona.

Mas de cuando en cuando vienen hombres con documentos de salvación. Y yo creo honradamente que estamos en el caso al hablar del libro de Gómez de la Serna, razón por la que estas cuartillas mías no quieren ser otra cosa que un saludo de navegante al esperado alisio.

Es España país de negro y blanco, o, dicho de un modo más útil, de luz y de sombra, estados que aquí tienen categoría de elementos. Quien no capte ese supremo y difícil juego que consiste en vivir y saltar y hacer saltar de un elemento a otro, no entenderá bien nunca la bronca originalidad de la vida española.

Porque acontece que para ser hombre de luz o luminoso precisa saber vivir a la sombra y en la sombra, en lo hondo radical, y es necesario tener sombra para evidenciar uno la luz de su razón de ser o de vivir, justificar su estado en este mundo, su razón de estado, su ser como persona y no como fardo mostrenco de una corriente cualquiera.

Y es que dar luz es propiamente dar a luz, sacar de la sombra lo que allí no se ve; por eso el alumbrador o luminoso es siempre hombre que vivifica en la sombra, ya que sin su arriesgado bucear no veríamos nunca la realísima fantasía de la perla.

Por esto yo, hace tiempo—y no eran ganas de acabar un artículo con una frase—, llamé a Ramón *Don Juan de las Cosas*, ateniéndome, claro está, al burlador de circunstancias y evidenciador de tantas. *El Burlador* fué hombre de sombras y luminoso hombre.

Lo que en tal sentido es de sombrío Ramón, me adelantaba el olfato hacia la evidencia plena alcanzada ahora con su *Greco*. Y ello no por género de virtud en mí, sino llanamente por atención gustosa para lo interesante.

Ramón amó siempre las sombras. Pruebas materiales obran en sus escritos. Su mundo es el de lo real maravilloso, y este requisito no se da así, así, en medio de la plaza, si uno no sabe buscar el envés a la luz municipal. La muerte es tema ramoniano reiterado en sus muertos, sus cementerios, su Rastro, al que van a parar, *perdidas en las sombras del olvido*, tantas cosas que él encuentra y salva y recrea quitando las comillas al cliché burguesote que antecede. Su *Pombo* es un túnel, una *cripta* sagrada. Basta hojearle con un poco de atención para darse clara cuenta de que en sus sombras está la perla de luz, y que lo que la gente llama luz por las buenas es una cosa densa y empastada e intransparente. Nada más denso y apelmazado que el sol ramoniano en medio de la calle; ese sol es un enorme cortezón de pan de hogaza, y se

necesita que hable del sol de agosto en medio de la Puerta del Sol a mediodía, para que esa luz, por causa ya de demasiada, hierva y dé algunas transparencias. Sol y moscas; no es esto, no es esto.

Pues a quien no le dice nada la noche, es que sólo le sirve el día de espantamiedos y carátula.

Porque hay que vivir el gran pánico del yo a yo, de la soledad consigo mismo, para uno tener sentido a la luz de los días.

No a la luz de este día, que puede ser luz de candil y su tráfago baile, pero de candil, ¡ay!, que muere pringoso en cuanto entra en la danza el primer gallo que, arriscado, se lleva la luminaria por delante. (Se oye un correr de cucarachas.)

Por eso las horas—o el tiempo—del hombre evidenciador o luminoso son las del filo mismo del entre dos luces, la hora en vilo, la de la decisión en la que hay que afirmarse o morir: ser o no ser es en el caso la cuestión. Así, *El Burlador* dice en el momento: *Estas son las horas mías*, y Ramón, en trance de horas—clave, a mi entender, de todo el libro—, puesto a elegir por necesidad vital de creación de su *Greco*, no toma aquellas de la mañana soleada para sacarlo a la plaza y en ella extender un doctoral informe, ¡ca!, sino que lo desliza a *horas más hechas* que esas de *armisticio* en que se eligen armas para la venganza y decisión del entre dos luces, horas éstas en las que la gente, huyendo de la sombra que se les viene encima, se mete en ella para morir en nadie o resucitar en persona.

Ese entre dos luces decisivo en la persona auténtica campea en el libro de un modo destellante—manera de luz que ya dice de sombra por exceso de fulgor.

Libro revelante de lo entre dos luces, de lo que se ve y no se ve según que el balancín, que lleva a sus extremos opuestas razones de ser, se incline hacia un lado o hacia otro. Libro de arriscado funambulismo, como lo es toda acción evidenciado—

ra de un vivir verdad, que es siempre difícil equilibrio entre el ser y el no ser. El hombre más genial bien puede decir cada día en su oración de la tarde: *Gracias, señor, porque si me descuido soy un tonto*. De ahí que lo patético exalte cada página, y el humor lo sea por superación y desafuero del estilo, que rebasa el más tremendo de los gritos de auxilio.

Porque España entera es un entre dos luces en esos días de que el libro hace historia: la luz de la razón vital que ya se incubaba y ha de evidenciar cumplidamente *El Burlador*, y la luz de la razón pura católica o vida de los hombres en los años del Greco, la que, a su vez, se mueve entre la luz celestial y el resplandor potente del infierno, con todo el dramatismo a ello inherente. Por eso *todo el país estaba loco de confesión y hacía cruces en sus bostezos mirando al cielo*. Y ahí, también, todo el pavor del ensueño de la otra vida, toda la demacración amarillenta de los en sueño vivo, vivientes en suspenso, esperando *en la magia entre la tierra y el cielo*, miedosos de sacerdotes, jugadores de a Dios *en ensañado juego de envite de sus vidas*, a las que sonrío allá en lo alto la bienaventuranza, pero en esa forma anhelante y crispada que toma el cristalino chorro en el suplicio, desde el punto de vista del sediento. Por eso Ramón desenfrena genialmente su pluma para evidenciar el sentido y habla de la *juerga celestial que sobre cúpulas de iglesias sonrío como un domingo sin trabajos en desperezos de sábanas*; y acentuando más aún, dando en el quid de esa vida española, prorrumpe: *En el cielo está el desparramiento supremo, la compensación entresoñada* de esta vida miserable agarbanzada y torva, amarilla y hética de aspiraciones. El hombre calandrajoso de las masas entrevé el sillón de terciopelo de un palacio.

Y este vivir con tal visión es el asunto pictórico del Greco que inmortaliza a los representantes de la famosa comedia en el gran teatro de su mundo, viéndolos y clavándolos en el filo mismo de su anhelo, en dramática suspensión, en levitación

máxima, con el alma agarrada al clavo ardiendo de sus deseos emanados de una razón pura a la que sirven renegones de pensamientos que a su pesar le visitan, porque cada uno es drama de sí mismo, ya que la voluntad propia es la clave en esto de servir o no servir a la idea católica que allá fulge en forma de gloria real pidiendo renunciamiento a la sabrosidad del mundo que aquí está y es todo lo contrario: los hombres *entre*; en el centro de la más dura de las situaciones, que se crispa dado el concepto que tienen de lo celestial. Y Ramón, en síntesis maravillosa, dice: El Greco *ha serrado—con largo serrucho—el tronco ascensional* (todo el árbol de la vida) *y se ven las larvas crédulas, las savias emisoras, los deseos de ser hojas en la altura*, los deseos de alcanzar ese bienaventurado abandono o despatarramiento, puesto que ya en el cielo no hay cuidados, y uno entró en su morada. El cielo en concepción vernácula; íntimo compadrazgo; a la pata la llana o cosa así; Periquillo en su casa: ¡A ver, las zapatillas!; ¡uf!, qué descanso.

Es difícil dar una idea más exacta y brillante de la época del Greco y del pintor mismo. De este hombre que pintó *el sueño y el soñador, el visionario y su entrevisión, su logro del cielo y su velatorio de la tierra, su negrismo y sus albas*; pintor de *entres*, porque *sentía lo que tenía de temblor de muerte entre unos y otros tiempos*, esa época suya española y la ciudad de Toledo en que vivía.

Profunda impresión la que deja este libro mágico y difícil, maravilloso siempre y de milagro ya, al abrirse en las páginas de Toledo y en las referentes a los ángeles, que con sus largas alas subrayan la importancia de las sombras.

La factura o técnica biográfica está conseguida en esta forma esquemática y que ahora sirve de referencia a lo usual.

Fechas. Sin despreciarlas, sólo se usan aquellas que pueden traer a la memoria una esencia vital. Así, el libro no apa-

rece recargado ni abruma al lector colocándolo en trance de examinando, y los números se yerguen sólo como indicadores, hitos de una temporalidad española, como quitavendas o apartacosas, misión aclaradora: *Esto es Peloponeso, no ya Jonia*. Y uno sabe el dónde y el cuándo.

Sin menospreciar el dato erudito, las citas no se amontonan en balumba estorbona que impida ver por obturación del campo visual o por mareo, sino que, acusando una previa y minuciosa selección, se limitan a las precisas y útiles como hilo conductor o mano de cicerone para guiar a quien lee hacia el recinto sacro—velado, por tanto—del alma del personaje. Porque de esto se trata, de ver lo que no se ve o solamente se entrevé.

Sin desdén por la técnica pictórica, ésta no entorpece la comprensión del lector que no es del oficio, ni deseca el temblor vivo del cuadro con una disección de pinceladas y colores, sino que el hablar de ello es como necesario complemento, un guión más, y siempre desde el punto de vista que es norte de la obra. Con un análisis técnico al uso, el lector, e lo más seguro, no se enterará de cómo pintaba el Greco. Con estos datos de Ramón se queda exactamente con la médula de su pintura.

¿Y por qué al leer este libro levitante, patético, se le abre a uno de pronto la espita de la risa que brota en chorro espontáneo y caldeado?

Un momento de atención:

Gómez de la Serna se ve—él a sí mismo—entre la espada y la pared. No importa que él no se haya repetido el dicho, y hasta no importaría que lo ignorase. El hecho es que, por propia determinación de voluntad artística, él se coloca en esa situación. Y es más y debe añadirse: por propia determinación de voluntad vital, porque ello atañe y abarca la manera o forma de existir, es *su manera de ser*, como dice, bien

dicho, el pueblo aludiendo a ese tuétano del ser de una persona que transparece en sus maneras—o sus formas. Ramón, además, es hombre amante de la plasticidad; necesita dar forma aprehensible a sus sueños—sus greguerías son sueños dibujados—, y en el saco de la más grande abstracción mete la mano prestidigitadora y, *¡voilà!*, he aquí un extraño cacharro.

Por ese boquete invisible e insospechado abierto en el saco de lo abstracto es por donde se nos escapa la risa. El prestidigitador ha cometido un acto riguroso y lógico que, al par, es un formidable desafuero contra las normas vernáculas del vivir ordinario, y esta discordancia entre el vivir chato y el empingorotado y rufo que acusa el sesgo transgresor hace que la risa nazca. Risa buena o de bondad, a saber: el hombre que ha cometido tamaña transgresión—v. gr., ese decir del cielo como despatarramiento—no lo hace con ánimo dañado, y hasta puede llegarse al límite de las concesiones diciendo que no lo dice con ningún ánimo; mas al par resulta que lo dice *con ánimo* o con alma, con toda el alma en un hilo, entre la espada y la pared, o sea entre el ser y el no ser en ese instante; entre ser él o dejar de ser; ser él mismo, sacando a luz—a su luz—bien perfilado el gálibo de su visión, haciéndola vivir, o dejar de ser él, si por miedo o incompetencia deja que se le muera sin expresión eso vivo que ha entrevisto en las sombras. Y ved aquí al hombre como asesino de momentos. Y al asesino se le muere, también por crimen, una parte de sí mismo.

Quien está poseído de todo esto; quien, aun sin saberlo si se quiere, tiene una norma estricta de vivir, lleva en sí una furia dramática que grita voces de salvación inesperadas y en contraste violento con las formas mostrencas de la vida, y esas superaciones son humor y risa buena.

Porque su drama no es el de aquí la pared y ahí la espada, veamos si se la quito y le pincho con ella en la barriga, o veamos por dónde me escapo—comicidad, al fin—, sino que

es el drama de permanecer gallardamente en el estado, sabiendo que la pared es el telón de fondo donde se evidencia la sombra de nuestra vida proyectada por la luz de nuestro ser, y que esa espada es la guerra voluntaria de nuestro cuidado y nuestra vela por nuestro ser; espada de Dios, que no es otro el sentido de las palabras *yo vine a meter guerra y no paz*, y no vine con la espada, etc.; espada—o cuestión—que es dentro de nosotros y es amenaza de nuestros descuidos, y no más y no menos, y no eso otro de la beatería al uso que hizo de las palabras disculpa; de la espada, arma carnicera de represión y defensa de intereses; y de la pared, muro para cartelillos y grafitos más o menos sucios.

Con el alma en un hilo sería, pues, subtítulo del libro, dejando a la frase hecha toda la carga a que alude su prístino y original sentido. Porque es libro de apuro y apurado, de fino cernido; quizá el mejor libro de Ramón y el cierto para entender al Greco y a su formidabilísimo Toledo.—A. P.

CON LA MÚSICA A ESTA PARTE

Adolfo Salazar: *La música actual en Europa y sus problemas*.
Madrid, 1935.

He aquí un libro que, siendo colección de artículos periodísticos publicados en varios años, nos da la impresión de estar escrito en este 1935 que vamos viviendo. Unidad, consecuencia, naturalidad son las causas de ese fenómeno. Causas o causa, pues enumeradas en orden inverso, veremos que la *naturalidad* es la madre de las otras dos. Al frente del libro aparecen unas palabras de Stefan Zweig sobre Stendhal: *Stendhal va dejando salir de sí lo que descubre y observa, con completa indiferencia de que los hombres lo aprovechen o no, y sin reparar si lo que dice es valedero sólo para el momento o si ha de servir para siglos enteros. No se preocupa por si alguien ya lo ha escrito antes u otros lo han de escribir después; él observa y piensa como una función natural, del mismo modo que respira, habla o escribe. El buscar prosélitos, colaboradores, discípulos, nunca fué propio de un verdadero librepensador. Mirar, mirar siempre con más claridad: eso es lo que busca y lo único que le satisface. Su placer, su alegría, pura y sencilla, es generosa y comunicativa. Esa naturalidad es lo que defiende a Salazar de toda afectación dogmática. Es lo que le lleva por caminos continuos. *Natura non facit saltus*. En los caminos de la naturaleza, de la naturalidad, hay pendientes, hay curvas, vueltas y revueltas, idas y venidas—de*

mucha utilidad, sí, señor—, pero no hay cortes. Un libro escrito *naturalmente* es como escrito *de un tirón*. Un hombre que piensa naturalmente no se contradice jamás. Los veinte y los sesenta años de un hombre pueden estar en pura oposición sin que la contradicción haya cortado — *secado* — el fluir de su vida. Los ríos nacen en la montaña y mueren en el mar.

Por todo eso, porque está escrito en función natural, este libro resulta sin contradicción un libro de 1935. Porque el más antiguo de sus capítulos está en el mismo camino que el más reciente. Libro de 1935, libro español de 1935. Melancólico como no podía menos de ser. En algunos capítulos la mirada, bien empapada de cosas presentes, se vuelve hacia atrás. La experiencia, aun cuando Salazar no lo señale excesivamente, es poco grata. Por culpa del presente. Aquí y fuera de aquí.

En Europa entera se vive, a pesar de todo y de todos, del impulso genial por los cuatro costados—Strawinsky, Falla, Ravel y Schoenberg—, de lo que puede llamarse *generación de los maestros*. Hay algunas novedades debidas a hombres más jóvenes; pero los movimientos profundamente, naturalmente renovadores, las más nuevas consignas las están dando todavía esos cuatro músicos de excepción. *La joven generación aprovechaba el tiro de chimenea provocado por sus antecesores—sus maestros, «malgré eux»—y entraba en los sosegados Walhalas de todos los países a codazo limpio... Ortega dijo su frase célebre: «Como no vamos a fusilarlos, intentaremos comprenderlos.» Realmente, tenían menos que comprender de lo que Ortega se imaginaba; pero el afán por conocer a los jóvenes se hizo artículo de primera necesidad... En la mayor parte de los casos se observa que la promoción nueva se lanza alegremente a la francachela... Se trabaja muy de prisa, y cada penosa conquista en la técnica de los maestros se ha convertido en bagatela sin importancia para los actuales. El resultado social de*

esta actitud de los jóvenes ha sido que el público, por querer desentenderse de ellos, comienza a desentenderse un poco de toda la música. Pero ello, que perjudica un poco a todos hoy, una vez que se apague esa lógica reacción del público, redundará en perjuicio solamente de los propios jóvenes sin moral estética, jóvenes sin autenticidad, sin naturalidad, *contra natura*, que dan saltos en vez de andar, carentes en absoluto de sentido humano, de solidaridad humana, de ese necesario sentirse colaborador sin trampa ni cartón en la obra unánime de todos los hombres. El buen público se quedará al fin con los maestros y con los que—contadísimos—comienzan hoy a dibujarse con inequívoco aire magistral. Los demás tendrán que contentarse, como los políticos traidores, con haber hecho su agosto momentáneo, personal, sin trascendencia histórica. A no ser que—cosa poco probable—*vuelvan la conciencia*, como desea Salazar, *a la vía de la seriedad y de la belleza sensible, obligación perentoria del arte.*

Estos jóvenes sin conciencia, dispuestos a hacer figura de grandes y terribles músicos, pero en realidad sin ciencia ni paciencia—larga o corta—, no hacen más, en realidad, que continuar la tradición del camelismo musical, cuyo máximo templo es nuestro Conservatorio. Es una pena ver cómo en los jóvenes ha prendido el ejemplo de la intriga, del escalo, como procedimientos para *hacer carrera*, para llegar a los puestos que detentan unos tristes personajes. La actitud auténticamente juvenil hubiera sido un absoluto desprecio para esos puestos en tanto no quedasen vacantes por una limpia *revolucionaria*. Porque el entrar como una cuña en ese medio es suicidarse. El medio asimila al recién llegado, le imprime su carácter, evidenciándose el *dime con quién andas...* Y ése, justamente, ha sido el error de la República. En muchos órdenes. Y desde luego en el musical. La primera Junta Nacional de la Música fracasó por eso. No supo armarse previamente contra los naturalísimos ataques del cavernicolismo musical.

Y no quiso limitar sus propios objetivos (que la autolimitación da fuerza, si no es ya un síntoma de ella).

Salazar fué el promotor de la Junta Nacional. En las postrimerías de la Monarquía comenzó a dibujar lo que luego había de intentarse en la República. Buen número de páginas de este libro suyo nos hablan de sus afanes y de sus decepciones en esta cuestión. Fiel retrato de la España de hoy. *Mi creencia—dice Salazar—respecto a la necesidad de crear la Dirección de Música y Teatro Lírico, con una organización permanente que escape a las ondulantes influencias de la política, tomó en seguida caracteres urgentes ante la conveniencia de aprovechar los primeros momentos de reorganización de la vida nacional, ya que, tan pronto la vida política entrara en su normalidad, el habitual tejido de compromisos electorales, de influencias desde diputados para arriba, etc., haría inútil toda tentativa de reforma. (Así ocurrió más tarde, en efecto.) Por reiterada experiencia se sabe hasta qué punto los políticos profesionales ignoran los verdaderos valores artísticos, para limitarse a una superficial aquiescencia con las reputaciones más o menos falaces. Por ejemplo, el nombramiento del maestro Vives como consejero de Instrucción Pública pudo sorprender, aunque la clara inteligencia del fácil y amable autor de zarzuelas no lo hacía peligroso. Mas el camino iniciado así se abrió hacia un horizonte temible tan pronto pretendieron seguirlo otros zarzuelistas que, si no tienen menos méritos musicales que él, carecen de su cultura general y su buen sentido. El autor del chotis de moda, del fox en boga, del tango, cuplé o himno nacional de última hora puede sentirse con análogos derechos y pedir su consulado, aunque debería pensarse que los gobernantes de la República no compartirían las predilecciones de Calígula. (El complejo de Calígula aqueja agudamente a nuestros gobernantes. Véase con qué músicos ha sustituido el ministro Sr. Dualde a los que componían la primera Junta Nacional de Música.) La cultura artística entre nuestros compa-*

triotas más versados en esta clase de asuntos es unilateral. Muy raro es encontrar competentes en arquitectura o pintura que pasen de un superficial diletantismo en música (su estupefaciente admiración por las bandas valga como ejemplo), y por lo que a los músicos se refiere, el aforismo de Eximeno de que el músico que más sabe apenas sabe más que música sigue siendo, desgraciadamente, una verdad. Pero España es un país donde la cultura de la Música no tiene tradición ni arraigo y, por tanto, siempre estará sometida a un concepto subalterno con relación a las artes plásticas y a la administración del tesoro artístico de España, con sus catedrales, sus museos, sus retablos, sus monumentos... A la nefasta organización del teatro Real ha sucedido su supresión, en medio de la general indiferencia, tan elocuente como la que habría seguido a un incendio del Museo del Prado o a un desplome de la catedral de Burgos. Tras del silencio infligido al teatro lírico se aproxima el de los conciertos. El peligro de desintegración amenaza a las orquestas sinfónicas que no producen el rendimiento mínimo a los profesores, mientras que éstos demuestran que cuando el Estado acude en su ayuda carecen de todo plan artístico y no tienen idea de una estructuración general de la vida musical en España. En cuanto a la musicología española, este gracioso bosquejo: Un espectáculo incivil y desolador. Las pocas gentes que sienten afición por este género de actividad intelectual se hallan inconexas; más aún, recelan las unas de las otras. La colaboración entre ellas no existe ni aun como síntoma. Cada cual trabaja aislado, casi en secreto, envuelto en un carácter hirsuto y montesino, como facineroso dispuesto a soltarle un trabucazo al inocente mortal que muestre simpatía por sus trabajos o deseos de acercársele. Sobre un pedestal de papeles polvorientos se labran reputaciones vanidosas y estériles en donde la satisfacción personal es la pieza cobrada y no la utilidad pública.

A remediar esos males—mejor dicho, a iniciar su reme-

dio—vino la primera Junta Nacional. Diversas causas—externas e internas—dieron al traste con las buenas intenciones. Y hoy nos encontramos, una vez más, con todo por hacer... más la triste experiencia de lo mucho que cuesta hacer algo.

Esta experiencia amarga es lo que da un cierto sabor de melancolía al libro de Salazar. Ojalá esas páginas sirvan de aviso para toda empresa futura. De lo que ya están sirviendo, desde luego, es de vergüenza para las gentes que, actores o espectadores, ambiciosos, perezosos, escépticos o envidiosos, estropearon en sus comienzos el movimiento musical de la República. Si esas gentes tuvieran alguna sensibilidad ética y estética, no resistirían esta pregunta inevitable: Y ahora ¿qué?

Ahora sólo nos quedan valores individuales que la envidia no ha podido derribar. Volvemos a encontrarnos, como hace años, en la mayor anarquía. El Estado, al margen, como si nada tuviese que ver en estos asuntos. Los *mejores*, en casa. Y los *de siempre*, buscando alguna grieta en la burocracia por donde introducirse al disfrute del presupuesto. La iniciativa privada lo será todo, si es que puede ser algo. Y vamos tirando.

Pero la música española, la de hoy y la de siempre, en su función creadora, se nos presenta bajo muy otro cariz. Este el lado optimista del libro de Salazar. En sus mejores capítulos se nos describe certeramente la *razón de ser* de nuestra música. Vemos cómo esa auténtica *gloria nacional* vive a través de los siglos y florece hoy con un sentido tal vez único en el mundo. (Seguramente nuestros gobernantes ignoran que en esto somos una *gran potencia*. No nos importe demasiado, si sabemos vivir para la continuidad de nuestro pueblo. Lo importante es ser grandes. Lo de menos, saberlo.) Grandeza que debemos hoy a un hombre que en la soledad de su carmen granadino va descubriéndonos caminos, nuevos y de siempre, sonoras encrucijadas para los jóvenes auténticos que

sepan perderse en ellas—único medio de que se encuentren a sí mismos definitivamente—y normas de conducta humana, sorprendentes en este mundo mercantilizado. *La salvación está ahí*, acabamos leyendo entre las líneas del libro de Salazar, aunque éste no estampe, concretamente, el nombre de Manuel de Falla. A Salazar corresponde el honor de haber gritado a los cuatro vientos, en horas turbias, en momentos de litigio, ese nombre hoy glorioso. Y el haber tomado la defensa de la mejor música española no es sólo un honor para el *hombre*, sino una consagración para el *crítico*.—J. B. C.

LAS COSAS CLARAS

EL SECRETO A VOCES

«En el capítulo XVII del *Apocalipsis* encontramos un símbolo que nos representa el mundo del político definitivamente revelado. Babilonia aparece en forma de una cortesana vestida de púrpura y escarlata, sentada sobre una bestia también de color escarlata. Cuando Juan ve a la cortesana en tan espléndida aparición se queda estupefacto. Esta mujer simboliza entonces, como siempre, la *Polis* o más exactamente la *τύχη*, la Fortuna de la existencia política. Pero esta mujer se manifiesta ahora como una cortesana que, sin pertenecer a ninguno, se entrega a todos. Pues la revelación del Cristo manifiesta de esta manera la falta de orientación que en las cuestiones metafísicas es inmanente a la condición efectiva del político. El político tiene sus raíces en el mundo de la versatilidad, lo cual no parece que pueda permitirle ninguna orientación metafísica definitiva. Y que el político se sienta como en su casa en ese mundo de la versatilidad, es lo que expresa el *Apocalipsis* diciendo que los reyes del mundo vinieron todos para fornicar con Babilonia, la gran cortesana. Pues esta falta definitiva de orientación del político en las cuestiones metafísicas se expresa por la imagen de Babilonia que levanta en su mano la copa desbordante del vino de la embriaguez. La versatilidad del político que puede llegar a elevarse hasta alcanzar una versatilidad metafísica, se convierte en una embriaguez; y así ha embriagado a todas las naciones de la tierra (XVII, 3).

Mas aún queda otro rasgo del político esclarecido por la revelación de Jesucristo. Cuando Babilonia, la gran cortesana, ha caído, los hombres de la economía y del comercio, los navieros y armadores, comienzan a hacer grandes lamentaciones y gemidos (XVIII, II-19). La abundancia de detalles con que estas quejas se reproducen en el *Apocalipsis* es muy significativa. Vemos por ellas que el esplendor del político se va extinguiendo como si ya no sirviese más que para someterse a la hegemonía económica de unos cuantos mercaderes internacionales supervivientes a la caída de Babel.»

(De Erik Peterson: *El espíritu de la Iglesia apostólica según el Apocalipsis*, 1935. — *Le mystère des juifs et des gentils dans l'Eglise, suivi d'un essai sur l'Apocalypse*, págs. 91, 92 y 93. *Courrier des Iles*. París, 1935.)

Incidencias

Estas dos cartas fueron publicadas por la revista Leviatán (en Madrid, septiembre-octubre-noviembre, 1935). Al recogerlas ahora para los lectores de Cruz y Raya, cumplo gustosamente una doble finalidad: el reconocimiento mío a Leviatán por su generosa acogida a mi réplica y el ofrecimiento a nuestros lectores de este personal incidente producido al margen de un comentario, de ellos conocido, y gracias, pues debo agradecerlo, a la noble carta de Arturo Serrano Plaja, que merece ser leída por todos. ¡Ya hubiese deseado yo siempre que otras consonancias y discrepancias con la revista se nos hubiesen manifestado con la misma franqueza y claridad, tan verdaderamente ejemplares, como éstas de Arturo Serrano Plaja en su «carta abierta»!

J. B.

EL CLAVO ARDIENDO

1

A José Bergamín.

ESTIMADO señor: En la revista *Cruz y Raya*, que usted dirige, he podido leer su nota titulada *Hablar en cristiano*, comentando el Congreso Internacional de Escritores que se ha celebrado en París últimamente.

Por los conceptos que en ella se expresan, así como por la altura con que están desarrollados, dicha nota me ha interesado—e impresionado—de un modo extraordinario. Tanto, que me tomo la libertad, que usted sin duda sabrá disculpar, de *contestarla*, aunque en ella nada se pregunte.

Entendiendo, además, que el hecho de no estar de acuerdo en muchos puntos no significa otra cosa, en último término, que un esencial anhelo de acuerdo, como hombre, con usted y con cuantos en este agudo trance, por el que todos pasamos, buscan en

este ir y venir del pensamiento—y del sentimiento—una solución armónica y congruente con él.

Así, pues, y queriendo mantener una línea de respeto para con usted, mayor, si cabe, que la que usted mismo emplea en su escrito para enjuiciar las personas a que alude, paso, seguro de su cabal interpretación, a exponer los comentarios que su ensayo me ha sugerido.

Previamente debo fijarme en las alusiones de tipo popular, o, mejor, enunciadas con la técnica de nuestra expresión popular, que tan hondamente conoce usted. *El clavo ardiendo* aparece como título, y como consecuencia y por así decirlo, presidiendo todo el ensayo, a una preliminar cita tomada del último libro de Malraux; y aún, como subtítulo de esta misma nota, se añade: *sentido común*. Pues aunque al parecer hay en dichas dos alusiones una contradicción, ya que agarrarse *a un clavo ardiendo* sólo es oficio o necesidad, mejor, de desesperados, y el *sentido común* no suele desesperarse, por eso, *por común* y *por sentido*, hay, sin embargo, entre ellas—así lo interpreto al menos—una profunda ligazón. Cosa, por lo demás, absolutamente lógica, tratándose de un escritor, como usted, tan agudo y consciente.

De la nota de Malraux que usted transcribe,

trasciende, ciertamente, un profundo, un muy consciente *sentido común* y, aún más, un anhelo de comunión: *Es muy difícil ser un hombre—* escribe Malraux—. *Pero no es más difícil serlo profundizando la comunión con los demás que cultivando la diferencia; porque la primera nutre, con tanta fuerza por lo menos como la segunda, aquello por lo cual el hombre es hombre, que es aquello por lo que se sobrepasa, crea, inventa o se concibe.*

Mas este anhelo, esta ansia de comunión cuya voluntad de afirmarse se nos aparece, en verdad, llena de un consciente patetismo al no ignorar su dificultad de realizarse, de *ser un hombre*, usted parece interpretar, por este gracioso y agudo modo, como *clavo ardiendo*, como asidero dolorosísimo, ya que no imposible, para no ahogarse, hundirse o destrozarse.

Y aún añade un lema, para iniciar su comentario, cuya dramaticidad, empleado por usted, no quiero desconocer: *El patio de mi casa—es particular;—cuando llueve, se moja,—como los demás.* Estimo que me es lícito, quiero decir que no tuerzo ni retuerzo su sentido, al interpretar estos cuatro versos del modo siguiente: lo que sucede en el espíritu de estos hombres—en el de André Gide, ya que le hace usted objeto de su especial atención—

sucede igualmente, con igual dramatismo, en el suyo, pero así, *simplemente*, con la simpleza y espontaneidad de esa cancioncilla: sin necesidad de *congregarse*, de hacer aspavientos ante algo que es tan natural y espontáneo como que todos los patios se mojen cuando llueve.

En primer lugar, y a la situación de España me refiero y aún más concretamente, como ejemplo, a la nota firmada por usted, entre otros nombres poderosamente destacados, como protesta por el *caso Sirval*, habría que ver si es cierto que se mojan todos los patios, aun cuando llueva, o si, precisamente, ciertos corrales nauseabundos tienen la virtud de permanecer secos incluso en medio de las más terribles tempestades.

Pero no es ésta la cuestión que estamos tratando, y voy, pues, a limitarme a subrayar esa actitud suya; actitud típica y consecuentemente cristiana de sentir el dolor, la angustia, calladamente, resignadamente, como un elemento más de una ordenación superior y anterior al dolor mismo.

Yo creo muy de verdad que usted, *como los demás*, como el que más, siente, ciertamente, lo que para nombrar de algún modo llamaré crisis de nuestro tiempo. De ahí que pueda suscribir abiertamente y con absoluta honradez todos o casi todos los

párrafos que transcribe de André Gide. Y con singular derecho, creo yo, aquellos que se refieren a la *patria* y al uso que de esta palabra se ha hecho por los *patriotas*.

Pero volvamos, antes de seguir adelante, al clavo ardiendo. ¿Por qué, necesariamente, el hecho de fijarse *una conducta comprometida en un compromiso de conducta*—como tan exactamente define usted—ha de significar estar desesperado, *agarrarse a un clavo ardiendo*? Es absolutamente imposible, dados su discreción y conocimiento, que aluda a una desesperación de tipo resentido, a una desesperación exterior, ya que, tratándose de André Gide, no tiene, en este sentido, por qué estar desesperado.

Su desesperación entonces, si la hay, sólo puede venir de otros motivos, que usted, como cristiano, es decir, sin tales motivos o, en todo caso, conociéndolos conscientemente, cree adivinar de un modo inmediato.

Y entonces, Gide, como todo hombre verdadero, como todo hombre, no hace otra cosa que terminar, o empezar, que para el caso es lo mismo, tras un merodeo más o menos prolongado, por *hablar en cristiano*; título y tesis central de su ensayo, cuya firmeza me mueve a escribir estas líneas, que

usted apoya incluso con las palabras mismas de Gide, porque todo ello, todos los conceptos por él expuestos, son de tan mediterránea claridad, *de tan luminosa evidencia*—dice usted—, *que me he limitado a subrayar sus palabras.*

Mas, para tratar de proceder con cierto orden, voy a detenerme en alguno de esos párrafos subrayados y en alguno, también, que no lo está, del discurso tema de nuestro comentario. Quizá logre así poner de manifiesto ciertos errores de perspectiva en que, según mi criterio, incurre usted en su escrito.

Esta tendencia a lo artificial o lo ficticio—como usted resume con justeza cuando Gide habla de la literatura clásica francesa—, *no probablemente muy exagerada por Gide, ha llevado a otros escritores, en una oposición polémica, a defender precisamente eso: lo ficticio, lo artificial. Merodea alrededor de este esteticismo nada menos que el fantasma de Wilde con su “decadencia de la mentira”. André Gide se encara hoy noblemente, con ese fantasma, antes su amigo, que por “curiosa paradoja” se desliza ahora nada menos que entre las columnas de la “Acción Francesa”. André Gide denuncia esa mentira hoy con viva “indignación mo-*

ral: no puedo creer—afirma Gide y subraya usted—que la civilización se base forzosamente en la mentira”.

Pero esta *paradoja* no es otra que la que ha llevado a la burguesía, en el plano de la política estricta, a tomar, adaptándose a ellas, nuevas formas de combate: la *república democrática* e, incluso, la *revolución nacionalsocialista*. Si la *Acción Francesa* cree o quiere defender la civilización asegurando, al mismo tiempo, que la civilización es profundamente antinatural, esto es, *falsa, ficticia*, no es, en modo alguno, caprichosamente. Tal paradoja obedece exactamente a las mismas leyes contradictorias que aquellas que impulsan a los regímenes capitalistas a emprender la guerra como una solución, sabiendo, al mismo tiempo, que en ella han de encontrar fatalmente su destrucción total. Y a las mismas, también, que el católico Max Scheler advierte como diferencia entre la Edad Media y el *sistema de concurrencia actual*, en el cual, *si el término, grande o pequeño, a que va enderezado el transcurso de una motivación económica (que forma una unidad fenoménica de vivencia) era antes siempre la “posesión” y el “goce” de alguna unidad cualitativa de valor y el dinero funcionaba solamente como fin transitorio (medio de cambio),*

ahora el “término” de dicha motivación está constituido por una cantidad de valor pecuniario y la cualidad del bien se convierte en “el fin transitorio”. La estructura de la motivación es ahora: dinero-mercancía-dinero, mientras que antes era: mercancía-dinero-mercancía. (C. Marx.)

Gide se revuelve hoy contra lo falso, contra la burguesía, socialmente hablando, y contra la mentalidad creada por ella, patentizada tan maravillosamente por Marx en ese simple cambio de fórmulas, a través de su actual etapa capitalista. Pero al hacerlo, al protestar Gide, habría que ver si le mueve únicamente una *viva indignación moral* o, si más bien, o por lo menos simultáneamente, es su indignación social, la indignación de su conciencia histórica la que le impulsa a protestar de esa falsedad organizada. De esta falsedad histórica que, claro es, *desmoraliza* a todos los que no estén en ella interesados. En cuanto al sentido, cristiano o no, de esta protesta, trataremos de verlo más adelante.

Otro párrafo que usted transcribe del discurso de Gide es aquel en que se afirma: *Decir literatura es decir comunión. Lo que se trata de saber es con quién comulga el escritor. Se ha producido en cierta literatura, y principalmente en la francesa un fenómeno singular, y es éste: el caso de que un es-*

critor de gran valor sea en su tiempo absolutamente inestimado. ¿Se dirá de este escritor que no escribe más que para sí mismo? Esto no es cierto. Porque esta comunión, que no puede obtener inmediatamente en el espacio, espera obtenerla en el tiempo. Por eso añado más adelante: A mí me inquieta, lo confieso, haber escuchado en el Congreso de Escritores de Moscú a una gran cantidad de obreros de todas clases que pedían a los escritores que hablasen de ellos solamente, que los representasen pintándolos como son. Y aunque ya es mucho el hecho de que los obreros pidan algo a los escritores, es decir, que se interesen o puedan ya interesarse por la literatura, ésta, la literatura—continúa Gide y subraya usted—, no tiene o, al menos, no debe tener únicamente esa misión de espejo.

Cierto. Certísimo. La parte subrayada por usted yo la subrayaría por mi cuenta y, de paso, y si me fuese posible, se la recomendaría constantemente a ciertos camaradas escritores excesivamente ortodoxos de un realismo marxista. Pero—y aquí sí que encuentro una curiosa paradoja—alguien tan indudablemente afianzado en una realidad—y no en realismo—marxista como Lenin, había ya escrito: *Para que el arte pueda acercarse al pueblo y éste a aquél, debemos primeramente elevar el nivel*

de cultura general. Me parece que el compañero Galkin tiene una idea un poco ingenua del papel y de la misión de los teatros. El teatro es necesario no tanto para la propaganda como para que los obreros descansen de sus trabajos cotidianos. Y aunque en la U. R. S. S.—continúa Gide—se hayan producido muchas obras interesantes en este sentido de la propaganda, no debe limitarse a ello. Se trata también, y quizá, sobre todo, de “ayudar nosotros” a este hombre nuevo, al que amamos, al que queremos; se trata de ayudarlo a su formación, a que se dibuje a sí mismo. Por eso, sin duda, añade: no es posible hoy comulgar con el pueblo mientras el pueblo no sea lo que puede ser, lo que debe ser, lo que será “si nosotros le ayudamos”.

*Si nosotros le ayudamos. Esta condición, tan reiterada por Gide, se me aparece llena de un profundo significado. Si nosotros le ayudamos, es decir, si nosotros estamos *activamente, eficazmente* a su lado, en sus luchas, en su formación. Sólo con esta condición, impuesta por una realidad social, cree Gide que es posible, para el escritor, comulgar con el pueblo. Por eso le parece imposible que *hoy, en la sociedad capitalista en que aún vivimos, haya una literatura que valga, que pueda ser otra cosa que una literatura de oposición.**

Y esto es, precisamente, lo que define la diferencia específica, socialmente hablando, entre el *cristianismo no histórico, evolutivo o progresivo*, y el no-cristianismo, el marxismo en este caso: *dar categoría moral y metafísica a la eficacia, o no*. El cristiano en sí, el *cristiano no histórico*, como consecuencia de su peculiar actitud religiosa, debe aceptar el sufrimiento, la explotación capitalista, puesto que la explotación o la no-explotación no tienen sentido, no cuentan en su tabla de valores. Y, a lo sumo, debe tratar de llevar el convencimiento, la fe individual, subjetiva, para su propia salvación—ya que de manera exclusiva es lo único que entiende, lo único que quiere entender—, incluso al explotador mismo, considerado, en su acepción, como el verdadero *dejado de la mano de Dios*. Estimándole como hermano y tanto más en cuanto que, por su propia desgracia, es desgraciado.

Para el marxista, en cambio, es a partir de una *eficacia social* cuando el hombre, los trabajadores, *la masa* (que a ese estado de *cosa*, como usted dice, créame, ha reducido el capitalismo *al pueblo como persona*). Y esa imposibilidad, aludida también por Gide, de comulgar hoy con el pueblo: con la masa, con ese algo inconsciente y anónimo, no es otra cosa sino la consecuencia más directa de esto, de

esa impotencia moral en que el capitalismo ha sumido a las grandes multitudes puestas a su servicio); cuando la masa, digo, pueda individualizarse, pueda conquistar su soledad, y entonces, *a solas consigo mismo*, pueda enfrentarse con ese algo terrible y angustioso que es la vida: la muerte. Porque si es ésta la causa de posibles desesperaciones, ¿no serán precisamente los *clavos ardiendo*, los de Cristo, *los clavos de Cristo*? ¿No será la religiosidad cristiana un clavo ardiendo donde asirse para afrontar *esa profunda mar que es el morir*?

Y si hago alusión a esta religiosidad moral del cristianismo es porque usted mismo excluye el *cristianismo histórico, evolutivo o progresivo*, y queda entonces, tan sólo, lo que usted llama *cristianismo revolucionario permanente*, que, formalmente, es el cristianismo moral.

Pero interpreta, a mi parecer, equivocadamente, cuando del párrafo: *Yo no puedo admitir que el hombre cese de interesarnos cuando cesa de sufrir y de estar oprimido. “Yo me niego a admitir que el hombre merezca nuestra simpatía solamente por ser miserable”*, destaca la parte subrayada. Precisamente ésta es una clásica actitud marxista —y no cristiana, por tanto— en cuanto supone, sin hacer motivación sentimental de la miseria, que a

partir de un estado social *en que haya hombres* —como dice Gide— *a quienes la alegría pueda también engrandecer*, supone, digo, al menos implícitamente, que será entonces cuando los hombres tendrán más interés, más individualidad, *más soledad* poblada y sentida en íntima comunión con los demás: en una *fraternidad viril*, como ha dicho Malraux, o en una *fraternidad laboriosa*, como, con profundísima frase, estableció Antonio Machado.

Porque si es cierto, como afirma Gide, que *el sufrimiento frecuentemente magnifica: es decir, que “cuando no nos prosterna”, nos endurece, nos broncea*, no es menos cierto que, a la masa, el sufrimiento la prosterna con más frecuencia que la endurece. Experiencia ya prevista y reiteradamente comprobada por los marxistas al chocar, en su avance revolucionario a través de ciertos países de un elevado desarrollo capitalista, con el peso muerto del *Lumpén proletariat*, de los obreros parados, indigentes, miserables, a quienes el sufrimiento había prosternado hasta el punto de luchar, por los intereses de la clase que los explota y los coloca en tan desesperada situación, servilmente. Alemania, Italia, como países típicos. Experiencia, también, comprobada y utilizada por la burguesía con feroz crueldad, haciendo objeto de su histérico despotis-

mo a esos mismos parados que por hambre, por *sufrimiento material*, habían perdido su *conciencia moral*, se habían entregado, llevados de su desesperación, a su propia muerte como destino histórico.

¿Cómo, pues, a un marxista le ha de interesar solamente la miseria, si es, justamente, a partir de la no-miseria, de la no-explotación (a partir, en definitiva, de la toma del poder político para el proletariado) cuando espera realizar la fase más positiva de su obra?

Por eso apela, como instrumento el menos doloroso, a la lucha rápida, a la insurrección armada organizada, pero sólo como medio de poder comenzar cuanto antes su verdadera labor. Y si Gide afirma que *esta lucha no la queremos, no la deseamos por sí misma, sino por su resultado*, no va menos lejos Lenin cuando escribe la contundente y célebre frase: *No puedo escuchar música, pues obra en mis nervios, me vienen ganas de decir tonterías amables, de pasar la mano por la cabeza de los hombres que, viviendo en este infierno infecto, han conseguido crear tal belleza. Pero hoy no se puede pasar la mano por la cabeza de nadie, pues os morderán, y resulta "más conveniente golpear cabezas, golpearlas implacablemente, aunque en ideal seamos enemigos de la violencia"*. Así, con toda la

dureza implacable y *conveniente*, es como hay que plantear la cuestión previa, la lucha, pues en la lucha estamos, para poder llegar al hombre.

Y si Gide se ha encauzado, al fin— como usted afirma—, en una profesión moral de fe, y, por lo tanto, de esperanza, que en sí misma considerada es una actitud religiosa, es a condición de que religiosa signifique simplemente: *fervorosa*. Y además, no de un fervor pasivamente subjetivo, sino de un fervor objetivo, y con objetivos tangibles y concretos; de un fervor organizado. Porque a la dirección misma, clásica y cristiana, moral y religiosa, de ese humanismo permanente que usted aprecia en Gide para todo lo que en esta defensa humana se refiere al pueblo, hay que añadir esa dimensión explícitamente declarada por Gide, como voluntad de organizar ese humanismo, es decir, de luchar al lado de algo tan concreto como significa el Partido Comunista, para que ese humanismo permanente no se quede reducido a una actitud históricamente cristiana, es decir, a una fe individual en el hombre, aunque ineficaz en el plano de su desenvolvimiento social. Y si esto es *hablar en cristiano*—*aludiendo y eludiendo el doble juego del vocablo*—, como tampoco hay por qué tener miedo a las palabras, hablemos en cristiano. Pero sin olvidar un

solo instante el sintomático caso de Alemania, donde la cultura *nazi* no entiende de matices e impone su economía, moral y material, a todos con igual medida: cristianos, marxistas o judíos. Y donde, además, se pudo escribir la célebre frase: *dondequiera que oigas pronunciar la palabra cultura, dispara*, demostrando, así, dónde está su verdadero enemigo.

Y para terminar, dice usted que *en el Congreso de Escritores de París (para salvar la ausencia o presencia invisible y muda de la representación española) pudo y debió ser la voz de Azorín, la de Ortega y Gasset o Unamuno, la de Ramón Gómez de la Serna... Pudo y debió ser, sobre todo, la del poeta Rafael Alberti.*

Descartado Alberti, que debió ser, efectivamente, y hubiera sido, sin duda, de haber estado en España, ¿qué significa que, a pesar de haber *podido* y *debido* ser esas otras voces las que hablasen por España no lo hayan hecho?

Yo le invito a usted a reflexionar, con todo el dolor *conveniente*, sobre nuestra situación y sobre la situación (quiero decir el modo peculiarísimo de estar situados como obligados directores de nuestro movimiento intelectual) de esas mismas voces. Tal vez así encuentre explicación a ese angustioso

silencio de España ante algo de tan indudable trascendencia histórica como el Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, que se ha celebrado en París.

Que por lo demás, ciertamente, si los intelectuales callan en España, algo hay que grita, que grita terriblemente. Escuchemos.

Pidiéndole mil perdones por esta carta, imperdonablemente extensa, le saluda muy afectuosamente su amigo, q. e. s. m., *Arturo Serrano Plaja*.

2

A Arturo Serrano Plaja.

HA ido pasando el tiempo, amigo mío (creo que debo llamarle así después del noble envío de su carta), sin que haya podido contestarle sosegadamente, como quería. Por fin lo hago, para no retrasarlo más, apremiado de tiempo como suelo, que es este mal de todos, y sin aquel reposo y espacio que hubiera, como le digo, deseado. Porque su carta sí es una respuesta a preguntas mías, ya que el comentario que yo hice, y en usted la motiva, al discurso de André Gide en el Congreso de Escritores, está efectivamente embarazado de implícitas interrogaciones. Y usted ha sentido muy en lo hondo esta interrogante gestación silenciosa. Por eso lo que yo, a mi vez, siento más en su carta es esa profunda y veraz, secreta ansia humana de comunión y comunicación que la impulsa

y la anima. Quisiera, por lo mismo, responder brevemente a sus objeciones para poder añadirle algunas cosas que respondan mejor, con su sinceridad, a la coincidencia de esta impresión primera.

Empezaré, pues, por decirle que considero excesivamente ampliado por usted el que diría radio de acción de mi enunciado epigráfico de *El clavo ardiendo*. Su alcance no llegaba en mi propósito hasta pretender atravesar con su punzante y encendido contacto la totalidad de mi referencia a la admirable defensa gidiana de la Cultura. Pero ya que usted prolonga en mí su resonancia de este modo, no quisiera tampoco dejar de confesarle que, efectivamente, más allá de estas relaciones inmediatas, la tiene. La tiene para mí, cristiano, creo, y católico. Pero su sentido—*sentido común*, esto es: universal, humano—se refiere, precisamente, a esa honda, íntima, permanente angustia de nuestro ser ante la vida, que es, por lo que es nuestra propia vida, ante la muerte. También pasó por mí, en la adolescencia, aquel momento que expresó Huysmans con la imagen ineludible de una necesaria, precisa, irreparable elección entre un crucifijo y una pistola. Por eso dije, alguna vez, que si yo creyera en la muerte me pegaría un tiro. No es ésta otra cosa, a mi parecer, y usando la termino-

logía de la religión que profeso, que la natural voluntad infernal que tiene el hombre de cumplir su destino: esto es, de condenarse, o sea de suicidarse viviendo fatalmente o muriendo voluntariamente, matándose de repente. Pues esta voluntad de condenarse el hombre a su propio juicio es el querer más definitivo: el de la muerte. No hay, en mi sentir, misericordia o comunión natural humana que mitigue en nosotros este voluntario y placentero suplicio; este odio amoroso de nosotros mismos, este, como le dijo acertadamente Barrés, *plaisir de se détruire*. Lo que llama el hombre vivir, gozosa o dolorosamente, no suele ser más que esto: destruirse. Mas sucede que, en este empeño dramático, en este dilema de opción de nuestra voluntad, que Huysmans sintetizaba significativamente entre la cruz y la pistola, hay quienes se deciden por la pistola, no para dispararla contra sí, sino contra los otros; y también hay quienes optan por la cruz para andar a cristazo limpio, o sucio, con todos y con todo. Para romperles la cabeza a los demás con ella. Y estos son los suicidas peores; los que quieren suicidarse fuera de sí mismos; los que quieren suicidar a los demás en lugar propio. Es ésta una trágica farsa de la cual se cree el que la ejecuta ser actor veraz e irresponsable. Y así va-

mos viendo a estos pretendidos ejecutores, cada cual a su modo, de esas ciertas o inciertas, pretendidas justicias, interpretar teatralmente el deber de su propio destino suicidante con la más terrible de las indiferencias fraticidas. Que hay hasta sedicentes católicos, anarquistas, que practican en nombre de un Estado suicida—por ellos mismos *accidentalizado* de ese modo—este enmascarado terrorismo, causante ya en España, como usted dolorosamente sabe, de tantas víctimas. Como también hay los *cazadores con pistola*, de ojeo y apostados, que, como usted tampoco ignora, hasta los hay a sueldo de aquellos mismos que se dicen representar *accidentalmente* al Estado *accidentalista*: a esa contraída y conllevada, consentida propiedad, que no comunión, fantasmal, de un estado de suicidio nacional colectivo; pues eso que llamé Maragall *sombra y mentira de España*, no es otra cosa que esto: suicidio estatal o estatuido accidente. Sombra y mentira que les viene causando a muchos, como a nosotros, esta parte de angustioso malestar y desasosiego humano, social, en que vivimos: en que coincidimos.

No es esto confirmarle el supuesto, por usted quizá sugerido, de que yo padezca o comparta un cierto misticismo desesperado, más que cristiano,

sorelista, que, en todo caso, desembocaría en mí, por falsas razones ideales, a esa otra especie de pasividad resignada que usted parece atribuirme. Y hasta en la simpatía, por la piedad, con mis peores enemigos. Una simpatía disolvente de la sana y justa oposición viva que en usted y otros como usted —aunque delicadamente en su carta no lo subraye— se manifiesta. No. Usted sabe, probablemente, con quienes verdaderamente simpatizo. Es decir, con quienes me siento coincidir en el aliento animador de sus rebeldías. Cuando yo estuve en Rusia, en 1928, traje de aquel rápido contacto vivo, una lección moral inolvidable: algo que, como dije entonces, me había enseñado para siempre, aún más que el sabor de la sangre, el gusto y regusto del pan, entero y compartido. Y este gusto o sabor de comunión humana no podré olvidarlo, como le digo, porque siendo tan puro, se adentra y vivifica cada vez más en mi recuerdo; y eso, mientras más se acentúa en mí, espiritualmente, el hambre de otro pan imperecedero. Y la sed de otra sangre. Por eso yo no soy esa especie de idealista o intelectualista que usted tal vez supone. O no quiero serlo. Por eso sé, ahora, que mis peores enemigos son fantasmas tan sólo de mí mismo, y trato de vencerlos en mí, de matarlos en mí primeramente: porque creo

que la única manera de matar a la muerte es matar en nosotros su presencia: que en esto consiste el *no ser suicida*, propio ni ajeno; suicida o verdugo suicidador de esos que le digo. Por eso me he dado a la cruz—me he dado a la cruz sin comprarla y sin venderla, sin comerciar con ella—. Por eso no me he dado a la pistola, ni en el acto ni en la palabra—que es peor—, como hacen tantos de esos —tantos y tan tontos—pretendidos cruzados de Cristo, que todavía muestran, sin saberlo, cruzada la cara, en efecto, por el latigazo del templo. Y de esta afirmación cristiana, que es la negación de mi mismo, he partido—partiéndome realmente en la íntima contradicción de mi ser en que *vivo muriendo* y en que *muriendo vivo*: pero sin matar y sin matarme, o sin querer matarme. El *clavo ardiendo* a que me agarro es éste. Yo encuentro en su escorzor mi apoyo: porque enciende de constante inquietud e intranquilidad ardiente y dolorida la conciencia de lo que soy, es decir, de quien soy: de ese miserable y sublime ser humano que soy, que es lo que yo aceptaba y subrayaba al llamar lenguaje cristiano a las palabras vivísimas de Gide; tanto al exaltar éste el dolor humano, como, y más todavía, el gozo sensible y la alegría espiritual que pueden superarlo. Y esto último tanto, y de tal

modo, que los que me conocen saben de mí, porque repetidamente lo he confesado, cómo, hasta en la experiencia de mi propia vida, he creído sentir siempre infinitamente superados los momentos, y aun horas y días, de dolor más fuerte y agudo, moral o físico, por aquellos otros, aunque fueran instantes brevísimos de puro goce sensual o espiritual alegría. Y no considero una traición temperamental a mi fe la expresión viva, experimentada, de esta verificación personal que le digo. Al contrario. Por eso las palabras de André Gide a que se refiere en su carta han sido sencillamente citadas y subrayadas por mí con una conformidad total, absoluta. Como todas las otras.

No es, pues, mi *clavo ardiendo* aquella otra sustitución al suicidio, *a substitute for pistol and ball*, que diría Melville, en un trance desesperado. Ni la particularidad de mojarse los patios cuando llueve alude por mí, en la referencia graciosamente irónica del dicho o canción popular, a otra cosa que aquella, exactamente definida por Gide, de la universalidad que sólo se alcanza por lo particularizado, individualizado: lo más singular e indefinible (*universales*, en buena escolástica). Y claro es que esto tiene su dramatismo. Trascendencia dramática que usted conoce, cuando alude a esa profunda

igualdad humana en la que yo, cristiano, puedo encontrar, a veces, invertidos todos los valores aparentes; por ejemplo: la horrorosa miseria moral de quien tiene su patio bien tapado y guardado a cubierto para no mojarse con ninguna lluvia celeste; la espléndida riqueza, en cambio, de cualquier inteligente Job caído en su estercolero. Y ya sé yo también que, como profunda y luminosamente percibía el gran Peguy, entre la miseria material y la pobreza hay la abismal distancia que del infierno al purgatorio. Que los términos de *miseria* y *pobreza*, en el orden material y espiritual, son de este modo correlativos. Pues esto, entre otras cosas, significa para mí el pueblo: la personificación viva y verdadera del cristianismo al historiarse el *hombre nuevo* en un revolucionario, y no evolutivo ni progresivo, afán de salvación humana eterna, permanente. Aunque con esto que le digo llegamos ya a esas fronterizas regiones poéticas—para usted acaso pueriles (para mí, también, y, por lo mismo, insuperables)—en las cuales es pueblo y es infancia el hombre eternamente nuevo, con todo el purísimo dolor y la inefable, inquebrantable alegría de serlo. Sueño de vida éste que es la más tremenda realidad de lo que somos, cuando somos y porque somos, como dijo Shakespeare, esa misma realidad,

materia, estofa de nuestro sueño, de nuestros sueños.

Ayudar al pueblo, ¿no será ayudarle a soñar, pero a soñar despierto? Enseñarle, como diría Píndaro, a ser lo que es: su propio sueño. Y a que él nos lo enseñe a nosotros, a que él *nos ayude*. Y esto con verdadera religión—que no es opio, que es todo lo contrario—. Con la fe, que es *despertador* y no *adormidera*. Con clavos ardiendo de fe. Con los clavos o por los clavos de Cristo, como usted dice. Fervorosamente. Que un sueño saca a otro sueño, como un clavo saca a otro clavo.

Pues este sueño al que se despierta de la vida es el cuento de nunca acabar que nos esperanza a la vez que nos desespera. Y esto sí que es lo otro y lo de más allá, todo junto. La revolución permanente. Pero entre tanto, amigo mío, ¿cómo voy a negarle que hace falta otra cosa más? Un pan y un agua, vivos, sin los cuales no se puede soñar, porque ni se es siquiera; sin los cuales *se duerme* en la torpeza embrutecedora de la muerte, de la *muer-te perezosa y larga*, que dijo nuestro popular Lope; se duerme sin sueño y sin descanso, se duerme mortalmente envenenado de inconsciencia. ¡Y esto sí que es opio, perder *el dolorido sentir*! ¡Esa sí que es miseria total, definitiva! ¿Qué cristiano va a to-

lerar siquiera, a soportar sin repugnancia, esta situación *capitalista*?

Mas vayamos por esto a lo de dar *categoría moral y metafísica a la eficacia*, que aunque no sé bien lo que es y me suena un poco a militarismo espiritual jesuítico o ignaciano—y, por consiguiente, en este sentido me repugna—, trato de comprenderlo en muy otro sentido, que es en el que usted me lo dice.

No me crea tan tonto, amigo mío, ni sobre todo tan hipócrita, farsante o algo peor (entre nosotros diría *tan patriota*: patriota de ese patriotismo al que se llamó con famosa frase *el último refugio de un canalla*), que desconozca la eficacia humana, social y moral, de eso que suelen entender, o mejor digo no entender, los patriotas por marxismo: como si fuera cosa del demonio; ni tampoco de la eficacia que el marxismo tenga en realidad. En lo que éste se pueda hacer cauce de expresión—acaso brutal, pero auténtica—de la angustia popular española y de su ímpetu revolucionario, contenido y enervado por la persecución terrorista de un Estado-fantasma, ese mal llamado marxismo me parecería, a pesar de todo, la mejor, la más noble esperanza viva, hoy por hoy, y, sobre todo, por mañana, de nuestro pueblo, de nuestra

España. Y en lo que es, en realidad, como método o sistema, cuya eficacia y logro nos dirá la historia de nuestra revolución presente, permanente, creo, por lo menos, que de sus raíces se han nutrido muchas verdades de esas, en cierto modo *galileas*, por lo que al desenvolvimiento social alcanza; verdades como aquellas (*e pur si muove*) que la misma Iglesia católica, a que pertenezco—aunque no le afecten esencialmente—, acaba, cuando no empieza, por reconocer en su día. Día que tal vez no tarde mucho.

Y esto sí, amigo mío, que quería decírselo. Y no sabe, con ello, el peso que me quito de encima. Aunque yo no sea marxista ni socialista. Ni tenga por qué serlo. Mi sueño no es de este mundo. Pero tampoco, mucho menos, puedo yo ser ni estar *anti* o *contra* en nada de todo eso: pues el antimarxismo contrarrevolucionario que hoy se dice así, entre nosotros, no pasa de ser, a mi juicio, más que una etiqueta politiquera, reclamo de la peor estupidez, a más de un picaresco antifaz del miedo; a lo que se añade también aquello del *refugio del patriotismo*, con su consiguiente vileza amoral y hasta sus criminales resultados. Suicidios y no bellos, por cierto; ni huídos victoriosamente.

Por último, y para no extenderme más en esta

ya larguísima carta, le diré lo que me ha alegrado su conformidad con aquello que en André Gide es acaso lo primordial y sustantivo: lo que me hizo destacar especialmente su Defensa de la Cultura en *Cruz y Raya*: y es la afirmación meridiana, luminosa, trasparente, de su independencia de escritor, de su libertad de pensamiento y de expresión, de arte. Esto, como usted dice muy bien, puede ser enojoso para ciertos sedicentes ortodoxos marxistas, que como otros más o menos sedicentes y más o menos inciertos ortodoxos católicos, siguen debatiéndose penosamente todavía en esa infernal miseria del espíritu—que no pobreza—, la miseria peor de todas: que es la de la ignorancia orgullosa de serlo, con su consecuente estupidez. Ignorancia que, como de la indiferencia dijo Ernest Hello, puede decirse que no tiene existencia propia, sino que es una conjunción lastimosa del odio y la mentira. En esta ignorancia, que le digo, se añadiría al odio y a la mentira la envidia y el miedo. Pues todo ese conglomerado turbio y resentido conspira, ahora como siempre, contra la inteligencia. La prueba de ello nos la da el propio Gide al decirnos cómo se embota la eficacia intelectual de la misma lucha revolucionaria con la deshonestidad personal polémica entre los enemigos. Y, en efecto, le

invito a que compruebe esta afirmación con la reveladora coincidencia de estilo, y hasta de argumentos, entre los opuestos extremos de este odio: coincidencia de mutua y recíproca ignorancia culpable; coincidencia de suciedad mental y sentimental en los mismos odio, mentira, envidia y miedo. Dos textos de esta índole superpuestos nos demostrarían inmediatamente su identidad completa.

Por esto me parece su carta excepcional, y se la agradezco. Se la agradezco, sobre todo, por haberme dado ocasión, sin impertinencia ni jactancia de personalismo, a poder hablarle con la sinceridad que a la suya correspondía.

Un solo punto importante me queda por contestarle, creo. Y es el que se refiere a las ausencias españolas señaladas por mí al Congreso Internacional de Escritores. Exceptuando la de Alberti, como usted dice, y la de Azorín—cuya noble motivación conozco, porque, a petición de nuestro amigo René Crevel, se la pregunté a él mismo—, al señalar las otras—cuyo motivo desconozco—no hacía reproche alguno para nadie, sino sencillamente señalé la constatación de un hecho que acrisolaba, espiritualmente, a mi parecer, aquel representativo silencio español que selló nuestro recordado poeta con su muerte. Silencio en que usted y yo,

amigo mío, creemos oír aún el más terrible grito: el de la sangre, el de la efusión de la sangre inocente y tan injusta, cruelmente vertida.

Y no le digo más de esto por no imposibilitar, por ahora, la publicación de esta carta, si usted lo quisiera, que esto a su juicio y estimación lo dejo; autorizándole expresamente, desde luego, para que haga lo que crea más conveniente. No tengo que añadirle que *Cruz y Raya*, en su limitado radio de publicidad, al que por su misma naturaleza vive obligada, está a su disposición para ello.

Perdóneme si no he sabido, como quise, corresponderle debidamente con acierto. Y téngame, desde ahora, si lo quiere, como al empezar le digo, por su muy verdadero amigo y compañero.—*José Bergamín.*

